

NUEVAS VOCACIONES PARA UNA NUEVA EUROPA

(In verbo tuo...)

Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa

Roma, 5-10 de mayo de 1997

*

*Preparado por las Congregaciones para la Educación Católica, para las Iglesias Orientales,
para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica*

INTRODUCCION

Damos gracias a Dios

1. Bendito sea Dios Omnipotente que ha bendecido la tierra de Europa con toda clase de bendiciones espirituales, en Cristo y en el Espíritu (cfr. Ef 1,3).

Le damos gracias por haber llamado desde el comienzo de la era cristiana a este continente a ser centro de irradiación de la buena nueva de la fe, y a manifestar en el mundo su paternidad universal. Le damos gracias porque ha bendecido esta tierra con la sangre de los mártires y el don de innumerables vocaciones al sacerdocio, al diaconado, a la vida consagrada en sus distintas formas, a la vida monástica y a los institutos seculares. Le damos gracias porque su Santo Espíritu no cesa todavía hoy de llamar a los hijos de esta Iglesia a ser heraldos del mensaje de salvación en cualquier parte del mundo, y a otros, además, a dar testimonio de la verdad del Evangelio que salva, en la vida matrimonial y profesional, en la cultura y en la política, en las artes y en el deporte, en las relaciones humanas y de trabajo, a cada uno según el don y misión recibidos. Le damos gracias porque El es la voz que llama y da el valor de responder, el pastor que conduce y sostiene la fidelidad de cada día, camino, verdad y vida para todos los llamados a realizar en sí mismos el plan del Padre.

El Congreso Europeo Vocacional

2. Reunidos en Roma, del 5 al 10 de mayo de 1997, para el Congreso sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa,(1) pusimos en manos del Dueño de las mies los trabajos del Congreso, pero sobre todo el ansia de la Iglesia que está en Europa, en este tiempo difícil y también formidable, junto al agradecimiento a Dios que es fuente de toda consolación y autor de cada vocación.

Reunidos en Roma confiamos a María, imagen perfecta de la criatura llamada por el Creador, a quienes Dios, también hoy, continúa llamando. A los Santos Pedro y Pablo y a todos los santos y mártires de ésta y de cada ciudad e Iglesias europeas, del pasado y del presente, confiamos ahora este documento. Que logre expresar y compartir aquella riqueza que nos fue dada en los días de la asamblea romana, así como en otro tiempo los mártires y santos dieron testimonio del amor del Eterno.

El Congreso, en efecto, fue un acontecimiento de gracia: el compartir fraterno, la profundización doctrinal, el encuentro de los varios carismas, el intercambio de la diversas experiencias y trabajos llevados a cabo en las Iglesias del Este y del Oeste enriquecieron a todos y cada uno. Confirmaron en los participantes la voluntad de continuar trabajando con pasión en el campo vocacional, a pesar de la precariedad de los resultados en algunas Iglesias del viejo continente.

La fuerza de la esperanza

3. Desde el Documento de trabajo del Congreso a las Propositiones finales, desde el Discurso del Santo Padre a los participantes al Mensaje para las comunidades eclesiales, desde las intervenciones en el aula a las discusiones en los grupos de estudio, desde los intercambios informales a los

testimonios, hubo como un hilván que unió entre ellos todos los actos y cada uno de los momentos de este Congreso: la esperanza. Una esperanza más fuerte que todo temor y toda duda, esperanza que sostuvo la fe de nuestros hermanos de las Iglesias del Este en los tiempos en que lo difícil y arriesgado era creer y esperar, y que ahora se ve premiada con una nueva floración de vocaciones, como fue atestiguado en el Congreso.

A estos hermanos estamos profundamente agradecidos, como a todos los creyentes que continúan dando testimonio de que la « esperanza es el secreto de la vida cristiana y el hábito absolutamente necesario para la misión de la Iglesia y, en especial, para la pastoral vocacional (...). Se precisa, pues, hacerla renacer en los sacerdotes, en los educadores, en las familias cristianas, en las Familias religiosas, en los Institutos seculares; en suma, en todos aquellos que deben servir la vida cercanos a las nuevas generaciones ». (2)

Os escribimos a vosotros, niños, adolescentes y jóvenes...

4. Afianzados en esta esperanza nos dirigimos, ante todo a vosotros, *niños, adolescentes y jóvenes* para que en la elección de vuestro futuro acojáis el proyecto que Dios tiene sobre vosotros: sólo seréis felices y plenamente realizados si os disponéis a realizar el plan del Creador sobre la criatura. ¡Cuánto desearíamos que este escrito fuese como una carta dirigida a cada uno de vosotros, en la que pudieseis sentir, con la ayuda de vuestros educadores, la solicitud de la madre-Iglesia para cada uno de sus hijos, esa solicitud tan particular que una madre tiene para sus hijos más pequeños. Una carta en la que podáis reconocer vuestros problemas, la preguntas que anidan en vuestro corazón joven y las respuestas que vienen de Aquél que es el amigo perennemente joven de vuestras almas, ¡el único que os puede decir la verdad! Sabedlo, queridos jóvenes, la Iglesia sigue ansiosa vuestros pasos y vuestras opciones. Y qué hermoso sería si esta carta suscitase en vosotros alguna respuesta, para un diálogo continuo con quien os guía...

...a vosotros, padres y educadores

5. Llenos de la misma esperanza nos dirigimos a vosotros padres, llamados por Dios a colaborar con su voluntad de transmitir la vida, y a vosotros educadores, docentes, catequistas y animadores, llamados por Dios a colaborar de varias formas en su designio de educar para la vida. Queríamos decir os cuánto aprecia la Iglesia vuestra vocación, y cuánto se confía a ella para promover la vocación de vuestros hijos y alumnos y una verdadera y auténtica cultura vocacional.

Vosotros, padres, sois también los primeros y naturales educadores vocacionales, mientras que vosotros, educadores, no sois sólo instructores que orientan en las opciones existenciales: estáis llamados, también, a transmitir la vida a las jóvenes existencias que abríis al futuro. Vuestra fidelidad a la llamada de Dios es mediación preciosa e insustituible para que vuestros hijos y alumnos puedan descubrir su vocación personal, para que « tengan vida y la tengan en abundancia » (Jn 10,10).

...a vosotros, pastores y presbíteros, consagrados y consagradas...

6. Siempre con la esperanza en el corazón nos dirigimos a vosotros, sacerdotes, y a vosotros, consagrados y consagradas, en la vida religiosa y en los institutos seculares. Quienes habéis oído una particular llamada para seguir al Señor en una vida totalmente dedicada a El, estáis, también, particularmente llamados, todos sin excepción alguna, a testimoniar la belleza del seguimiento.

Sabemos cuán difícil es hoy esta propuesta y cuán halagadora la tentación del desaliento cuando el trabajo parece inútil. «La pastoral vocacional constituye el ministerio más difícil y más delicado». (3) Pero también querríamos recordar que no hay nada más a propósito que un testimonio apasionado de la propia vocación para hacerla atractiva. Nada es más lógico y coherente en una vocación que engendrar otras vocaciones, lo que os convierte, con todo derecho, en «padres» y «madres». En particular, querríamos con este documento dirigirnos no sólo a quien tiene la tarea explícita de la promoción vocacional, sino también a quien no tiene un empeño directo en ella, o a quien cree no tener ninguna obligación al respecto.

Quisiéramos recordaros que sólo un testimonio coral hace eficaz la animación vocacional, y que la crisis vocacional va unida, ante todo, a la falta de responsabilidad de algún testimonio que hace débil el mensaje. *En una Iglesia toda vocacional, todos son animadores vocacionales*. Dichosos vosotros, si sabéis decir con vuestra vida que servir a Dios es hermoso y satisfactorio, y descubrir que en El, el Viviente, se esconde la identidad de cada viviente (cfr. *Col 3,3*).

...a todo el pueblo de Dios que está en Europa...

7. En fin, querríamos ser « samaritanos de la esperanza » para aquellos hermanos y hermanas con los que compartimos la fatiga del camino. Querríamos dirigir a todo el pueblo de Dios, en esta vieja y bendita tierra, en las Iglesias del Este y del Oeste, el mismo mensaje de esperanza. De aquí, hace tiempo, partió la difusión del anuncio de la buena nueva, gracias al valor de muchos evangelizadores, que pagaron incluso con la sangre su testimonio. También hoy, así lo queremos creer, el Espíritu del Padre sigue llamando.

El envía por los derroteros del mundo a los hijos de esta tierra generosa de profundas raíces cristianas, pero necesitada ella misma de nueva evangelización y de nuevos evangelizadores. También nosotros, ahora, nos presentamos al Señor, como un tiempo los Apóstoles, conscientes de nuestra pobreza y de las necesidades de esta Iglesia: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada» (*Lc 5,5*). Pero queremos, sobre todo, «en tu palabra», creer y esperar que, como entonces, el Señor puede llenar también hoy con una pesca milagrosa las barcas de sus apóstoles y hacer de cada creyente un pescador de hombres.

Desde el Congreso a la vida

8. El fin, por tanto, del presente documento es compartir con todos vosotros el tiempo de gracia que fue el Congreso. Sin pretender hacer una síntesis exhaustiva del mismo, ni creer haber elaborado un tratado sistemático sobre la vocación, querríamos fraternalmente poner a disposición de toda la Iglesia que está en Europa o fuera de Europa, en sus diferentes denominaciones cristianas, los frutos más significativos del Congreso mismo.

El estilo tratará de expresar lo mejor posible la voluntad de hacernos entender por todos, puesto que todos indistintamente están llamados a realizar la propia vocación y a promover la del que está a su vera.

Procurará, sobre todo, unir entre sí reflexión teológica y práctica pastoral, propuesta teórica y orientación pedagógica, a fin de ofrecer una ayuda concreta a cuantos trabajan en la animación vocacional.

No pretendemos, en modo alguno, decirlo todo, no sólo por no repetir lo que otros documentos ya han dicho al respecto,⁽⁴⁾ sino para permanecer abiertos al misterio, misterio que envuelve la vida y la llamada de cada ser humano, misterio que es también camino de discernimiento vocacional y que sólo en el momento de la muerte se completará. *O la pastoral vocacional es mistagógica, y, por tanto, parte una y otra vez del Misterio (de Dios) para llevar al misterio (del hombre), o no es tal pastoral.*

Las partes del documento

9. En concreto, el presente documento sigue la lógica que orientó los trabajos del Congreso: de lo concreto de la existencia a la reflexión, para volver otra vez a lo concreto de la existencia. Es con la realidad de cada día con lo que debe medirse la pastoral vocacional. Por consiguiente, iniciaremos presentando la situación, para, después, analizar el tema vocacional desde el punto de vista teológico, y dar, así, un fundamento y una indispensable estructura de referencia a todo lo dicho.

A continuación, viene la parte más práctica: de tipo *pastoral*, ante todo, o de grandes estrategias que poner en práctica; y luego de tipo más *pedagógico*. Será útil para trazar al menos algunas pistas orientadoras sobre el plan del método y de la práctica diaria. Y quizá sea precisamente este aspecto el más deficiente y, al mismo tiempo, el más deseado por los agentes pastorales.

PRIMERA PARTE

LA SITUACION VOCACIONAL EUROPEA HOY

«La mies es mucha, pero los obreros pocos» (Mt 9,37)

Esta primera parte constituye una mirada sapiencial sobre Europa, consciente de su complejidad cultural, en la que parece predominar un modelo antropológico de «hombre sin vocación». La nueva evangelización debe reanunciar el sentido fuerte de la vida como «vocación», en su fundamental llamada a la santidad, recreando una cultura favorable a las distintas vocaciones y apta para promover un verdadero salto cualitativo en la pastoral vocacional.

«Nuevas vocaciones para una nueva Europa»

10. El tema del Congreso («Nuevas vocaciones para una nueva Europa») incide directamente en el meollo del problema: hoy, en una Europa nueva respecto al pasado, hay necesidad de vocaciones igualmente «nuevas». Es necesario explicar esta afirmación para comprender el sentido de esta novedad, y sacar de ella la relación con la pastoral «tradicional» de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. No nos limitaremos, por lo tanto, a exponer la situación y a ofrecer datos, sino que procuraremos indicar en qué dirección va la novedad y la necesidad de vocaciones que de ella se derivan.

Al mismo tiempo, leeremos la situación que se limita al presente, partiendo de la exclamación de Jesús ante la misión que le esperaba: «La mies es mucha, pero los trabajadores pocos» (Mt 9,37). Estas palabras continúan siendo válidas y constituyen una preciosa clave para la lectura de la actualidad. De alguna manera encontramos en ellas la exacta medida de nuestro trabajo y la justa proporción (o desproporción) entre una mies que siempre sobreabundará y nuestras pocas fuerzas. Evitando toda interpretación pesimista del presente, como también toda hipotética autosuficiencia para el mañana.

Nueva Europa

11. Ya el *Documento de trabajo* presentó un cuadro de la situación europea sobre la problemática vocacional fuertemente marcado por elementos novedosos. Aquí los resumimos apenas, según el análisis que hizo de ellos el Congreso mismo, tratando de recoger los más significativos, destinados a orientar por largo tiempo la mentalidad y la sensibilidad juveniles y, por tanto, también la praxis pastoral y las estrategias vocacionales.

a) Una Europa diversificada y compleja

Ante todo un hecho se da por descontado: es prácticamente imposible reflejar de modo único y permanente la situación europea, por lo que concierne a la situación juvenil y a las inevitables repercusiones vocacionales. Estamos ante una Europa diversificada, resultante de los diversos acontecimientos histórico-políticos (ver la diferencia entre Este y Oeste), y también de la pluralidad de tradiciones y culturas (greco-latina, anglosajona y eslava).

Todo ello, sin embargo, constituye también su riqueza y hace significativa, en contextos diversos, experiencias y opciones. Así, si en los países de la parte oriental se presenta el problema de cómo administrar la libertad recuperada, en los de la parte occidental se nos pregunta sobre cómo vivir la auténtica libertad.

Tal heterogeneidad es también ratificada por el desarrollo de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, no sólo por la diferencia existente entre el florecimiento vocacional de la Europa oriental y la crisis generalizada que invade el occidente, sino porque en lo profundo de tal crisis hay signos de recuperación vocacional, particularmente en aquellas Iglesias en las que la labor postconciliar asidua y constante ha abierto un surco profundo y eficaz. (5)

Si, pues, en Oriente es necesario poner en marcha una verdadera pastoral orgánica al servicio de la promoción vocacional, desde la animación a la formación, sobre todo, de las vocaciones, en Occidente es indispensable una atención diferente. Aquí se debe preguntar sobre la real consistencia teológica y sobre la orientación aplicativa de ciertos proyectos vocacionales, sobre el concepto de vocación que está en la base y sobre el tipo de vocaciones que se derivan de él. En el Congreso se oyó insistentemente la pregunta: «¿Por qué determinadas teologías o praxis vocacionales no producen vocaciones, mientras que otras sí las producen?». (6)

Otro aspecto caracteriza la actualidad socio-cultural europea: la abundancia de posibilidades, de ocasiones, de solicitudes, frente a la carencia de enfoques, de propuestas, de proyectos. Es como un último contraste que aumenta el grado de complejidad de este tiempo histórico, con recaída negativa en el plano vocacional. Como la Roma antigua, la Europa moderna se asemeja a un panteón, a un gran «templo» en el que todas las «divinidades» tienen cabida, o en los que cada «valor» tiene su puesto y su hornacina.

«Valores» diversos y contrarios están presentes y coexisten, sin una jerarquización precisa; códigos de lectura y de valoración, de orientación y de comportamiento totalmente diferentes unos de otros.

Resulta difícil, en tal contexto, tener un concepto o una visión del mundo unitarios, y llega a ser, por tanto, *débil también la capacidad proyectiva* de la vida. Cuando una cultura, en efecto, no define ya las supremas posibilidades de significado, o no logra la convergencia en torno a algunos valores como particularmente capaces para dar sentido a la vida, sino que pone todo al mismo plano, pierde toda posibilidad de opción proyectiva y todo llega a ser indiferente y sin importancia.

b) *Los jóvenes y Europa*

Los jóvenes europeos viven en esta cultura pluralista y ambivalente, «politeísta» y neutra. Por un lado, buscan apasionadamente autenticidad, afecto, relaciones personales, amplitud de horizontes; y por otro, se sienten fundamentalmente solos, «heridos» por el bienestar, engañados por las ideologías, confusos por la desorientación ética.

Y todavía: «de muchos sectores del mundo juvenil se resalta una clara simpatía por la vida entendida como valor absoluto, sagrado...», (7) pero, a menudo y en muchas partes de Europa tal apertura respecto a la existencia se ve contrarrestada por políticas no respetuosas del derecho a la vida misma, sobre todo, para los más débiles. Políticas que arriesgan hacer al «viejo continente» más viejo todavía. Si, por tanto, por un lado estos jóvenes constituyen un capital apreciable para la Europa de hoy, que sobre ellos apuesta grandemente para construir su futuro, por otro no siempre las expectativas juveniles son acogidas con coherencia por el mundo de los adultos o por los responsables de la sociedad civil.

Como quiera que sea, dos aspectos nos parecen de capital importancia para comprender la actitud actual de los jóvenes: la *reivindicación de la subjetividad* y el *deseo de libertad*. Son dos instancias dignas de atención y típicamente humanas. A menudo, sin embargo, en una cultura débil y compleja como la actual, dan lugar —al encontrarse— a combinaciones que deforman el significado de las mismas: la subjetividad se convierte entonces en *subjetivismo*, mientras que la libertad degenera en *arbitrariedad*.

En tal contexto, merece que se preste atención a la relación que los jóvenes europeos establecen con la Iglesia. El Congreso dice con valentía y realismo en una de sus Propositiones finales: «Los jóvenes con frecuencia no ven en la Iglesia el objeto de su búsqueda, ni el lugar de respuesta a sus interrogantes y expectativas. Se resalta que no es Dios el problema, sino la Iglesia. La Iglesia es consciente de su dificultad en comunicar con los jóvenes, de la carencia de auténticos planes pastorales..., de la debilidad teológico-antropológica de ciertas catequesis. En un amplio sector de jóvenes perdura el temor a que una experiencia en la Iglesia coarte su libertad», (8) mientras que para otros muchos la Iglesia permanece o está llegando a ser el más autorizado punto de referencia.

c) «Hombre sin vocación»

Este juego de contrastes se refleja inevitablemente en el plano de proyectar el futuro, que es visto — por parte de los jóvenes— en una óptica consecuente, limitada a las propias ideas, en función de intereses estrictamente personales (la autorrealización).

Es una lógica que reduce el futuro a la elección de una profesión, a la situación económica o a la satisfacción sentimental-afectiva, dentro de horizontes que de hecho reducen la voluntad de libertad y las posibilidades de la persona a proyectos limitados, con la ilusión de ser libres.

Son opciones sin ninguna apertura al misterio y al trascendente, y quizá también con escasa responsabilidad respecto a la vida, propia y ajena, de la vida recibida como don y para transmitir a otros. Es, en otras palabras, una sensibilidad y mentalidad que corren el peligro de diseñar una especie de cultura antivocacional. Que es tanto como decir que, en la Europa culturalmente compleja y privada de precisos puntos de referencia, semejante a un gran panteón, el modelo antropológico prevalente fuese el del «hombre sin vocación».

He aquí una posible descripción de éstos: «Una cultura pluralista y compleja tiende a producir jóvenes con una identidad imperfecta y frágil con la consiguiente indecisión crónica frente a la opción vocacional. Muchos jóvenes ni siquiera conocen la « gramática elemental» de la existencia, son nómadas: circulan sin pararse a nivel geográfico, afectivo, cultural, religioso; «ellos lo intentan». En medio de la gran cantidad de informaciones, pero faltos de formación, aparecen distraídos, con pocas referencias y pocos modelos. Por esto tienen miedo de su porvenir, experimentan desasosiego ante compromisos definitivos y se preguntan acerca de su existencia. Si por una parte buscan, a toda costa, autonomía e independencia, por otra, como refugio, tienden a ser dependientes del ambiente socio-cultural y a conseguir la gratificación inmediata de los sentidos: de aquello que «me va», de lo que «me hace sentirme bien » en un mundo afectivo hecho a medida». (9)

Produce una inmensa pena encontrar jóvenes, incluso inteligentes y dotados, en los que parece haberse extinguido la voluntad de vivir, de creer en algo, de tender hacia objetivos grandes, de esperar en un mundo que puede llegar a ser mejor también gracias a su esfuerzo. Son jóvenes que parecen sentirse *superfluos* en el juego o en el drama de la vida, como dimisionarios en relación con ella, extraviados a lo largo de senderos truncados y aplanados en los niveles mínimos de la tensión vital. Sin vocación, pero también sin futuro, o con un futuro que, todo lo más, será una fotocopia del presente.

d) *La vocación de Europa*

No obstante, esta Europa de muchas almas y de cultura tan débil (pero que todavía se impone con fuerza) da señales de poseer energías insospechadas, está más viva que nunca y llamada a desempeñar un rol importante en el contexto mundial.

Nunca como en este momento, el viejo continente, no obstante muestre todavía las heridas de recientes conflictos y de contraposiciones también violentas en su interior, ha sentido fuerte la llamada a la unidad. Una unidad que todavía se debe construir, a pesar de que se hayan abatido algunos muros, y que deberá extenderse a toda Europa y a quien en ella pide hospitalidad y acogida. Unidad que no podrá ser sólo política o económica, sino también y, ante todo, espiritual y moral. Unidad, además, que deberá superar viejos rencores y antiguos recelos, y que podría encontrar precisamente en las primitivas raíces cristianas un motivo de convergencia y una garantía de entendimiento. Unidad que incumbe realizar, consolidar y acabar especialmente a la actual generación juvenil, del Oeste al Este, del Norte al Sur, defendiéndola de cualquier tentación contraria de aislamiento y de encerramiento en sus propios intereses, y proponiéndola al mundo entero como ejemplo de serena convivencia en la diferencia.

¿Serán capaces estos jóvenes de asumir una tal responsabilidad?

Si es cierto que el joven de hoy corre el peligro de estar desorientado y de encontrarse sin un preciso punto de referencia, la «nueva Europa» que está naciendo podría llegar a ser una meta y ofrecer un

adecuado estímulo a los jóvenes que, en realidad, « tienen nostalgia de libertad y buscan la verdad, la espiritualidad, la autenticidad, la propia originalidad personal y la transparencia, que juntos tienen deseos de amistad y de reciprocidad», que buscan «compañía» y quieren «construir una nueva sociedad, fundada en valores tales como la paz, la justicia, el respeto del medio ambiente, la atención a las discrepancias, la solidaridad, el voluntariado y la igual dignidad de la mujer».(10)

En último análisis, los más recientes estudios presentan a los jóvenes europeos como desorientados, mas no desesperados; impregnados de relativismo ético, pero también deseosos de vivir una «vida buena»; conscientes de su necesidad de salvación, aunque sin saber dónde buscarla.

Su problema más grave es probablemente la sociedad éticamente neutra en la que les ha tocado vivir, pero cuyos recursos no se han agotado. Especialmente en un tiempo de transición hacia nuevas metas como el nuestro. De ello dan fe tantos jóvenes animados por una sincera búsqueda de espiritualidad, valientemente comprometidos en lo social, confiados en sí mismos y en los otros y comunicadores de esperanza y de optimismo.

Nosotros creemos que estos jóvenes, a pesar de las contradicciones y del «peso» de un cierto ambiente cultural, pueden construir esta nueva Europa. En la vocación de su madre-tierra se trasluce también su propia vocación.

Nueva Evangelización

12. Todo esto abre nuevos caminos y requiere nuevo impulso al mismo proceso de evangelización de la vieja y nueva Europa. Hace tiempo que la Iglesia y el actual Pontífice vienen pidiendo una profunda renovación de los contenidos y del método del anuncio del Evangelio, «para hacer a la Iglesia del siglo XX siempre más idónea para anunciar el Evangelio a la humanidad del siglo XX». (11) Y como nos recordó el Congreso, «no hay que tener miedo de vivir en una época de paso de una orilla a la otra». (12)

a) El «semper» y el «novum»

Se trata de unir el «semper» y el «novum» del Evangelio para ofrecerlo a las nuevas exigencias y condiciones del hombre y de la mujer de hoy. Es, pues, urgente proponer de nuevo el núcleo o centro del kerigma como «noticia perennemente buena», rica de vida y de sentido para el joven que vive en Europa, como anuncio capaz de dar respuestas a sus expectativas y guiar su búsqueda.

En torno a estos puntos se concentran especialmente la tensión y el desafío. De esto dependen la imagen de hombre que se quiere construir y las grandes decisiones de la vida, el futuro de la persona y de la humanidad; el significado de la libertad y la relación entre subjetividad y objetividad, el misterio de la vida y de la muerte, el amar y el sufrir, el trabajo y el descanso.

Es preciso aclarar la conexión entre praxis y verdad, entre momento histórico personal y futuro definitivo universal o entre bien recibido y bien dado, entre conocimiento del don y opción de vida. Somos conscientes de que precisamente en torno a estos puntos gira también una cierta crisis de significado, de la que derivan, por tanto, una cultura antivocacional y una imagen de hombre sin vocación. Por consiguiente, de aquí debe partir o aquí debe arribar el camino de la nueva evangelización, para evangelizar la vida y el significado de la vida, la exigencia de libertad y de subjetividad, el sentido del propio ser en el mundo y del relacionarse con los otros.

De aquí podrá emerger una cultura vocacional y un modelo de hombre abierto a la llamada. Para que a una Europa, que va cambiando en profundidad su imagen, no le llegue a faltar la buena noticia de la pascua del Señor, en cuya sangre los pueblos dispersos se han reunido y los alejados se han aproximado, «destruyendo el muro de enemistad que los separaba» (Ef 2,14). O mejor, podemos decir que la *vocación es el corazón mismo de la nueva evangelización en los umbrales del tercer milenio*, es la llamada de Dios al hombre para un tiempo nuevo de verdad y libertad, y para una nueva construcción ética de la cultura y de la sociedad europea.

b) Nueva santidad

En este proceso de inculturación de la buena nueva, la Palabra de Dios se hace compañera de viaje del hombre y le sale al encuentro a lo largo de los caminos para revelar el designio del Padre como condición para su felicidad. Y es exactamente la Palabra extraída de la carta de Pablo a los cristianos de la Iglesia de Efeso, la que nos guía también hoy a nosotros, pueblo de Dios en Europa, a descubrir cuanto quizá no es inmediatamente visible a primera vista, pero que es evento, es donación, es vida nueva: «Así, pues, ya no sois extraños ni forasteros, antes bien, sois conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2,19).

No es, evidentemente, palabra nueva, pero es palabra que hace ver de un modo nuevo la realidad de la Iglesia del viejo continente, que está lejos de ser «Iglesia vieja». Es comunidad de creyentes llamados a la «juventud de la santidad», a la *vocación universal a la santidad*, subrayada con fuerza por el Concilio (13) y reafirmada, en diversas ocasiones, por el Magisterio subsiguiente.

Es tiempo, ahora, de que aquella llamada adquiera fuerza y llegue a todo creyente, «a fin de que alcancéis a comprender juntamente con todos los santos cuál sea la anchura y la longitud, la altura y la profundidad» (Ef 3,18) del misterio de gracia confiado a la propia vida.

Es tiempo, ahora, de que aquella llamada suscite nuevos modelos de santidad, porque Europa tiene necesidad, sobre todo, de la santidad que el momento exige, original por tanto y, en algún modo, sin precedentes.

Se necesitan personas, capaces de «*echar puentes*» para unir cada vez más a las Iglesias y a los pueblos de Europa y para reconciliar los espíritus.

Son precisos «*padres*» y «*madres*» abiertos a la vida y al don de la vida; *esposos* y *esposas* que testimonien y celebren la belleza del amor humano bendecido por Dios; personas *capaces de diálogo* y de «*caridad cultural*» para transmitir el mensaje cristiano mediante los lenguajes de nuestra sociedad; *profesionales* y *personas sencillas* capaces de imprimir al compromiso en la vida civil y a las relaciones de trabajo y amistad, la transparencia de la verdad y la fuerza de la caridad cristiana; *mujeres* que descubran en la fe cristiana la posibilidad de vivir plenamente su condición femenina; *sacerdotes* de corazón grande, como el del Buen Pastor; *diáconos permanentes* que anuncien la Palabra y la libertad del servicio para con los más pobres; *apóstoles* consagrados, capaces de sumergirse en el mundo y en la historia con corazón contemplativo, y *místicos* tan familiarizados con el misterio de Dios como para saber celebrar la experiencia de lo divino y hacer ver a Dios presente en la vorágine de la acción.

Europa necesita nuevos *confesores* de la fe y del gozo de creer, *testigos* que sean *creyentes creíbles*, valientes hasta la sangre, vírgenes que no sean tales sólo para sí mismas, sino que sepan decir a todos que la virginidad reside en el corazón de cada uno y reenvía inmediatamente al Eterno, manantial de todo amor.

Nuestra tierra está ávida no sólo de personas santas, sino de comunidades santas, de tal forma enamoradas de la Iglesia y del mundo que sepan presentar al mundo mismo una Iglesia libre, abierta, dinámica, presente en la historia diaria de Europa, cercana a los sufrimientos de la gente, acogedora con todos, promotora de la justicia, solícita para con los pobres, no preocupada por su minoría numérica ni por las barreras puestas a su acción, no asustada por el clima de descristianización social (real pero quizá no tan radical ni generalizado), ni de la escasez (a menudo sólo aparente) de los resultados.

¡Será ésta la nueva santidad capaz de reevangelizar a Europa y de construir la nueva Europa!

Nuevas vocaciones

13. Se impone, en este momento, un razonamiento nuevo sobre la vocación y sobre las vocaciones, sobre la cultura y sobre la pastoral vocacional. El Congreso ha creído percibir una cierta sensibilidad,

ya largamente extendida respecto a estos temas, proponiendo, sin embargo, al mismo tiempo, una «sacudida» adecuada para abrir tiempos nuevos en nuestras Iglesias. (14)

a) *Vocación y vocaciones*

Como la santidad es para todos los bautizados en Cristo, así también existe una vocación específica para todo viviente; y así como la primera tiene su fundamento en el Bautismo, la segunda está vinculada al simple hecho de existir. La vocación es el pensamiento providente del Creador sobre cada criatura, es su idea-proyecto, como un sueño que está en el corazón de Dios, porque ama vivamente la criatura. Dios-Padre lo quiere distinto y específico para cada viviente.

El ser humano, en efecto, es «llamado» a la vida y al venir a la vida, lleva y encuentra en sí la imagen de Aquél que le ha llamado.

Vocación es propuesta divina a realizarse según esta imagen, y es única-singular-irrepetible precisamente porque tal imagen es inagotable. Toda criatura significa y es llamada a manifestar un aspecto particular del pensamiento de Dios. Ahí encuentra su nombre y su identidad; afirma y pone a seguro su libertad y su originalidad.

Si, pues, todo ser humano tiene su propia vocación desde el momento de su nacimiento, existen en la Iglesia y en el mundo diversas vocaciones que, mientras en el plano teológico manifiestan la imagen divina impresa en el hombre, a nivel pastoral-ecclesial responden a las varias exigencias de la nueva evangelización, enriqueciendo la dinámica y la comunión eclesial: «La Iglesia particular es como un jardín florido, con gran variedad de dones y carismas, funciones y ministerios. De aquí la importancia del testimonio de la comunión entre ellos, abandonando todo espíritu de competencia». (15)

Más aún, se dijo explícitamente al Congreso, «hay necesidad de apertura a los nuevos carismas y ministerios, sin duda distintos de los habituales. La valoración y el puesto de los seglares es un signo de los tiempos que, en parte, está todavía por descubrir y que se está manifestando cada vez más fructífero». 16

b) *Cultura de la vocación*

Estos elementos están penetrando progresivamente la conciencia de los creyentes, pero no todavía hasta el punto de crear una verdadera y propia cultura vocacional, (17) capaz de traspasar los confines de la comunidad creyente. Por esto el Santo Padre, en su *Discurso* a los participantes al Congreso les desea que la constante y paciente atención de la comunidad cristiana al misterio de la llamada divina promueva una «nueva cultura vocacional en los jóvenes y en las familias». (18)

Ella es una componente de la nueva evangelización. Es cultura de la vida y de la apertura a la vida, del significado del existir, pero también del morir.

En especial hace referencia a valores un tanto olvidados por cierta mentalidad emergente («cultura de la muerte», según algunos), tales como, la gratitud, la aceptación del misterio, el sentido de lo imperfecto del hombre y, a la vez, de su apertura a lo trascendente, la disponibilidad a dejarse llamar por otro (o por Otro) y preguntar por la vida, la confianza en sí mismo y en el prójimo, la libertad de turbarse ante el don recibido, el afecto, la comprensión, el perdón, admitiendo que aquello que se ha recibido es inmerecido y sobrepasa la propia capacidad, y fuente de responsabilidad hacia la vida.

También forma parte de esta cultura vocacional la capacidad de soñar y anhelar, el asombro que permite apreciar la belleza y elegirla por su valor intrínseco, porque hace bella y auténtica la vida, el altruismo que no es sólo solidaridad de emergencia, sino que nace del descubrimiento de la dignidad de cualquier ser humano.

A la cultura del ocio, que corre el peligro de perder de vista y anular los interrogantes serios en el montón de palabras, y se opone una cultura capaz de encontrar valor y gusto por las grandes cuestiones, las que atañen al propio futuro: *son las grandes preguntas, en efecto, las que hacen grandes las pequeñas respuestas*. Pero son precisamente las pequeñas y cotidianas respuestas las que provocan las grandes decisiones, como la de la fe; o que crean cultura, como la de la vocación.

En todo caso, la cultura vocacional, en cuanto conjunto de valores, debe pasar cada vez más de la conciencia eclesial a la civil, del conocimiento de lo particular o de la comunidad a la convicción universal de no poder construir ningún futuro, para la Europa del 2000, sobre un modelo de hombre sin vocación. En efecto, dice el Papa: «La crisis que atraviesa el mundo juvenil revela, incluso en las nuevas generaciones, apremiantes interrogantes sobre el sentido de la vida, confirmando el hecho de que nada ni nadie puede ahogar en el hombre la *búsqueda de sentido* y el deseo de encontrar la verdad. Para muchos éste es el campo en el que se plantea la búsqueda de la vocación». (19)

Precisamente esta pregunta y este deseo hacen nacer una auténtica cultura de la vocación; y si pregunta y deseo están en el corazón del hombre, también de quien los rechaza, entonces esta cultura podría llegar a ser una especie de terreno común donde la conciencia creyente encuentra la conciencia seglar y se confronta con ella. A ésta dará con generosidad y transparencia la sabiduría que ha recibido de lo Alto.

De esta forma dicha nueva cultura será verdadero y propio terreno de evangelización, donde podría nacer un nuevo modelo de hombre y florecer también una nueva santidad y nuevas vocaciones para la Europa del 2000. La escasez, en efecto, de vocaciones específicas —las vocaciones en plural— es, sobre todo, carencia de conciencia vocacional de la vida —la vocación en particular—, o bien, carencia de cultura de la vocación.

Esta cultura llega a ser hoy, probablemente, el primer objetivo de la pastoral vocacional (20) o, quizá, de la pastoral en general. ¿Qué pastoral es, en efecto, aquella que no cultiva la libertad de sentirse llamados por Dios, ni produce cambio de vida?

c) *Pastoral de las vocaciones: el «salto de calidad»*

Hay otro elemento que une entre sí la reflexión del pre-congreso con el análisis del congreso. Es el conocimiento de que el congreso de las vocaciones se encuentra ante la exigencia de un cambio radical, de un «impacto» «idóneo», según el documento de trabajo, (21) o de «un salto de calidad», como el Papa recomendó en su *Discurso* al final del Congreso. (22) Todavía una vez más nos encontramos ante una convergencia evidente que ha de comprenderse en su significado auténtico, en este análisis de la situación que estamos proponiendo.

No se trata sólo de una invitación a reaccionar ante una sensación de cansancio o de desaliento por los escasos resultados; ni con estas palabras se pretende incitar a renovar simplemente ciertos métodos o a recuperar energía y entusiasmo, sino que, substancialmente se quiere indicar que la pastoral vocacional en Europa ha llegado a una articulación histórica, a un paso decisivo. Existe una historia, con una prehistoria, seguida de fases que se han sucedido lentamente a lo largo de estos años, como estaciones naturales, y que ahora deben necesariamente avanzar hacia el estado «adulto» y maduro de la pastoral vocacional.

Por tanto, no se trata ni de subestimar el sentido de este paso, ni de culpar a nadie por lo que se haya hecho en el pasado; al contrario, nuestro propósito y el de toda la Iglesia es de sincero reconocimiento a aquellos hermanos y hermanas que, en condiciones verdaderamente difíciles, han ayudado con generosidad a tantos adolescentes a buscar y encontrar la propia vocación. De todas formas, en cualquier caso, se trata de comprender de una vez la orientación que Dios, Señor de la historia, está dando a nuestra historia, también a la rica historia de las vocaciones en Europa, hoy ante una encrucijada decisiva.

— Si la pastoral de las vocaciones nació como emergencia debida a una situación de crisis e indigencia vocacional, hoy ya no se puede pensar con la misma incertidumbre y motivada por una coyuntura negativa; al contrario, aparece como expresión *estable y coherente* de la maternidad de la Iglesia, abierta al designio inescrutable de Dios, que siempre *engendra vida* en ella;

— Si en un tiempo la promoción vocacional se orientaba exclusiva y principalmente a algunas vocaciones, ahora se debería dirigir cada vez más a la promoción de todas las vocaciones, porque en la Iglesia de Dios o se crece juntos o no crece ninguno;

— Si en sus comienzos la pastoral vocacional trataba de circunscribir su campo de acción a algunas categorías de personas (« los nuestros », los más próximos a los ambientes de Iglesia, o a aquéllos que parecían manifestar inmediatamente un cierto interés, los más buenos y estimados, los que habían hecho ya una opción de fe, etc.), ahora se siente cada vez más la necesidad de extender con valor *a todos*, al menos en teoría, el anuncio y la propuesta vocacionales, en nombre de aquel Dios que no hace acepción de personas, que elige a pecadores en un pueblo de pecadores, que hace de Amós, que no era hijo de profeta sino tan solo recogedor de sicómoros, un profeta, que llama a Leví, y entra en la casa de Zaqueo, que es capaz de hacer nacer incluso de las piedras hijos de Abraham (cfr. Mt 3,9);

— Si anteriormente la actividad vocacional nacía en buena parte del miedo (a la desaparición, a la disminución) y de la pretensión de mantener determinados niveles de presencia o de obras, ahora el miedo, siempre pésimo consejero, cede el puesto a la *esperanza cristiana*, que nace de la fe y se proyecta hacia la novedad y el futuro de Dios;

— Si una cierta animación vocacional es, o era, perennemente insegura y tímida, casi hasta aparecer en condiciones de inferioridad respecto a una cultura antivocacional, hoy hace auténtica promoción vocacional sólo quien está animado por la convicción de que toda persona, sin excluir a ninguna, es un don original de Dios que espera ser descubierto;

— Si el fin, un tiempo, parecía ser el reclutamiento, o el método de propaganda, a menudo con resultados obtenidos forzando la libertad del individuo o con episodios de «competencia», ahora debe ser cada vez más claro que el fin es la ayuda *a la persona* para que sepa discernir el designio de Dios sobre su vida para la edificación de la Iglesia, y reconozca y realice en sí misma su propia verdad; (23)

— Si en época aún no muy lejana había quien se engañaba creyendo resolver la crisis vocacional con opciones discutibles, por ejemplo « importando vocaciones » de allende las fronteras (a menudo desarraigándolas de su ambiente), hoy nadie debería engañarse con resolver la crisis vocacional vagando de un lado a otro, porque el Señor continúa llamando en *cada Iglesia y en cada lugar*;

— E igualmente, en la misma línea, el «cirineo vocacional», solícito y a menudo improvisador solitario, debería cada vez más pasar de una animación hecha con iniciativas y experiencias episódicas a una educación vocacional que se inspire en la seguridad de *un método de acompañamiento comprobado* para poder prestar una ayuda apropiada a quien está en búsqueda;

— En consecuencia, el mismo animador vocacional debería llegar a ser cada vez más *educador en la fe y formador de vocaciones*, y la animación vocacional llegar a ser siempre más acción coral, (24) de toda la comunidad, religiosa o parroquial, de todo el instituto o de toda la diócesis, de cada presbítero o consagrado/a o creyente, y para todas las vocaciones en cada fase de la vida;

— Es tiempo, por fin, de que se pase decididamente de la «patología del cansancio» (25) y de la resignación, que se justifica atribuyendo a la actual generación juvenil la causa única de la crisis vocacional, al valor de hacerse los interrogantes oportunos y ver los eventuales errores y fallos a fin de llegar a un ardiente nuevo impulso creativo de testimonio.

d) *Pequeño rebaño y misión grande* (26)

Será la coherencia con la que se proceda en esta línea la que ayudará cada vez más a descubrir la dignidad de la pastoral vocacional y su natural posición de centralidad y síntesis en el ámbito pastoral.

También aquí venimos de experiencias y concepciones que han arriesgado marginar, en algún modo, en el pasado, la misma pastoral de las vocaciones, considerándola como menos importante. Ella, tal vez, presenta un rostro no convincente de la Iglesia actual o es considerada como un sector de la pastoral teológicamente menos fundamentado que otros, consecuencia reciente de una situación crítica y contingente.

La pastoral vocacional vive, quizá, todavía en una situación de inferioridad, que, si por un lado puede dañar su imagen e indirectamente la eficacia de su acción, por otro puede llegar a ser también un contexto favorable para trazar y experimentar con creatividad y libertad —libertad incluso para equivocarse— nuevos caminos pastorales.

Sobre todo dicha situación puede recordar aquella otra « inferioridad » o pobreza de la que hablaba Jesús mirando al gentío que le seguía: «La mies es mucha, pero los obreros pocos» (Mt 9,37). Frente a la mies del Reino de Dios, frente a la mies de la nueva Europa y de la nueva evangelización, los «obrereros» son y serán siempre pocos, «pequeño rebaño y misión grande», para que resalte siempre más que la vocación es iniciativa de Dios, don del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

SEGUNDA PARTE

TEOLOGIA DE LA VOCACION

«Hay diversidad de carismas, pero un solo Espíritu» (1 Cor 12,4)

La finalidad fundamental de esta segunda parte teológica es hacer comprender el sentido de la vida humana en relación a Dios comunión trinitaria. El misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo fundamenta toda la existencia del hombre, como llamada al amor en la entrega de sí mismo y en la santidad; como don en la Iglesia para el mundo. Toda antropología separada de Dios es ilusoria.

Se trata de estudiar los elementos estructurales de la vocación cristiana, su entramado esencial que, evidentemente, no puede ser sino teológico. Esta realidad, que ha sido ya objeto de muchos análisis, incluso del Magisterio, posee una rica tradición espiritual, bíblico-teológica, que ha formado no sólo generaciones de llamados, sino también una espiritualidad de la llamada.

La cuestión del sentido de la vida

14. En la escuela de la palabra de Dios, la comunidad cristiana recibe la respuesta más elevada a la cuestión del significado que surge, más o menos claramente, en el corazón del hombre. Es una respuesta que no viene de la razón humana, aunque siempre provocada dramáticamente por el problema del existir y de su destino, sino de Dios. Es El mismo quien entrega al hombre la clave de lectura para esclarecer y resolver las grandes cuestiones que hacen del hombre un sujeto interrogante: « ¿Por qué estamos en el mundo? ¿Qué es la vida? ¿A qué puerto arribamos más allá del misterio de la muerte? ».

No se olvide, sin embargo, que en la cultura del ocio, en la que se encuentran embarcados sobre todo los jóvenes actuales, las cuestiones fundamentales corren el peligro de ser sofocadas o de ser eludidas. El sentido de la vida, hoy, más que buscado viene impuesto: o por aquello que se vive en lo inmediato, o por cuanto satisface las necesidades, satisfechas las cuales, la conciencia llega a ser cada vez más obtusa, y las cuestiones más importantes quedan eludidas. (27)

Es, por tanto, tarea de la teología pastoral y del acompañamiento espiritual ayudar a los jóvenes a preguntar a la vida, para llegar a formular, en el diálogo decisivo con Dios, la misma pregunta de María de Nazaret: «¿Cómo es posible?» (Lc 1,34).

La imagen trinitaria

15. En la escucha de la Palabra, no sin asombro, descubrimos que la categoría bíblico-teológica más comprensiva y más conveniente para expresar el misterio de la vida, a la luz de Cristo, es aquella de «vocación». (28) «Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta también plenamente el hombre al hombre y le descubre la sublimidad de su vocación». (29)

Por esto la figura bíblica de la comunidad de Corinto presenta los dones del Espíritu, en la Iglesia, subordinados al reconocimiento de Jesús como el Señor. Efectivamente, la cristología está en la base

de toda antropología y eclesiología. *Cristo es el proyecto del hombre*. Sólo después de que el creyente ha reconocido que Jesús es el Señor «bajo la acción del Espíritu Santo» (1 Cor 12,3) puede acoger el estatuto de la nueva comunidad de los creyentes: «Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos» (1 Cor 12,4-6). La imagen paulina pone en evidencia, claramente, tres aspectos fundamentales de los dones vocacionales en la Iglesia, estrechamente unidos a su origen en el seno de la comunión trinitaria y con específica referencia a cada Persona.

A la luz del Espíritu, los dones son manifestación de su infinita *gratuidad*. El mismo es carisma (Hch 2, 38), manantial de todo don y expresión de la incontenible creatividad divina.

A la luz de Cristo, los carismas vocacionales son *ministerios*, y manifiestan las más variadas formas de servicio que el Hijo vivió hasta dar la vida. El, en efecto, «no ha venido para ser servido, sino a servir y dar su vida...» (Mt 20, 28). Jesús, por tanto, es el modelo de todo ministerio.

A la luz del Padre, los carismas son «operaciones», porque por El, origen de la vida, todo ser libera el propio dinamismo creador.

La Iglesia, pues, refleja como imagen, el misterio de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo; y cada vocación lleva en sí los rasgos característicos de las tres Personas de la comunión trinitaria. Las Personas Divinas son origen y modelo de toda llamada: o mejor, la Trinidad es en sí misma un misterioso entrecruce de llamadas y respuestas. Sólo allí, en el interior de aquel diálogo ininterrumpido, todo viviente encuentra no sólo sus raíces, sino también su destino y su futuro, es decir, lo que está llamado a ser y a llegar a ser, en la verdad y en la libertad, en la realidad de su historia.

Los carismas, en efecto, en el estatuto eclesiológico de la 1ª a los Corintios, tienen una finalidad histórica y concreta: «A cada uno se le otorga la manifestación para la común utilidad» (1 Cor 12,7). Hay un bien superior que normalmente sobrepasa el carisma personal: construir en la unidad el Cuerpo de Cristo; hacer epifánica su presencia en la historia «para que el mundo crea» (Jn 17,21).

Por tanto, la comunidad eclesial, por una parte, está asida por el misterio de Dios, del que es imagen visible, y, por otra, está totalmente comprometida con la historia del hombre, en situación de éxodo, hacia «los cielos nuevos».

La Iglesia, y en ella cada vocación, manifiestan un idéntico dinamismo: ser llamadas para una misión.

El Padre llama a la vida

16. La existencia de cada uno es fruto del amor creador del Padre, de su voluntad eficiente, de su palabra creadora.

El acto creador del Padre tiene la dinámica de una invitación, de una llamada a la vida. El hombre viene a la vida porque es amado, pensado y querido por una Voluntad buena que lo ha preferido a la no existencia, que lo ha amado antes de que fuese, conocido antes de formarlo en el seno materno, consagrado antes de que saliese a la luz (cfr. Jer 1,5; Is 49,1-5; Gal 1,15).

La vocación, por tanto, es lo que explica, en la raíz, el misterio de la vida del hombre, y ella misma es misterio de predilección y gratuidad absoluta.

a) «...a su imagen»

En la «llamada creadora» el hombre aparece al instante en toda la plenitud de su dignidad como sujeto llamado a la relación con Dios, a estar ante El, con los otros, en el mundo, con un rostro que sea el reflejo de los mismos semblantes divinos: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gen 1,26). Esta triple relación pertenece al designio originario, porque el Padre «en El —en

Cristo— nos eligió antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables en su presencia por la caridad» (*Ef 1,4*).

Reconocer al Padre significa que nosotros existimos a su manera, habiéndonos creado a su imagen (*Sab 2,23*). En esto, pues, se contiene la fundamental vocación del hombre: la vocación a la vida y a una vida concebida al instante a semejanza de la divina. Si el Padre es el eterno manantial, la total gratuidad, la fuente perenne de la existencia y del amor, el hombre está llamado, en la medida corta y limitada de su existir, a ser como El; y, por tanto, a «dar vida», a hacerse cargo de la vida de otro.

El acto creador del Padre, pues, es lo que provoca el conocimiento de que la vida es una entrega a la libertad del hombre, llamado a dar una respuesta personalísima y original, responsable y llena de gratitud.

b) *El amor, sentido pleno de la vida*

En esta perspectiva de la llamada a la vida una cosa debe ser excluida: que el hombre pueda considerar la vida como una cosa obvia, debida, casual.

Quizá resulta difícil, en la cultura actual, experimentar asombro ante el don de la vida. (30)

Mientras que es más fácil percibir el sentido de una vida que se da, aquella que redunda en beneficio de los otros, se exige, en cambio, una conciencia más madura, una cierta formación espiritual, para comprender que la vida de cada uno, siempre y ante cualquier situación, es amor recibido, y que en dicho amor está ya encerrado, como consecuencia, un proyecto vocacional.

El mero hecho de existir debería llenar a todos de admiración y de gratitud inmensa hacia Aquél que de manera totalmente gratuita nos ha sacado de la nada pronunciando nuestro nombre.

Y, en adelante, la conciencia de que la vida es un don, no debería suscitar solamente una actitud de agradecimiento, sino que, a la larga, debería sugerir la primera gran respuesta a la cuestión fundamental sobre el sentido: la vida es la obra maestra del amor creador de Dios y es en sí misma una llamada a amar. Don recibido que, por naturaleza, tiende a convertirse en bien dado.

c) *El amor, vocación de todo hombre*

El amor es el sentido pleno de la vida. Dios ha amado tanto al hombre que le ha dado su propia vida, y le ha capacitado para vivir y querer a la manera divina. En este exceso de amor, el amor de los comienzos, el hombre encuentra su radical vocación, que es «vocación santa» (*2 Tim 1,19*), y descubre la propia inconfundible identidad, que lo hace al momento semejante a Dios, a «imagen del Santo» que lo ha llamado (*1 Pt 1,15*). «Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser —comenta Juan Pablo II— Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano». (31)

d) *El Padre educador*

Gracias a este amor que lo ha creado nadie puede considerarse «superfluo», porque es llamado a responder según un designio de Dios pensado exclusivamente para él.

Y por tanto, el hombre será feliz y plenamente realizado estando en su puesto, aceptando la propuesta educativa divina, con todo el temor y temblor que una tal exigencia suscita en su corazón de carne. Dios creador que da la vida, es también el Padre que «educa», saca fuera de la nada lo que todavía no es para hacerlo ser; saca fuera del corazón del hombre aquello que El le ha puesto dentro, para que sea plenamente sí mismo y aquello que El le ha llamado a ser, a semejanza suya.

De aquí, la añoranza de infinitud que Dios ha puesto en el mundo interior de cada uno. Como un sello divino.

e) *La llamada del Bautismo*

Esta vocación a la vida y a la vida divina es celebrada en el Bautismo. En este sacramento el Padre se inclina con ternura solícita sobre la criatura, hijo o hija del amor de un hombre y de una mujer, para bendecir el fruto de aquel amor y hacerlo plenamente hijo suyo. Nada ni nadie podrá cancelar jamás esta vocación.

Con la gracia del Bautismo, Dios Padre interviene para manifestar que El, y sólo El es el autor del plan de salvación, dentro del cual todo ser humano encuentra su rol personal. Su acto es siempre precedente, anterior, no espera la iniciativa del hombre, no depende de sus méritos, ni se configura a partir de sus aptitudes o disposiciones. Es el Padre quien conoce, designa, imprime un impulso, pone un sello, llama aún «antes de la fundación del mundo» (Ef 1,4). Y luego da fuerza, camina cercano, sostiene en la fatiga, es Padre y Madre por siempre...

La vida cristiana adquiere, de este modo, el significado de una experiencia responsable: llega a ser respuesta responsable al hacer crecer una relación filial con el Padre y una relación fraterna en la gran familia de los hijos de Dios. El cristiano está llamado a favorecer, por el amor, aquel proceso de semejanza con el Padre que se llama vida teologal.

Por lo tanto, la fidelidad al Bautismo impulsa a plantear a la vida y a sí mismo, cuestiones cada vez más concretas; sobre todo para disponerse a vivir la existencia no sólo según aptitudes humanas, que también son dones de Dios, sino según su voluntad; no según perspectivas mundanas, muchas veces de poca altura, sino según los deseos y designios de Dios.

La fidelidad al Bautismo significa, por tanto, mirar a lo alto, como hijos, para llevar a cabo el discernimiento de su voluntad sobre la propia vida y el propio futuro.

El Hijo llama al seguimiento

17. «Señor, muéstranos al Padre, y nos basta» (Jn 14,8).

Es la súplica de Felipe a Jesús, en la tarde de la víspera de la pasión. Es la angustiosa nostalgia de Dios, presente en el corazón de cada hombre: conocer las propias raíces, conocer a Dios. El hombre no es infinito, está inmerso en la finitud; pero su deseo gira en torno a lo infinito.

Y la respuesta de Jesús sorprende a los discípulos: «Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y tú no me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9).

a) *Enviado por el Padre para llamar al hombre*

El Padre nos ha creado en el Hijo, «que es irradiación de su gloria y la impronta de su substancia» (Heb 1,3), predestinándonos a ser conformes a su imagen (cfr. Rom 8,29). El Verbo es la imagen perfecta del Padre. Este es Aquél en quien se ha hecho visible, el Logos por medio de la cual «nos ha hablado» (Heb 1,2). Todo su ser es de «ser enviado», para hacer a Dios, en cuanto Padre, cercano al hombre, para manifestar su rostro y su nombre a los hombres (Jn 17,6).

Si el hombre es llamado a ser hijo de Dios, se deduce que nadie mejor que el Verbo Encarnado puede «hablar» al hombre y reproducir la imagen perfecta del hijo. Por esto el Hijo de Dios, viniendo a esta tierra, ha invitado a seguirle, a ser como El, a compartir su vida, su palabra, su pascua de muerte y resurrección; hasta sus sentimientos.

El Hijo, el enviado por Dios, se hizo hombre para llamar al hombre: el enviado por el Padre es el que llama a los hombres.

Por esto no existe un sólo párrafo del Evangelio, o un encuentro o un diálogo, que no tenga una proyección vocacional, que no exprese, directa o indirectamente, una llamada por parte de Jesús. Es como si sus encuentros humanos, provocados por las más diversas circunstancias, fuesen para El una ocasión para colocar de algún modo a la persona ante la pregunta estratégica: «¿Qué hacer de mi vida?», «¿Cuál es mi camino?».

b) *El amor más grande: dar la vida*

¿A qué llama Jesús? A seguirle para ser y obrar como El. Más en concreto, a vivir su misma relación en su trato con el Padre y con los hombres: a aceptar la vida como don de las manos del Padre para «perder» y verter este don sobre aquéllos que el Padre les ha confiado. (32)

Hay un aspecto unificador en la identidad de Jesús que constituye el sentido pleno del amor: la misión. Esta manifiesta la actitud oblativa, que alcanza su epifanía suprema sobre la cruz: «Nadie tiene un amor más grande que éste: el de dar la vida por los propios amigos» (Jn 15,13).

Por tanto todo discípulo está llamado a reproducir y revivir los sentimientos del Hijo, que encuentran una síntesis en el amor, causa decisiva de toda llamada. Pero, ante todo, cada discípulo está llamado a hacer evidente la misión de Jesús, está llamado para la misión: «Como me ha enviado a mí el Padre, así también yo os envío a vosotros» (Jn 20,21). El entramado de cada vocación, o mejor aún, su madurez, consiste en seguir a Jesús en el mundo, para hacer, como El, de la vida un don. El envío-misión es, en efecto, el mandato de la tarde de Pascua (Jn 20,21) y es la última palabra antes de subir al Padre (Mt 28,16-20).

c) *Jesús, el formador*

Todo llamado es signo de Jesús: en cierto modo su corazón y sus manos continúan abrazando a los pequeños, curando a los enfermos, reconciliando a los pecadores y dejándose clavar en la cruz por amor de todos. Por esto es el Señor Jesús el *formador* de aquellos que llama, el único que puede plasmar en ellos sus mismos sentimientos.

Todo discípulo, respondiendo a su llamada y dejándose formar por El, manifiesta los rasgos más auténticos de la propia opción. Por esto « el reconocimiento de El como Señor de la vida y de la historia, conlleva el reconocerse uno mismo como discípulo (...) El acto de fe conjuga necesariamente el conocimiento cristológico con el auto-reconocimiento antropológico». (33)

De aquí, la pedagogía de la experiencia vocacional cristiana traída por la palabra de Dios: «Jesús designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14). La vida cristiana para ser vivida en plenitud, en la dimensión del don y de la misión, necesita de motivaciones fuertes, y, sobre todo, de comunión profunda con el Señor: en la escucha, en el diálogo, en la oración, en la interiorización de los sentimientos, en el dejarse cada día formar por El, y, especialmente, en el deseo ardiente de comunicar al mundo la vida del Padre.

d) *La Eucaristía: la entrega para la misión*

En todas las catequesis de la comunidad cristiana desde los orígenes es patente la centralidad del misterio pascual: anunciar a Cristo muerto y resucitado. En el misterio del pan partido y de la sangre vertida por la vida del mundo, la comunidad creyente contempla la epifanía suprema del amor, la vida entregada del Hijo de Dios.

Por esto en la celebración de la Eucaristía, «cumbre y fuente» (34) de la vida cristiana, se celebra la suprema revelación de la misión de Jesucristo en el mundo; pero, al mismo tiempo, se celebra también la identidad de la comunidad eclesial convocada para ser enviada, llamada para la misión.

En la comunidad que celebra el misterio pascual cada cristiano toma parte y entra en el estilo del don de Jesús, llegando a ser como El pan partido para la oblación al Padre y para la vida del mundo.

La Eucaristía llega a ser, así, origen de toda vocación cristiana; en ella cada creyente es llamado a conformarse al Cristo Resucitado totalmente ofrecido y dado. Llega a ser modelo de toda respuesta vocacional; como en Jesús, en cada vida y en cada vocación, se da la difícil fidelidad de vivir hasta la medida de la cruz.

Aquél que participa en esto, acepta la invitación-llamada de Jesús a «hacer memoria» de El, en el sacramento y en la vida, a vivir « recordando » en la verdad y la libertad de las opciones diarias el

memorial de la cruz, a llenar la existencia de gratitud y gratuidad, a partir el propio cuerpo y verter la propia sangre. Como el Hijo.

La Eucaristía genera, por fin, el testimonio, prepara la misión: «Id en paz». Se pasa del encuentro con Cristo en el signo del Pan al encuentro con Cristo en el signo de cada hombre. El compromiso del creyente no se agota al entrar, sino al salir del templo. La respuesta a la llamada encuentra la historia de la misión. La fidelidad a la propia vocación se alimenta en las fuentes de la Eucaristía y se mide en la Eucaristía de la vida.

El Espíritu llama al testimonio

18. Todo creyente, iluminado por el conocimiento de la fe, está llamado a conocer y a reconocer a Jesús como el Señor; y en El, a reconocerse a sí mismo. Pero esto no es fruto sólo de un deseo humano o de la buena voluntad del hombre. Aún después de haber vivido la larga experiencia con el Señor, los discípulos tienen siempre necesidad de Dios. Incluso, la víspera de la pasión, ellos sienten una cierta turbación (*Jn 14,1*), temen la soledad; y Jesús los anima con una promesa inaudita: «No os dejaré huérfanos» (*Jn 14,1*). Los primeros llamados del Evangelio no quedarán solos: Jesús les asegura la solícita compañía del Espíritu.

a) Consolador y amigo, guía y memoria

«El es el 'Consolador', el Espíritu de bondad, que el Padre enviará en el nombre del Hijo, don del Señor resucitado», (35) «para que permanezca siempre con vosotros» (*Jn 14,16*).

El Espíritu llega a ser el amigo de todo discípulo, el guía de mirada solícita sobre Jesús y sobre los llamados, para hacer de éstos, testigos contracorriente del acontecimiento más desconcertante del mundo: Cristo muerto y resucitado. El, en efecto, es «memoria» de Jesús y de su Palabra: «Os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho» (*Jn 14,26*); más todavía, «os guiará hacia la verdad completa» (*Jn 16,13*).

La permanente novedad del Espíritu está en guiar hacia un conocimiento gradual y profundo de la verdad, verdad que no es concepto abstracto, sino el designio de Dios en la vida de cada discípulo. Es la transformación de la Palabra en vida y de la vida según la Palabra.

b) Animador y acompañante vocacional

De este modo, el Espíritu llega a ser el animador de toda vocación, El que acompaña en el camino para que llegue a la meta, el artista interior que modela con creatividad infinita el rostro de cada uno según Jesús.

Su presencia está siempre junto a cada hombre y a cada mujer, para guiar a todos en el discernimiento de la propia identidad de creyentes y de llamados, para forjar y modelar tal identidad exactamente según el modelo del amor divino. Este «molde divino», el Espíritu santificador trata de reproducirlo en cada uno, como paciente artífice de nuestras almas y «óptimo consolador».

Pero sobre todo el Espíritu prepara a los llamados, al «testimonio»: «El dará testimonio de mí, y vosotros daréis también testimonio» (*Jn 15,26-27*). Este modo de ser de cada llamado constituye la palabra convincente, el contenido mismo de la misión. El testimonio no consiste sólo en inspirar las palabras del anuncio como en el Evangelio de Mateo (*Mt 10,20*); sino en guardar a Jesús en el corazón y en anunciarle a El como vida del mundo.

c) La santidad, vocación de todos

Y, así, la cuestión acerca del salto de calidad que imprimir a la pastoral vocacional hoy, llega a ser interrogante que sin duda empeña a la escucha del Espíritu: porque es El quien anuncia las «cosas futuras» (*Jn 16,13*), es El quien da una inteligencia espiritual nueva para comprender la historia y la vida, a partir de la Pascua del Señor, en cuya victoria está el futuro de cada hombre.

Por consiguiente, resulta legítimo preguntarse: ¿dónde está la llamada del Espíritu Santo para estos tiempos nuestros? ¿Qué debemos rectificar en los caminos de la pastoral vocacional?

Pero la respuesta vendrá sólo si acogemos la gran llamada a la conversión, dirigida a la comunidad eclesial y, en ella, a cada uno, como un verdadero itinerario de ascética y renovación interior, para recuperar cada uno la fidelidad a la propia vocación.

Hay una «*primacía de la vida en el Espíritu*», que está en la base de toda pastoral vocacional. Esto exige la superación de un difundido pragmatismo y de aquella superficialidad estéril que conduce a olvidar la vida teológica de la fe, de la esperanza y de la caridad. La escucha profunda del Espíritu es el nuevo hábito de toda acción pastoral de la comunidad eclesial.

La primacía de la vida espiritual es la premisa para responder a la *nostalgia de santidad* que, como ya hemos dicho, atraviesa también esta época de la Iglesia de Europa. La santidad es la vocación universal de cada hombre, (36) es la vía maestra donde convergen los diferentes senderos de las vocaciones particulares. Por tanto, la gran cita del Espíritu para estos tiempos de la historia postconciliar es la santidad de los llamados.

d) *Las vocaciones al servicio de la vocación de la Iglesia*

Pero tender eficazmente hacia esta meta significa adherirse a la acción misteriosa del Espíritu en algunas concretas direcciones, que preparan y constituyen el secreto de una verdadera vitalidad de la Iglesia del 2000.

Al Espíritu Santo se atribuye el eterno protagonismo de la comunión que se refleja en la imagen de la comunidad eclesial, visible a través de *la pluralidad de los dones y de los ministerios*. (37) Es, precisamente, en el Espíritu, en efecto, donde todo cristiano descubre su completa originalidad, la singularidad de su llamada, y, al mismo tiempo, su natural e imborrable tendencia a la unidad. Es en el Espíritu donde las vocaciones en la Iglesia son tantas, siendo todas ellas una misma única vocación a la unidad del amor y del testimonio. Es también la acción del Espíritu la que hace posible la pluralidad de las vocaciones en la unidad de la estructura eclesial: *las vocaciones en la Iglesia son necesarias en su variedad para realizar la vocación de la Iglesia, y la vocación de la Iglesia —a su vez— es la de hacer posibles y factibles las vocaciones de y en la Iglesia*. Todas las diversas vocaciones, pues, tienden hacia el testimonio del ágape, hacia el anuncio de Cristo único salvador del mundo. Precisamente ésta es la originalidad de la vocación cristiana: hacer coincidir la realización de la persona con la de la comunidad; esto quiere decir, todavía una vez más, hacer prevalecer la lógica del amor sobre la de los intereses privados, la lógica de la co-partición sobre la de la apropiación narcisista de los talentos (cfr. *1 Cor 12-14*).

La santidad llega a ser, por tanto, la verdadera epifanía del Espíritu Santo en la historia. Si cada Persona de la Comunión Trinitaria tiene su rostro, y si es verdad que los rostros del Padre y del Hijo son bastante familiares porque Jesús, haciéndose hombre como nosotros ha revelado el rostro del Padre, los santos llegan a ser el icono que mejor habla del misterio del Espíritu. Así, también, todo creyente fiel al Evangelio, en la propia vocación personal y en la llamada universal a la santidad, esconde y revela el rostro del Espíritu Santo.

e) *El «sí» al Espíritu Santo en la Confirmación*

El sacramento de la Confirmación es el momento que expresa del modo más evidente y consciente el don y el encuentro con el Espíritu.

El confirmando ante Dios y su gesto de amor («Recibe el sello del Espíritu Santo que te he dado en don»), (38) pero también ante la propia conciencia y la comunidad cristiana, responde «amén». Es importante recuperar a nivel formativo y catequético el denso significado de este «amén». (39)

Este «amén» quiere significar, ante todo, el «sí» al Espíritu Santo, y con El a Jesús. He aquí porqué la celebración del sacramento de la Confirmación prevé la renovación de las promesas bautismales y pide al confirmando el compromiso de renunciar al pecado y a las obras del maligno, siempre al quite

para desfigurar la imagen cristiana; y pide, sobre todo, el compromiso de vivir el Evangelio de Jesús y en particular el gran mandamiento del amor. Se trata de confirmar y renovar la fidelidad vocacional a la propia identidad de hijos de Dios.

Este « amén » es un « sí » también a la Iglesia. En la Confirmación el joven declara que se hace cargo de la misión de Jesús continuada por la comunidad. Comprometiéndose en dos direcciones, para dar realidad a su «amén»: el *testimonio* y la *misión*. El confirmando sabe que la fe es un talento que hay que negociar; es un mensaje que transmitir a los otros *con la vida*, con el testimonio coherente de todo su ser; y *con la palabra*, con el valor misionero de difundir la buena nueva.

Y finalmente, este «amén» manifiesta la docilidad al Espíritu Santo en pensar y decidir el futuro según el *designio de Dios*. No sólo según las propias aspiraciones y aptitudes; no sólo en los tiempos puestos a disposición por el mundo; sino, sobre todo, en sintonía con el designio, siempre inédito e imprevisible, que Dios tiene sobre cada uno.

Desde la Trinidad a la Iglesia en el mundo

19. Toda vocación cristiana es «peculiar» porque interpela la libertad de cada hombre y origina una respuesta personalísima en una historia original e irrepetible. Por esto cada uno en la propia experiencia vocacional encuentra un acontecimiento irreducible a esquemas generales; la historia de cada hombre es una pequeña historia, pero siempre parte, inconfundible y única, de otra grande historia. En la relación entre estas dos historias, entre la suya pequeña y la grande que le pertenece y lo supera, el ser humano se juega su libertad.

a) En la Iglesia y en el mundo, para la Iglesia y para el mundo

Toda vocación nace en un lugar preciso, en un contexto concreto y limitado, pero no vuelve sobre sí misma, ni tiende hacia la perfección individual o la autorrealización psicológica y espiritual del llamado, sino que florece en la Iglesia, en la Iglesia que camina en el mundo hacia el Reino definitivo, hacia el cumplimiento de una historia que es grande porque es de salvación.

La misma comunidad eclesial tiene una estructura profundamente vocacional: es llamada a la misión; es signo de Cristo misionero del Padre. Como dice la *Lumen gentium*: «es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano». (40)

La Iglesia, por una parte, es signo que reproduce el misterio de Dios; es icono que envía a la comunión trinitaria en el signo de la comunidad visible, y al misterio de Cristo en el dinamismo de la misión universal. Por otra, la Iglesia está inmersa en el tiempo de los hombres, vive en la historia en condición de éxodo, está en misión al servicio del Reino para hacer de la humanidad la comunidad de los hijos de Dios.

Por tanto, la atención a la historia exige a la comunidad eclesial ponerse en actitud de escuchar las esperanzas de los hombres, de leer los signos de los tiempos que son código y lenguaje del Espíritu Santo, de establecer un diálogo crítico y fecundo con el mundo contemporáneo, aceptando con benevolencia tradiciones y culturas para revelar en ellas el designio del Reino y meter en ellas la levadura del Evangelio.

Con la historia de la Iglesia en el mundo se entrecruza, así, la pequeña grande historia de cada vocación. Como nació en la Iglesia y en el mundo, igualmente cada llamada está al servicio de la Iglesia y del mundo.

b) La Iglesia, comunidad y comunión de vocaciones

En la Iglesia, comunidad de dones para la única misión, se realiza el paso de la situación en la que se encuentra el creyente injertado en Cristo por el Bautismo, a su vocación «particular» como respuesta al carisma específico del Espíritu. En tal comunidad cada vocación es «personal» y se concreta en un proyecto de vida; no existen vocaciones generales.

Y en su particularidad cada vocación es «necesaria» y «relativa» al mismo tiempo. «Necesaria», porque Cristo vive y se hace visible en su cuerpo que es la Iglesia, y en el discípulo que es parte esencial de ella. «Relativa», porque ninguna vocación agota el signo testimonial del misterio de Cristo, sino que manifiesta solamente un aspecto del mismo. Sólo el conjunto de los carismas convierte en epifanía el entero cuerpo del Señor. En un edificio cada piedra necesita de la otra (*1 Pt 2,5*); en el cuerpo cada miembro necesita del otro para hacer crecer todo el organismo y servir para común utilidad (*1 Cor 12,7*).

Esto exige que la vida de cada uno se proyecte a partir de Dios que es su único origen y todo lo dispone para el bien del todo; exige que la vida vuelva a ser descubierta como verdaderamente significativa sólo si está abierta al seguimiento de Jesús.

Pero es también importante que exista una comunidad eclesial que ayude de hecho a descubrir a todo llamado la propia vocación. El clima de fe, de oración, de comunión en el amor, de madurez espiritual, de valor del anuncio, de intensidad de la vida sacramental convierte a la comunidad creyente en un terreno adecuado no sólo para el brote de vocaciones particulares, sino para la creación de una cultura vocacional y de una disponibilidad en cada uno para recibir su llamada personal. Cuando un joven oye la llamada y emprende en su corazón el santo viaje para realizarla, allí, normalmente hay una comunidad que ha creado las premisas para esta disponibilidad obediente. (41)

Es como decir: *la fidelidad vocacional de una comunidad creyente es la primera y fundamental condición para el florecimiento de la vocación en cada creyente, especialmente en los jóvenes.*

c) *Signo, ministerio, misión*

Por tanto, cada vocación, como opción firme y definitiva de vida, se abre en una triple dimensión: en relación a Cristo, toda llamada es «*signo*»; en relación a la Iglesia es «*ministerio*»; en relación al mundo es «*misión*» y testimonio del Reino.

Si la Iglesia es «en Cristo como un sacramento», toda vocación revela la dinámica profunda de la comunión trinitaria, la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como acontecimiento que hace ser *en Cristo* criaturas nuevas y modeladas sobre él.

Cada vocación, entonces, es *signo*, es un modo particular de revelar el rostro del Señor Jesús. «El amor de Cristo nos urge» (*2 Cor 5,14*). Jesús llega a ser motivo y modelo decisivos de cada respuesta a las llamadas de Dios.

En relación con la Iglesia, toda vocación es *ministerio*, radicado en la pura gratuidad del don. La llamada de Dios es un don para la comunidad, para la común utilidad, en el dinamismo de los muchos servicios ministeriales. Esto es posible con docilidad al Espíritu que hace ser a la Iglesia como «comunidad de los rostros», (42) y origina en el corazón del cristiano el ágape, no sólo como ética del amor, sino también como estructura profunda de la persona, llamada y preparada para vivir en relación con los otros, en actitud de servicio, según la libertad del Espíritu.

Toda vocación, por fin, en relación al mundo, es *misión*. Es vida vivida en plenitud porque es vivida para los otros, como la de Jesús y, por tanto, generadora de vida: «la vida engendra vida». (43) De aquí la intrínseca participación de toda vocación en el apostolado y en la misión de la Iglesia, semilla del Reino. Vocación y misión constituyen dos caras del mismo prisma. Definen el don y la aportación de cada uno al proyecto de Dios, a imagen y semejanza de Jesús.

d) *La Iglesia, madre de vocaciones*

La Iglesia es madre de vocaciones porque las hace nacer en su seno, por el poder del Espíritu, las protege, las alimenta y las sostiene. Es madre, en particular, porque ejerce una preciosa función mediadora y pedagógica.

«La Iglesia, llamada por Dios, constituida en el mundo como comunidad de llamados, es a su vez instrumento de la llamada de Dios. La Iglesia es llamada viviente, por voluntad del Padre, por los

méritos del Hijo, por la fuerza del Espíritu Santo (...) La comunidad, que adquiere conciencia de ser llamada, al mismo tiempo adquiere conciencia de que debe llamar continuamente». (44) Por medio y a lo largo de esta llamada, en sus varias formas, discurre también el llamamiento de Dios.

Esta función mediadora, la Iglesia la ejerce cuando ayuda y estimula a cada creyente a adquirir conciencia del don recibido y de la responsabilidad que el don conlleva consigo.

La ejerce, asimismo, cuando se hace intérprete autorizada de la llamada explícita vocacional y llama ella misma, exponiendo las necesidades vinculadas a su misión y a las exigencias del pueblo de Dios, y animando a responder generosamente.

La ejerce, todavía, cuando pide al Padre el don del Espíritu que suscita el consentimiento en el corazón de los llamados, y cuando acoge y reconoce en ellos la llamada misma, dando y confiando, explícitamente con fe y temblor al mismo tiempo, una misión concreta y siempre difícil entre los hombres.

Podemos, en fin, añadir que la Iglesia manifiesta su maternidad cuando, además de llamar y reconocer la idoneidad de los llamados, provee para que éstos reciban una formación adecuada, inicial y permanente, y para que sean efectivamente acompañados a lo largo de una respuesta siempre más fiel y radical. La maternidad eclesial no puede agotarse, ciertamente, en el tiempo de la llamada inicial. Ni puede decirse madre aquella comunidad de creyentes que simplemente «espera», dejando totalmente a la acción divina la responsabilidad de la llamada, casi temerosa de dirigir llamadas: o que da por descontado que los adolescentes y jóvenes, en particular, sepan recibir inmediatamente la llamada vocacional; o que no ofrece caminos trazados para la propuesta y la acogida de la propuesta.

La crisis vocacional de los llamados es también, hoy, crisis de los que llaman, acobardados y poco valientes a veces. Si no hay nadie que llama, ¿cómo podrá haber quien responda?

La dimensión ecuménica

20. La Europa actual, tiene necesidad de nuevos santos y de nuevas vocaciones, de creyentes capaces de «lanzar puentes » para unir siempre más a las Iglesias. Este es un aspecto típico de novedad, un signo de los tiempos de la pastoral vocacional del final del milenio. En un continente marcado por una profunda aspiración unitaria, las Iglesias deben ser las primeras en dar el ejemplo de una fraternidad más fuerte que cualquier división, y que habrá que construir y reconstruir una y otra vez. «La pastoral vocacional hoy en Europa debe tener una dimensión ecuménica. Todas las vocaciones, existentes en cada Iglesia de Europa, están empeñadas conjuntamente en asumir el gran reto de la evangelización en los umbrales del tercer milenio, dando un testimonio de comunión y de fe en Jesucristo, único salvador del mundo». (45)

En tal espíritu de unidad eclesial van promovidas y favorecidas la coparticipación de los bienes que el Espíritu Santo ha sembrado por todas partes, y la ayuda recíproca entre las Iglesias.

Las Iglesias católicas de Oriente

21. Mayor atención, por parte de las Iglesias de la Europa occidental, debe prestarse a los caminos espirituales y formativos de las Iglesias católicas orientales; esto no puede sino ejercer una benéfica influencia sobre la pastoral vocacional de todas las Iglesias. Especial importancia tiene la santa Liturgia en orden a la formación de las vocaciones para las Iglesias de Oriente. Ella es el momento en el que se hace la proclamación y la adoración del Misterio de la salvación y donde surge la comunión y se construye la hermandad entre los creyentes, hasta llegar a ser la verdadera conformadora de la vida cristiana, la síntesis más completa de sus diversos aspectos. En la Liturgia la confesión gozosa de pertenecer a la tradición de las Iglesias de Oriente está unida a la plena comunión con la Iglesia de Roma.

No se puede ser promotor de vocaciones al sacerdocio y a la vida monástica si no se vuelve a las fuentes de las propias tradiciones primitivas, en sintonía con los Santos Padres y con su profundo

sentido de la Iglesia. Este proceso de gran alcance requiere tiempo, paciencia, respeto de la sensibilidad de los fieles, pero también decisión.

Por esto, se insta a los Obispos, a los Superiores religiosos y a los Agentes de pastoral de las Iglesias católicas orientales de Europa a que sientan la necesidad apremiante de recuperar y custodiar íntegro, para todas sus Iglesias, el respectivo patrimonio litúrgico, pues contribuye de modo insustituible al nacimiento y al desarrollo de la teología y de la catequesis. Esto, según el ejemplo del método mistagógico de los Padres, abre a la experiencia de la llamada y de la vida espiritual, y madura un seguro y fuerte espíritu ecuménico. (46)

En las experiencias eclesiales diversificadas, y a través de estudios que presentan el patrimonio histórico, teológico, jurídico y espiritual de las Iglesias a las que pertenecen, los jóvenes orientales pueden encontrar a punto ambientes educativos apropiados para madurar el sentido universal de su entrega a Cristo y a la Iglesia.

Es tarea de los Obispos promover, aproximarse con simpatía y acompañar con solicitud paterna a los jóvenes que individual o colectivamente piden dedicarse a la vida monástica valorando el carisma de las comunidades monásticas, ricas en formadores y en guías espirituales.

El ministerio ordenado y las vocaciones en la reciprocidad de la comunión

22. «En muchas Iglesias particulares, la pastoral vocacional necesita todavía hacer luz respecto a la relación entre ministerio ordenado, vocación de especial consagración y todas las demás vocaciones. La pastoral vocacional unitaria se funda sobre la vocacionalidad de la Iglesia y de cada vida humana como llamada y como respuesta. Esta vocacionalidad es el fundamento del compromiso unitario de toda la Iglesia para todas las vocaciones y, en particular, para las vocaciones de especial consagración». (47)

a) El ministerio ordenado

Dentro de esta sensibilidad general, parece que deba darse hoy una particular atención al ministerio ordenado, que representa la primera modalidad específica de anuncio del Evangelio. El representa «la garantía permanente de la presencia sacramental de Cristo Redentor en los diversos tiempos y lugares», (48) y manifiesta propiamente la dependencia directa de la Iglesia de Cristo, que continúa enviando su Espíritu para que ella no se quede encerrada en sí misma, en su cenáculo, sino que camine por los senderos del mundo anunciando la buena noticia.

Esta modalidad vocacional se puede expresar según tres grados: *episcopal* (al que va unida la garantía de la sucesión apostólica); *presbiteral* (que es la «representación de Cristo como pastor») (49) y *diaconal* (signo sacramental de Cristo siervo). (50) A los obispos está confiado el ministerio de la llamada respecto a aquellos que aspiran a las Ordenes sagradas, para llegar a ser sus colaboradores en el oficio apostólico.

El ministerio ordenado hace ser a la Iglesia, sobre todo a través de la celebración de la Eucaristía «culmen et fons» (51) de la vida cristiana y de la comunidad llamada a hacer memoria del Resucitado. Como toda otra vocación, nace en la Iglesia y forma parte de su vida. Por tanto el ministerio ordenado tiene un servicio de comunión en la comunidad y, en razón de esto, tiene la *intransferible tarea de promover cada vocación*.

De aquí la traducción pastoral: el ministerio ordenado para todas las vocaciones y todas las vocaciones para el ministerio ordenado en la reciprocidad de la comunión. El obispo, pues, con su presbiterio, está llamado a discernir y cultivar todos los dones del Espíritu. Pero de modo particular el cuidado del seminario debe ser preocupación de toda la Iglesia diocesana a fin de garantizar la formación de los futuros presbíteros y la creación de comunidades eucarísticas como plena manifestación de la experiencia cristiana.

b) *Atención a todas las vocaciones*

El discernimiento y el cuidado de la comunidad cristiana deben extenderse a todas las vocaciones, tanto a las generadas en las formas tradicionales de la Iglesia como a los nuevos dones del Espíritu: la consagración religiosa en la vida monástica y en la vida apostólica, la vocación laical, el carisma de los Institutos seculares, las Sociedades de vida apostólica, la vocación al matrimonio, las diversas formas de agregaciones-asociaciones a Institutos religiosos, las asociaciones misioneras, las nuevas formas de vida consagrada.

Estos diferentes dones del Espíritu están presentes de diversas formas en las Iglesias de Europa; pero todas estas Iglesias, en cualquier caso, están llamadas a dar testimonio de acogida y de ayuda a cada vocación. Una Iglesia está viva cuanto más abundante y variada es en ella la manifestación de las diversas vocaciones.

En un tiempo, pues, como el nuestro, necesitado de profecía, es sabio favorecer aquellas vocaciones que son un signo particular «de aquello que todavía no nos ha sido revelado que seremos» (1 Jn 3,2), como las *vocaciones de especial consagración*; pero es también sabio e indispensable favorecer el aspecto profético típico de cada vocación cristiana, incluso la laical, para que la Iglesia sea, ante el mundo, cada vez más, signo de las cosas futuras, de aquel Reino que es «ya sí, pero todavía no».

María, madre y modelo de cada vocación

23. Existe una criatura en la que el diálogo entre la libertad de Dios y la libertad del hombre se realiza de modo perfecto, de manera que las dos libertades puedan actuar realizando plenamente el proyecto vocacional; una criatura que nos ha sido dada para que en ella podamos contemplar un perfecto designio vocacional, el que debería cumplirse en cada uno de nosotros.

¡Es María, la imagen salida del designio de Dios sobre la criatura! Es, en efecto, criatura como nosotros, pequeño fragmento en el que Dios ha podido verter todo su amor divino; esperanza que nos ha sido dada para que mirándola, podamos también nosotros aceptar la Palabra a fin de que se cumpla en nosotros.

María es la mujer en la que la Santísima Trinidad puede manifestar plenamente su *libertad electiva*. Como dice San Bernardo comentando el mensaje del ángel Gabriel en la anunciación: «Esta no es una Virgen encontrada en el último momento, ni por casualidad, sino que fue elegida antes de los siglos; el Altísimo la predestinó y se la preparó». (52) Y San Agustín ya había escrito mucho antes: «Antes que el Verbo naciese de la Virgen, El ya la había predestinado como su madre». (53)

María es la imagen de la elección divina de toda criatura, elección hecha desde la eternidad y totalmente libre, misteriosa y amante. Elección que, normalmente, va más allá de lo que la criatura puede desear para sí: que le pide lo imposible y le exige sólo una cosa: el valor de fiarse.

Pero la Virgen María es también modelo de la *libertad humana* en la respuesta a esta elección. Ella es la muestra de lo que Dios puede hacer cuando encuentra una criatura libre de acoger su propuesta. Libre de pronunciar su « sí », libre de encaminarse por la larga peregrinación de la fe, que será también la peregrinación de su vocación de mujer llamada a ser Madre del Salvador y Madre de la Iglesia. Aquel largo viaje se concluirá a los pies de la cruz, con un « sí » todavía más misterioso y doloroso que la hará ser plenamente madre; y, después, también en el cenáculo, donde engendra y sigue todavía hoy engendrando, con el Espíritu, la Iglesia y cada vocación.

María, en fin, es la imagen perfectamente realizada de la «*mujer*», perfecta síntesis del alma femenina y de la creatividad del Espíritu, que en Ella encuentra y escoge la esposa, virgen madre de Dios y del hombre, hija del Altísimo y madre de todo viviente. ¡En Ella cada mujer encuentra su vocación de virgen, de esposa, de madre!

TERCERA PARTE

PASTORAL DE LAS VOCACIONES

«...cada uno los oía hablar en su propia lengua» (Hch 2,6)

Las orientaciones concretas de la pastoral vocacional no nacen sólo de una correcta teología de la vocación, sino que atraviesan algunos principios operativos, en los que la perspectiva vocacional es el alma y el criterio unificador de toda la pastoral.

A continuación se indican los itinerarios de fe y los lugares concretos en los que la propuesta vocacional debe llegar a ser compromiso de todo pastor y educador.

El análisis de la situación nos ha ofrecido, en la primera parte, el cuadro de la realidad vocacional europea actual; la segunda parte, en cambio, ha propuesto una reflexión teológica sobre el significado y sobre el misterio de la vocación, partiendo de la realidad de la Trinidad hasta extraer de ella el sentido en la vida de la Iglesia.

Es precisamente, este segundo aspecto el que ahora quisiéramos profundizar, especialmente desde el punto de vista de la aplicación *pastoral*.

En la audiencia concedida a los participantes en el Congreso, Juan Pablo II afirmó: «La actual situación histórica y cultural, que ha cambiado bastante, exige que la pastoral de las vocaciones sea considerada *uno de los objetivos primarios de toda la Comunidad cristiana*». (54)

La imagen de la Iglesia primitiva

24. Cambian las situaciones históricas, pero permanece idéntico el punto de referencia en la vida del creyente y de la comunidad creyente, el punto de referencia representado por la palabra de Dios, en especial allí donde narra los sucesos de la Iglesia de los orígenes. Tales sucesos y el modo de vivirlos por la comunidad primitiva, constituyen para nosotros el «*exemplum*», el modo de ser de la Iglesia. Incluso para cuanto concierne a la pastoral vocacional. Tomemos algunos elementos esenciales y particularmente ejemplares, tal como los narra el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, en el momento en que la Iglesia de los comienzos era numéricamente pequeña y débil. La pastoral vocacional tiene los mismos años que la Iglesia; nace entonces, junto a ella, en aquella pobreza de improviso habitada por el Espíritu.

En los albores de esta historia singular, en efecto, que es, por tanto, la de todos nosotros, *está la promesa del Espíritu Santo*, hecha por Jesús antes de subir al Padre. «No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra» (Hch 1,7-8). Los Apóstoles están reunidos en el cenáculo, «*perseveraban unánimes en la oración...* con María, la madre de Jesús» (1,14), e inmediatamente se ocupan de llenar el puesto dejado vacío por Judas con otro elegido entre los que desde el principio habían permanecido con Jesús: para que «*sea testigo con nosotros de su resurrección*» (1,22) Y la promesa se cumple: desciende el Espíritu, con efectos sorprendentes, y llena la casa y la vida de aquéllos que antes eran tímidos y miedosos, como un estruendo, un viento, un fuego... «Y comenzaron a hablar en otras lenguas... y *cada uno les oía hablar en su propia lengua*» (2,4-6). Y Pedro pronuncia el discurso en el que narra la Historia de la salvación: «en pie... y en voz alta» (2,14), un discurso que «*traspasa el corazón* » de quien lo escucha y provoca la pregunta decisiva de la vida: «¿qué debemos hacer?» (2,37).

En este punto los Hechos describen cómo era la vida de la primera comunidad, provista de algunos elementos esenciales, como la asiduidad en escuchar la enseñanza de los Apóstoles, la unión fraterna, la fracción del pan, la oración, la coparticipación de los bienes materiales; pero conjuntamente también los dones y bienes del Espíritu (cfr. 2,42-47).

Mientras tanto Pedro y los Apóstoles continúan haciendo prodigios en el nombre de Jesús y anunciando el kerigma de la salvación, a menudo con riesgo de la vida, pero siempre sostenidos por la comunidad, dentro de la que los creyentes forman «un solo corazón y una sola alma» (4,32). En ella, por otra parte, comienzan también a aumentar y a diversificarse las exigencias, por lo que se instituyen los diáconos para hacer frente a las necesidades, incluso materiales, de la comunidad, en especial de los más necesitados (cfr. 6,1-7).

El testimonio audaz y valiente no puede sino provocar la persecución de las autoridades, y por ello, he aquí al primer mártir, Esteban, subrayando que la causa del Evangelio compromete todo del hombre, incluso la vida (cfr. 6,8; 7,60). A la sentencia que condena a Esteban consiente también Saulo, el perseguidor de los cristianos, el que, poco después, será elegido por Dios para anunciar a los paganos el misterio escondido en los siglos y ahora revelado.

Y la historia continúa, siempre como historia sagrada: historia de Dios que elige y llama a los hombres a la salvación de maneras, a veces, imprevisibles, e historia de los hombres que se dejan llamar y elegir por Dios.

Estas notas de la comunidad primitiva nos pueden ser suficientes para trazar las líneas fundamentales de la pastoral de una Iglesia enteramente vocacional: sobre métodos y contenidos, principios generales, itinerarios que recorrer y estrategias concretas que seguir para realizarla.

Aspectos teológicos de la pastoral vocacional

25. ¿Pero qué teología fundamenta, inspira y motiva la pastoral vocacional en cuanto tal?

La respuesta es importante en nuestro contexto, porque hace de elemento mediador entre la teología de la vocación y una praxis pastoral coherente con ella, que nazca de aquella teología y vuelva a ella. Sobre esta cuestión, en efecto, el Congreso manifestó la necesidad de una reflexión posterior de estudio, a fin de descubrir los motivos que unen intrínsecamente personas y comunidades con la labor vocacional y para poner de relieve una mejor relación entre teología de la vocación, teología de la pastoral vocacional y praxis pedagógico-pastoral.

«La pastoral de las vocaciones nace del misterio de la Iglesia y está a su servicio». (55) El fundamento teológico de la pastoral de las vocaciones, por tanto, «puede nacer sólo de la lectura del misterio de la Iglesia como *mysterium vocationis*». (56)

Juan Pablo II recuerda claramente, al respecto, que la « *dimensión vocacional es esencial y connatural a la pastoral de la Iglesia* », es decir, a su vida y a su misión. (57) La vocación define, en cierto sentido, el ser profundo de la Iglesia, incluso antes que su actuar. En su mismo nombre, « *Ecclesia* », se indica su fisonomía vocacional íntima, porque es verdaderamente «convocatoria», esto es, *asamblea de los llamados*. (58) Justamente, por eso, el *Instrumentum laboris* del Congreso dice que «la pastoral unitaria se funda en la vocacionalidad de la Iglesia». (59)

Por consiguiente, la pastoral de las vocaciones, por su naturaleza, es una actividad ordenada al anuncio de Cristo y a la evangelización de los creyentes en Cristo. He aquí, por tanto, la respuesta a nuestra pregunta: precisamente en la *llamada de la Iglesia a comunicar la fe, se fundamenta la teología de la pastoral vocacional*. Esto concierne a la Iglesia universal, pero se atribuye de modo particular a cada comunidad cristiana, (60) especialmente en el actual momento histórico del viejo continente. «Para esta sublime misión de hacer florecer una nueva era de evangelización en Europa se requieren hoy evangelizadores especialmente preparados». (61)

A este propósito conviene señalar algunos puntos firmes, indicados por el actual magisterio pontificio, para que sean puntos de partida de la praxis pastoral de las Iglesias particulares.

a) Una vez puesta de relieve la dimensión vocacional de la Iglesia, se comprende cómo la pastoral vocacional no es un elemento accesorio o secundario, con el solo fin del reclutamiento de agentes pastorales, ni un aspecto aislado o sectorial, motivado por una situación eclesial de emergencia, sino

más bien una actividad unida al ser de la Iglesia y, por tanto, también *íntimamente inserta en la pastoral general de cada Iglesia particular*. (62)

b) Toda vocación viene de Dios, pero termina en la Iglesia, y pasa, siempre, por su mediación. La Iglesia («*ecclesia*») que por innata constitución es vocación, es al mismo tiempo *generadora y educadora de vocaciones*. (63) Por consiguiente, «la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde ésta a la parroquia y a todos los estamentos del Pueblo de Dios». (64)

c) *Todos los miembros de la Iglesia, sin excluir a ninguno, tienen la gracia y la responsabilidad de fomentar las vocaciones*. Es un deber que entra en el dinamismo de la Iglesia y en el proceso de su desarrollo. Solamente sobre la base de esta convicción, la pastoral vocacional podrá manifestar su rostro verdaderamente eclesial y desarrollar una acción coordinada, sirviéndose también de organismos específicos y de instrumentos adecuados de comunión y de corresponsabilidad. (65)

d) La Iglesia particular descubre la propia dimensión existencial y terrena en la vocación de todos sus miembros a la comunión, al testimonio, al servicio de Dios y de los hermanos... Por eso, debe respetar y promover la *diversidad de carismas y de ministerios, por tanto, de las diversas vocaciones*, todas manifestaciones del único Espíritu

e) Fundamento de toda la pastoral vocacional es *la oración mandada por el Salvador (Mt 9,38)*. Ella compromete no sólo a cada persona, sino también a todas las comunidades eclesiales. (66) «Debemos dirigir una constante plegaria al Dueño de la mies para que envíe obreros a su Iglesia, para hacer frente a las exigencias de la nueva evangelización». (67)

Pero la auténtica oración vocacional, es preciso recordar, merece este nombre y llega a ser eficaz, sólo cuando hace que haya coherencia de vida en el que ora, ante todo, y se inserta con los demás de la comunidad creyente, mediante el anuncio explícito y la catequesis adecuada, para favorecer en los llamados al sacerdocio y a la vida consagrada, así como a cualquier otra vocación cristiana, la respuesta libre, pronta y generosa, que hace operante la gracia de la vocación. (68)

Principios generales de la pastoral vocacional

26. En muchas partes se advierte la necesidad de dar a la pastoral un claro planteamiento vocacional. Para alcanzar este objetivo programático trataremos de delinear algunos principios teórico-prácticos, que extraemos de la pastoral vocacional y, en particular, de los « puntos finales » a ella unidos. Concentramos estos principios en torno a algunas afirmaciones temáticas.

a) *La pastoral vocacional es la perspectiva originaria de la pastoral general*

El *Instrumentum laboris* del Congreso sobre las vocaciones afirma de modo explícito. «Toda la pastoral, y en particular la juvenil, es originariamente vocacional»; (69) en otras palabras, decir vocación es tanto como decir dimensión constituyente y esencial de la misma pastoral ordinaria, porque la pastoral está desde los comienzos, por su naturaleza, orientada al discernimiento vocacional. Es éste un servicio prestado a cada persona, a fin de que pueda descubrir el camino para la realización de un proyecto de vida como Dios quiere, según las necesidades de la Iglesia y del mundo de hoy. (70)

Esto ya se dijo en el Congreso latinoamericano para las vocaciones de 1994.

Pero el concepto se amplía: vocación no es sólo el proyecto existencial, sino que lo son cada una de las llamadas de Dios, evidentemente siempre relacionadas entre sí en un plan fundamental de vida, de cualquier modo diseminadas a lo largo de todo el camino de la existencia. La auténtica pastoral hace al creyente vigilante, atento a las muchísimas llamadas del Señor, pronto a captar su voz y a responderle.

Es precisamente la fidelidad a este tipo de llamadas diarias que hace al joven capaz de reconocer y acoger «la llamada de su vida», y al adulto del mañana no sólo de serle fiel, sino de descubrir cada

vez más su juventud y belleza. Cada vocación, en efecto, es « mañanera », es la respuesta de cada mañana a una llamada nueva cada día.

Por esto la pastoral debe estar impregnada de atención vocacional, para despertarla en cada creyente; partirá del intento de situar al creyente ante la propuesta de Dios; se ingeniará para provocar en el sujeto la aceptación de responsabilidad en orden al don recibido o a la Palabra de Dios escuchada; en concreto, tratará de conducir al creyente a comprometerse ante este Dios. (71)

b) *La pastoral vocacional es, hoy, la vocación de la pastoral*

En tal sentido se puede muy bien decir que se debe «*vocacionalizar*» toda la pastoral o actuar de modo que toda expresión de la pastoral manifieste de manera clara e inequívoca un proyecto o un don de Dios hecho a la persona, y suscite en la misma una voluntad de respuesta y de compromiso personal. O la pastoral cristiana conduce a esta confrontación con Dios, con todo lo que ello supone en términos de tensión, de lucha, a veces de fuga o de rechazo, pero también de paz y gozo unidos a la acogida del don, o no merece tal nombre.

Hoy esto se manifiesta de modo muy particular, hasta el punto de que se puede afirmar que la pastoral vocacional es la vocación de la pastoral: constituye, quizá, su objetivo principal, como un desafío a la fe de las Iglesias de Europa. *La vocación es problema grave de la pastoral actual.*

Y por tanto, si la pastoral en general es «llamada» y espera, hoy, ante este desafío, debe ser probablemente más valiente y leal, más explícita para llegar al interior y al corazón del mensaje-propuesta, más dirigida a la persona y no sólo al grupo, más hecha de compromiso concreto y no de vagos reclamos a una fe abstracta y alejada de la vida.

Quizá deberá ser también una pastoral más provocadora que consoladora; capaz, en todo caso, de transmitir el sentido dramático de la vida del hombre, llamado a hacer algo que ningún otro podrá realizar en su lugar.

En el párrafo de los Hechos, citado más arriba, esta atención y tensión vocacional son evidentes: en la elección de Matías, en el discurso valiente (« en pie y en alta voz ») de Pedro a la muchedumbre, en el modo en el que el mensaje cristiano es anunciado y acogido («se sintieron compungidos de corazón»).

Sobre todo aparece claro en su capacidad para cambiar la vida de quienes se les unen, como resulta de las conversiones y del tipo de vida de la comunidad de los Hechos.

c) *La pastoral vocacional es gradual y convergente*

Hemos visto, al menos implícitamente, que en el hombre durante el transcurso de su vida, existen varios tipos de llamadas: a la vida, ante todo, y, después, al amor; a la responsabilidad de la donación, por lo tanto a la fe; al seguimiento de Jesús; al testimonio personal de la propia fe; a ser padre o madre; y a un servicio particular en favor de la Iglesia y de la sociedad.

Lleva a cabo animación vocacional quien tiene presente, en primer lugar, el rico conjunto de valores y significados humanos y cristianos de los que nace el sentido vocacional de la vida y de todo viviente. Ellos permiten abrir la vida misma a numerosas posibilidades vocacionales, tendiendo después hacia la definitiva opción vocacional.

En otras palabras, para una correcta pastoral vocacional, es necesario respetar una cierta *graduación*, y partir de los valores fundamentales y universales (el bien extraordinario de la vida) y de las verdades que lo son para todos (la vida es un bien recibido que tiende por su naturaleza a convertirse en bien dado), para pasar después a una especificación progresiva, siempre más personal y concreta, creyente y revelada, de la llamada.

En el plano propiamente pedagógico es importante formar antes al sentido de la vida y al *agradecimiento* por ella, para después transmitir la fundamental actitud de *responsabilidad* en las

confrontaciones con la existencia, que requiere por sí misma una respuesta lógica por parte de cada uno en la línea de la gratuidad. De aquí se remonta a la transcendencia de Dios, Creador y Padre.

Sólo en este momento es posible y convincente una propuesta valiente y radical (como lo debería ser siempre la vocación cristiana), como la de la dedicación a Dios en la vida sacerdotal o consagrada.

d) *La pastoral vocacional es general y específica*

La pastoral vocacional, en suma, parte necesariamente de un concepto amplio de vocación (y de la consiguiente llamada dirigida a todos), para, después, restringirse y precisarse según la llamada de cada uno. En tal sentido, la pastoral vocacional es *primero general y después específica*, según un orden que no parece razonable invertir y que desaconseja, en general, la propuesta inmediata de una vocación particular, sin algún tipo de catequesis gradual.

Por otro lado, siempre según tal orden, la pastoral vocacional no se limita a subrayar de modo general el significado de la existencia, sino que estimula a un compromiso personal en una opción concreta. No es separación, y mucho menos contraste, entre una llamada que resalta los valores comunes y fundamentales de la existencia y una llamada a servir al Señor «según la medida de la gracia recibida».

El animador vocacional, todo educador en la fe, no debe temer proponer opciones valientes y de entrega total, aunque sean difíciles y no conformes a la mentalidad del mundo.

Por tanto, *si todo educador es animador vocacional, todo animador vocacional es educador*, y educador de cada vocación, respetando de ella lo específico del carisma. Toda llamada, en efecto, va unida a otra, la presupone y la exige, mientras todas en conjunto remiten a la misma fuente y al mismo objetivo, que es la historia de la salvación. Pero cada una tiene su peculiaridad particular.

El verdadero educador vocacional no sólo señala las diferencias entre una y otra llamada, respetando las diferentes inclinaciones de cada uno de los llamados, sino que deja entrever y remite a aquellas «supremas posibilidades» de radicalidad y dedicación, que están abiertas a la vocación de cada uno e innatas en ella.

Educación en profundidad a los valores de la vida, por ejemplo, significa proponer (y aprender a proponer) un camino que *naturalmente* desemboca en el seguimiento de Cristo y que puede conducir a la opción del seguimiento típica del apóstol, del sacerdote o del religioso, del monje que abandona el mundo, o del laico consagrado en el mundo.

Por otra parte, proponer tal seguimiento calificado como objetivo de vida exige, por su naturaleza, una atención y una formación previa a los valores fundamentales de la vida, de la fe, del agradecimiento, de la imitación de Cristo exigidos a todo cristiano.

De ello resulta una estrategia vocacional teológicamente mejor fundamentada y también más eficaz en el plano pedagógico. Hay quien teme que la ampliación del concepto de vocación pueda perjudicar a la específica promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada; en la realidad sucede exactamente lo contrario.

La gradación en el anuncio vocacional, en efecto, permite moverse de lo objetivo a lo subjetivo, de lo genérico a lo específico, sin anticipar ni quemar las propuestas, sino haciéndolas *converger* entre ellas y hacia la propuesta decisiva para la persona, para indicar el tiempo apropiado y para calibrar con prudencia, según un ritmo que tenga en cuenta al destinatario en su situación concreta.

El orden armónico y gradual hace mucho más provocadora y accesible la propuesta decisiva a la persona. En concreto, cuanto más formado esté el joven para pasar con sencillez de la gratitud por el don recibido de la vida a la gratuidad del bien que se da, tanto más será posible proponerle la entrega radical de sí mismo a Dios como salida normal y para algunos ineludible.

e) *La pastoral de las vocaciones es universal y permanente*

Se trata de una doble universalidad: en relación a las personas a las que se dirige, y respecto a la *edad de la vida* en que se hace.

Ante todo la pastoral vocacional no conoce fronteras. Como ya se ha dicho antes, no se dirige a algunas personas privilegiadas o que ya han hecho una opción de fe, ni únicamente a aquéllos de los que parece lícito esperar un asentimiento positivo, sino que va dirigida a *todos*, precisamente porque se fundamenta en los valores básicos de la existencia. No es pastoral de élite, sino de todo el mundo; no es un premio a los mejores, sino una gracia y un don de Dios a cada persona, porque todo viviente es llamado por Dios. Ni va entendida como algo que sólo algunos podrían comprender y considerar de interés para su vida, porque todo ser humano no puede por menos que desear conocerse y conocer el sentido de la vida y el propio puesto en la historia.

Además, tampoco es propuesta que sea hecha una sola vez en la vida (bajo el emblema del «tomar o dejar»), y que viene retirada tras un rechazo por parte del destinatario. Debe ser, por el contrario, como una continua sollicitación, hecha de diferentes modos y propuesta inteligentemente, que no se rinde ante un inicial desinterés, que a menudo es sólo aparente o defensivo.

Se debe desechar asimismo la idea de que la pastoral vocacional es exclusivamente juvenil, porque en toda edad de la vida resuena una invitación del Señor a seguirle, y sólo en el momento de la muerte una vocación puede decirse íntegramente realizada. Y aunque la muerte es la llamada por excelencia, hay una llamada en la vejez, en el paso de una a otra etapa de la vida, en las situaciones de crisis.

Hay una juventud del espíritu que perdura en el tiempo, en la medida en la que el individuo se siente continuamente llamado, y busca y encuentra en cada ciclo vital una tarea diferente que desarrollar, un modo específico de ser, de servir y de amar, una novedad de vida y de misión que llevar a término. (72) En tal sentido, la pastoral vocacional está unida a la *formación permanente de la persona*, que ella misma es permanente. «Toda la vida y cada vida es una respuesta». (73)

En los Hechos, Pedro y los Apóstoles no hacen absolutamente ninguna acepción de personas, hablan a todos, jóvenes y ancianos, hebreos y extranjeros: partos, medos y elamitas precisamente prueban la gran muchedumbre sin diferencias ni exclusiones a la que se dirige el anuncio y la pro-vocación, con el arte de hablar a cada uno «en su propia lengua», según las necesidades, problemas, esperanzas, recelos, edad o etapa de la vida.

Es el milagro de Pentecostés y, por tanto, don extraordinario, del Espíritu. Pero el Espíritu está siempre con nosotros...

f) *La pastoral vocacional es personalizada y comunitaria*

Puede parecer una paradoja, pero en realidad este principio atestigua la naturaleza ambivalente, en cierto sentido, de la pastoral vocacional, capaz cuando es auténtica- de conjuntar los dos polos: sujeto y comunidad. Desde el punto de vista del animador vocacional es hoy urgente pasar de una pastoral vocacional llevada a cabo por un solo agente, a una pastoral concebida siempre más como *acción comunitaria*, de toda la comunidad en sus diversas expresiones: grupos, movimientos, parroquias, diócesis, institutos religiosos y seculares...

La Iglesia está llamada cada vez más a ser hoy *toda vocacional*: dentro de ella «cada evangelizador debe adquirir conciencia de llegar a ser una «lámpara» vocacional, capaz de suscitar una experiencia religiosa que lleve a los niños, a los adolescentes, a los jóvenes y a los adultos a la relación personal con Cristo, en cuyo encuentro se descubren las vocaciones específicas». (74)

Del mismo modo el destinatario de la pastoral vocacional es, sin embargo, *toda la Iglesia*. Si es toda la comunidad eclesial la que llama, es también toda la comunidad eclesial la que es llamada, sin excepción alguna. Polo emisor y polo receptor en algún modo se identifican en el interior de las diversas articulaciones ministeriales del entramado eclesial. Pero el principio es importante; es el

reflejo de aquella misteriosa identificación entre el que llama y el llamado en el interior de la realidad trinitaria.

En tal sentido la pastoral vocacional es *comunitaria*. Y es maravilloso, siempre en tal sentido, que sean todos los Apóstoles los que se dirijan a la muchedumbre el día de Pentecostés y que, después, Pedro tome la palabra en nombre de los doce. Incluso, cuando se trata de elegir a Matías o a Esteban y más tarde a Bernabé y a Saulo, toda la comunidad toma parte en el discernimiento, con la oración, el ayuno y la imposición de las manos.

Pero, al mismo tiempo, es *cada uno* quien debe hacerse intérprete de la propuesta vocacional, es el creyente quien, en virtud de su fe, debe en cierto modo hacerse cargo de la vocación del otro.

No atañe, pues, sólo a los presbíteros o a los consagrados el ministerio del llamamiento vocacional, sino a cada creyente, a los padres, a los catequistas, a los educadores. Si es cierto que la llamada va dirigida a todos, también es igualmente cierto que la misma llamada va *personalizada*, dirigida a una persona concreta, a su conciencia, dentro de una relación del todo personal.

Hay un momento en la dinámica vocacional en el que la propuesta va de persona a persona, y necesita de todo aquel clima particular que sólo la relación individual puede garantizar. Es cierto, por tanto, que Pedro y Esteban hablan a la muchedumbre; pero Saulo tiene necesidad de Ananías para discernir lo que Dios quiere de él (*Hch* 9,13-17), como la tuvo el eunuco de Felipe (*Hch* 8,26-39).

g) *La pastoral vocacional es la perspectiva unitaria-sintética de la pastoral*

Como es el punto de partida, así también es el punto de llegada. En cuanto tal, la pastoral vocacional se presenta como la *categoría unificadora* de la pastoral en general, como el destino natural de todo trabajo, el punto de llegada de las varias dimensiones, como una especie de elemento de verificación de la pastoral auténtica.

Repetimos: si la pastoral no llega a «conmover el corazón» y a poner al oyente ante la pregunta estratégica («¿qué debo hacer?»), no es pastoral cristiana, sino hipótesis inocua de trabajo.

Por consiguiente, la pastoral vocacional está y debe estar en relación con todas las demás dimensiones, por ejemplo con la familiar y cultural, litúrgica y sacramental, con la catequesis y el camino de fe en el catecumenado, con los diversos grupos de animación y formación cristiana (no sólo con los adolescentes y los jóvenes, sino también con los padres, con los novios, con los enfermos y con los ancianos) y de movimientos (del movimiento por la vida a las varias iniciativas de solidaridad social). (75)

Sobre todo la pastoral vocacional es la perspectiva unificadora de la pastoral juvenil.

No se debe olvidar que esta edad evolutiva es fuertemente la edad de los proyectos; y una auténtica pastoral juvenil no puede eludir la dimensión vocacional; al contrario, la debe asumir, porque proponer a Jesucristo significa proponer un concreto proyecto de vida.

De aquí, la necesidad de una fecunda colaboración pastoral, aunque distinguiendo los dos ámbitos: sea porque la pastoral juvenil abarca otras problemáticas además de la vocacional, sea porque la pastoral vocacional no mira sólo el mundo juvenil, sino que tiene un horizonte mucho más amplio y con problemáticas concretas.

Pensamos, además, en cuán importante podría ser una *pastoral familiar* que educase gradualmente a los padres a ser los primeros animadores-educadores vocacionales; o cuán valiosa sería una pastoral vocacional entre los *enfermos*, que no los invite simplemente a ofrecer los propios sufrimientos por las vocaciones sacerdotales, sino que les ayude a vivir el hecho de su enfermedad, con todo el peso de misterio que ella encierra, como vocación personal, que el enfermo-creyente tiene el «deber» de vivir por y en la Iglesia, y el «derecho» a ser ayudado a vivir por la Iglesia.

Este nexo facilita el dinamismo pastoral porque de hecho le es connatural: las vocaciones, como los carismas, se buscan entre ellas, se iluminan recíprocamente, son complementarias unas de otras.

Llegan a ser incomprensibles, por el contrario, si permanecen aisladas; no hace pastoral de Iglesia quien permanece encerrado en el propio sector especializado.

Naturalmente el razonamiento es válido en doble sentido: es la pastoral general la que debe confluir en la animación vocacional para favorecer la opción vocacional; pero es la pastoral vocacional la que a su vez debe permanecer abierta a las otras dimensiones, insertándose y buscando salidas en aquellas direcciones.

Ella es el punto final que sintetiza las varias propuestas pastorales y permite realizarlas en la vicisitud existencial de cada creyente. En definitiva, la pastoral de las vocaciones requiere atención, pero en cambio ofrece una dimensión destinada a hacer verdadera y auténtica la iniciativa pastoral de cada sector. *¡La vocación es el corazón palpitante de la pastoral unitaria!* (76)

Itinerarios pastorales vocacionales

27. La imagen bíblica en torno a la que hemos articulado nuestra reflexión nos permite avanzar un paso, procediendo de los principios teóricos a la identificación de algunos itinerarios pastorales vocacionales.

Estos son caminos comunitarios de fe, correspondientes a concretas funciones eclesiales y a dimensiones clásicas del ser creyente, a lo largo de los cuales madura la fe y se hace siempre más evidente o se afianza gradualmente la vocación de cada uno, para servicio de la comunidad eclesial.

La reflexión y la tradición de la Iglesia manifiestan que normalmente el discernimiento vocacional tiene lugar a lo largo de algunos caminos comunitarios concretos: la liturgia y la oración, la comunión eclesial, el servicio de la caridad, la experiencia del amor de Dios recibido y ofrecido en el testimonio. Gracias a ellos, en la comunidad descrita en los Hechos, «se multiplicaba grandemente el número de los discípulos en Jerusalén» (*Hch 6,7*).

La pastoral debería, también hoy, seguir estas vías para estimular y acompañar el camino vocacional de los creyentes. Una experiencia personal y comunitaria, sistemática y empeñativa en estas direcciones podría y debería ayudar al creyente a descubrir la llamada vocacional.

Y esto haría a la pastoral verdaderamente vocacional.

a) La liturgia y la oración

La liturgia significa e indica al mismo tiempo la manifestación, el origen y el alimento de cada vocación y ministerio en la Iglesia. En las celebraciones litúrgicas se hace memoria de aquel hacer de Dios por Cristo en el Espíritu al que remiten todas las dinámicas vitales del cristiano. En la liturgia, que culmina con la Eucaristía, se manifiesta la vocación-misión de la Iglesia y de cada creyente en toda su plenitud.

De la liturgia parte siempre una llamada vocacional para quien participa. (77) Cada celebración es un evento vocacional. En el misterio celebrado el creyente no puede dejar de reconocer la propia vocación personal, ni puede desoír la voz del Padre que en el Hijo por el poder del Espíritu lo llama a darse a su vez por la salvación del mundo.

También la oración llega a ser camino para el discernimiento vocacional, no sólo porque Jesús invita a rogar al dueño de la mies, sino porque es en la escucha de Dios donde el creyente puede llegar a descubrir el proyecto que Dios mismo ha diseñado: en el misterio contemplado el creyente descubre la propia identidad, «escondida con Cristo en Dios» (*Col 3,3*).

Y, además, es sólo la oración la que puede avivar las disposiciones de confianza y de abandono indispensables para pronunciar el propio «sí» y superar temores e incertidumbres. *Toda vocación nace de la in-vocación.*

Pero, también, la experiencia personal de la oración, como diálogo con Dios, pertenece a esta dimensión: incluso si es «celebrada» en la intimidad de la propia «celda» es relación con la

paternidad de la que proviene la vocación. Tal dimensión es muy evidente en la experiencia de la Iglesia de los orígenes, cuyos miembros eran perseverantes «en la fracción del pan y en la oración» (Hch 2,42); cada elección, sobre todo para la misión, tenía lugar en un contexto litúrgico (Hch 6, 1-7; 13,1-15).

Es la lógica orante que la comunidad había aprendido de Jesús cuando «a la vista de las muchedumbres cansadas y decaídas como ovejas sin pastor, exclamó: La mies es mucha pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,37-38; Lc 10,2).

Las comunidades cristianas de Europa han puesto en práctica estos años múltiples iniciativas de oración por las vocaciones, que encontraron amplio eco en el Congreso. La oración en las comunidades diocesanas, religiosas y parroquiales, hasta el punto de ser «incesante» en muchos casos, día y noche, es uno de los caminos principalmente seguidos para crear una nueva sensibilidad y una nueva cultura vocacional favorable al sacerdocio y a la vida consagrada.

La imagen evangélica del « Dueño de la mies » conduce al corazón de la pastoral de las vocaciones: la oración. Oración que sabe «mirar» con sabiduría evangélica al mundo y a cada hombre en la realidad de sus necesidades de vida y de salvación. Oración que manifiesta la caridad y la «compasión» (Mt 9,36) de Cristo para con la humanidad, que también hoy aparece como «un rebaño sin pastor» (Mt 9,36). Oración que manifiesta la confianza en la voz poderosa del Padre, el único que puede llamar y mandar a trabajar a su viña. Oración que manifiesta la esperanza viva en Dios, que no permitirá jamás que falten a la Iglesia los « obreros » (Mt 9,38) necesarios para llevar a término su misión.

En el Congreso despertaron mucho interés los testimonios sobre la experiencia de *lectio divina* en perspectiva vocacional. En algunas diócesis están muy extendidas las «escuelas de oración» o las «escuelas de la Palabra». El principio en el que se inspiran es el ya clásico, contenido en la *Dei Verbum*: «Todos los fieles adquieran la sublime ciencia de Jesucristo por la lectura frecuente de la Divina Escritura, acompañada de la oración». (78)

Cuando tal ciencia llega a ser sabiduría que se nutre con asiduidad, los ojos y los oídos del creyente se abren al reconocer la Palabra que llama sin descanso. Entonces el corazón y la mente están en grado de acogerla y vivirla sin temor.

b) *La comunión eclesial*

La primera función vital que brota de la liturgia es la manifestación de la comunión que se vive en el interior de la Iglesia, como pueblo reunido en Cristo a través de su cruz, como comunidad en la que toda división se supera siempre en el Espíritu, que es Espíritu de unidad (Ef 2, 11-12; Gal 3, 26-28; Jn 19, 9-26).

La Iglesia se propone como el espacio humano de hermandad en el que todo creyente puede y debe adquirir experiencia de la unión entre los hombres y con Dios que es don de lo alto. De esta dimensión eclesial son espléndido ejemplo los Hechos de los Apóstoles, donde se describe una comunidad de creyentes profundamente marcada por la unión fraterna, por la coparticipación de los bienes espirituales y materiales, de los afectos y sentimientos (Hch 2, 42-48), hasta el punto de formar «un solo corazón y una sola alma» (Hch, 4, 32).

Si toda vocación en la Iglesia es un don que vivir *para* los otros, como servicio de caridad en la libertad, entonces es también un don que vivir *con* los otros. Por lo que sólo se descubre viviendo en hermandad.

La hermandad eclesial no es sólo virtud de comportamiento, sino itinerario vocacional. Sólo viviéndola se la puede elegir como componente fundamental de un proyecto vocacional, o sólo disfrutándola es posible abrirse a una vocación que, en todo caso, será siempre vocación a la hermandad. (79) Por el contrario, no puede sentir ninguna atracción vocacional quien no experimenta alguna hermandad y se cierra a toda relación con los otros o considera la vocación sólo como perfección privada y personal.

La vocación es relación; es la manifestación del hombre que Dios ha creado abierto a la relación; e incluso, en el caso de una vocación a la intimidad con Dios en la vocación al claustro, supone una capacidad de apertura y de coparticipación que sólo se puede adquirir con la experiencia de una hermandad real. «La superación de una visión individualista del ministerio y de la consagración, de la vida en cada una de las comunidades cristianas, es una aportación histórica decisiva». (80)

La vocación es diálogo; es sentirse llamado por Otro y tener el valor de responderle. ¿Cómo puede madurar esta capacidad de diálogo en quien no ha aprendido, en la vida de todos los días y en las relaciones diarias, a dejarse llamar, a responder, a reconocer el yo en el tú? ¿Cómo puede hacerse llamar por el Padre quien no se preocupa de responder al hermano?

La coparticipación con el hermano y con la comunidad de los creyentes llega a ser entonces camino, a lo largo del cual se aprende a hacer partícipes a los otros de los proyectos propios, para aceptar, en fin, para sí el plan diseñado por Dios. Que será siempre y en todos los casos un proyecto de hermandad.

Una experiencia de coparticipación en torno a la Palabra, señalada por algunas Iglesias europeas, son los *centros de escucha*, esto es, grupos de creyentes que se reúnen periódicamente en sus casas para redescubrir el mensaje cristiano e intercambiar las respectivas experiencias y los dones de interpretar la Palabra misma.

Para los jóvenes, estos centros adquieren una connotación vocacional de la Palabra que llama, en la catequesis y en la oración vivida de manera más personal y comprometedora, más espontánea y creativa. El centro de escucha llega a ser de este modo estímulo a la corresponsabilidad eclesial, porque aquí se pueden descubrir los diferentes modos de servir a la comunidad y, a menudo, pueden madurar vocaciones específicas.

Otra experiencia positiva de itinerario vocacional en las Iglesias particulares y en los diversos Institutos de vida consagrada es la *comunidad de acogida*, que pone en práctica la invitación de Jesús: «Venid y veréis». Invitación que el Papa Juan Pablo II define como la «regla de oro de la pastoral vocacional». (81) En estas comunidades o centros de orientación vocacional, gracias a una experiencia muy específica e inmediata, los jóvenes pueden hacer un verdadero y gradual camino de discernimiento. Se les acompaña, por tanto, para que en el momento oportuno estén en grado no sólo de identificar el proyecto de Dios sobre ellos, sino de decidir escogerlo como propia identidad.

c) *El servicio de la caridad*

Es una de las funciones más típicas de la comunidad eclesial. Consiste en vivir la experiencia de la libertad en Cristo, en el vértice supremo que es el servicio. «Quien quiera llegar a ser grande entre vosotros sea vuestro servidor» (Mt 20,26), «quien quiera ser el primero sea el servidor de todos» (Mc 9,35). En la Iglesia primitiva esta lección parece que fue aprendida muy pronto, dado que el servicio aparece como una de las componentes estructurales de la misma, hasta el punto de que se instituyen los diáconos precisamente para «el servicio de las mesas».

Precisamente porque el creyente vive por don la experiencia de la libertad en Cristo, está llamado a ser testigo de la libertad y agente de liberación para los hombres. De la liberación que se logra no con la violencia o el dominio, sino con el perdón y el amor, con la donación de sí mismo y el servicio a ejemplo de Cristo Siervo. Es la práctica de la caridad, cuyas maneras de ejercitarse no tienen límite.

Es, quizá, el camino regio, en un itinerario vocacional, para discernir la propia vocación, porque la experiencia de servicio, especialmente donde está bien preparada, orientada y comprendida en su significado más auténtico, es experiencia de grande humanidad, que lleva a conocerse mejor a sí mismo y la dignidad de los otros, así como la grandeza de dedicarse a los otros.

El auténtico servidor de la caridad en la Iglesia es aquél que ha aprendido a tener como un privilegio lavar los pies de los hermanos más pobres, es aquél que ha conquistado la libertad de perder el propio tiempo por las necesidades de los otros. La experiencia del servicio es una experiencia de gran libertad en Cristo.

Quien sirve al hermano, inevitablemente encuentra a Dios y entra en una particular sintonía con El. No le será difícil descubrir su voluntad sobre él y, sobre todo, sentirse impulsado a cumplirla. Que, en cualquier caso, será una vocación de servicio para la Iglesia y para el mundo.

Así ha sido para muchísimas vocaciones en estos últimos decenios. La animación vocacional del post-Concilio ha pasado gradualmente de la « pastoral de la propaganda » a la « pastoral del servicio », en especial para con los más necesitados.

Muchos jóvenes han encontrado a Dios y a sí mismos, la finalidad del vivir y la felicidad verdadera, entregando tiempo y cuidados a los hermanos, hasta decidir dedicarles no sólo una parte de su vida, sino toda su existencia. La vocación cristiana es, en efecto, existir para los otros.

d) *El testimonio-anuncio del Evangelio*

Este es la proclamación de la cercanía de Dios al hombre a lo largo de la historia de la salvación, especialmente en Cristo, y, por tanto, también, de las entrañas misericordiosas del Padre para el hombre, a fin de que tenga la vida en abundancia. Tal anuncio es el comienzo del camino de fe de todo creyente. La fe, en efecto, es un don recibido de Dios y atestiguado por el ejemplo de la comunidad creyente y de tantos hermanos y hermanas dentro de ella, así como mediante la instrucción catequística sobre las verdades del Evangelio.

Pero la fe debe ser transmitida, y llega el tiempo en el que todo testimonio llega a ser donación activa: *el don recibido se convierte en don dado* a través del testimonio personal y del personal anuncio.

El testimonio de fe compromete todo el hombre y sólo puede ser dado con la totalidad de la existencia y de la propia humanidad, con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas, hasta la entrega, incluso cruenta, de la vida.

Es interesante este aumento de significados del término; aumento que en el fondo lo encontramos en el párrafo bíblico que nos está orientando: ved el testimonio-catequesis de Pedro y de los Apóstoles el día de Pentecostés, así como la valiente catequesis de Esteban que culmina en su martirio (*Hch* 6, 8; 7, 60), y de los mismos Apóstoles «contentos por haber sido ultrajados por amor del nombre de Jesús» (*Hch* 5, 41).

Pero todavía es más interesante descubrir cómo este testimonio-anuncio evangélico llega a ser específico itinerario vocacional.

El conocimiento agradecido por haber recibido el don de la fe, debería traducirse normalmente en deseo y voluntad de transmitir a los otros cuanto se ha recibido, sea por el ejemplo de la propia vida, sea mediante el ministerio de la catequesis. Esta, pues, está destinada a iluminar las múltiples situaciones de la vida enseñando a cada uno a vivir la propia vocación cristiana en el mundo. (82) Y si el catequista es también ante todo un testimonio, dicha dimensión vocacional resultará todavía más evidente. (83)

El Congreso afirmó la importancia de la catequesis en perspectiva vocacional y señaló la celebración de la *Confirmación* como un extraordinario itinerario vocacional para adolescentes y jóvenes. La edad de la confirmación podría ser precisamente « la edad de la vocación », adecuada, en los planos teológico y pedagógico, para el discernimiento, la puesta en práctica y el pedagógico testimonio del don recibido.

La labor catequística debería favorecer la capacidad de reconocer y manifestar el don del Espíritu. (84)

El encuentro directo de creyentes que viven con fidelidad y valor su vocación, de testigos creíbles que ofrecen experiencias concretas de vocaciones realizadas, puede ser decisivo para ayudar a los confirmandos a descubrir y acoger la llamada de Dios.

La vocación, en todo caso, tiene siempre su origen en el conocimiento de un don, y en un conocimiento tan agradecido que encuentra totalmente lógico poner al servicio de los otros la propia experiencia a fin de responsabilizarse de su crecimiento en la fe.

Quien vive con cuidado y generosidad el testimonio de la fe, no tardará en aceptar el designio que Dios tiene sobre él, y emplear todas sus energías en llevarlo a cabo.

De los itinerarios pastorales a la llamada personal

28. Podríamos decir, en síntesis, que en las dimensiones de la liturgia, de la comunión eclesial, del servicio de la caridad y del testimonio del Evangelio se condensa la condición existencial de cada creyente. Esta es su dignidad y su vocación fundamental, pero también es la condición para que cada uno descubra su peculiar identidad.

Todo creyente, pues, debe vivir el común evento de la liturgia, de la comunión fraterna, del servicio caritativo y del anuncio del Evangelio, porque sólo mediante tal experiencia global podrá identificar *su* particular modo de vivir estas mismas dimensiones del ser cristiano. Por consiguiente estos itinerarios eclesiales deben ser los preferidos; representan un poco la vía-maestra de la pastoral vocacional, gracias a la cual puede desvelarse el misterio de la vocación de cada uno.

Por otra parte, son itinerarios clásicos, que pertenecen a la vida misma de cada comunidad que quiera decirse cristiana y descubren, al mismo tiempo, la solidez o precariedad de la misma. Precisamente por esto, no sólo representan un camino obligado, sino que, sobre todo, ofrecen garantía a la autenticidad de la búsqueda y del discernimiento.

Estas cuatro dimensiones y funciones, en efecto, por un lado, provocan un compromiso global del sujeto y, por otro, lo llevan a los umbrales de una experiencia muy personal, de una confrontación urgente, de una llamada imposible de ignorar, de una decisión que tomar, que no se puede aplazar «sine die». Por esto la pastoral vocacional deberá ayudar expresamente a hacer obra de relevación mediante una experiencia profunda y globalmente eclesial, que lleve al creyente «al descubrimiento y asunción de la propia responsabilidad en la Iglesia». (85) Las vocaciones que no nacen de esta experiencia y de esta inserción en la acción comunitaria eclesial, *corren el riesgo de estar viciadas en su raíz y de ser de dudosa autenticidad.*

Obviamente tales dimensiones estarán todas presentes, armónicamente coordinadas por una experiencia que podrá ser decisiva sólo si es global.

A menudo, en efecto, hay jóvenes que favorecen espontáneamente (una u otra) de estas funciones (o únicamente comprometidos en el voluntariado, o demasiado atraídos por la dimensión litúrgica, o grandes teóricos un tanto idealistas). Será importante, en estos casos, que el educador vocacional incite en el sentido de un compromiso que no sea a medida de los gustos del joven, sino según *la dimensión objetiva de la experiencia de fe*, la cual, por definición, no puede ser algo acomodable. Es sólo el respeto a esta dimensión objetiva el que puede dejar entrever la propia dimensión *subjetiva*.

La objetividad, en tal sentido, precede a la subjetividad, y el joven debe aprender a darle la precedencia, si verdaderamente quiere descubrirse a sí mismo y aquello que está llamado a ser. O sea, debe primeramente realizarlo que se exige a todos, si quiere ser él mismo.

No sólo, pero lo que es objetivo, regulado sobre la base de una norma y de una tradición y que mira a un objetivo preciso que trasciende la subjetividad, tiene una notable fuerza de atracción y arrastre vocacionales. Naturalmente la experiencia objetiva deberá también llegar a ser subjetiva, o ser reconocida por el individuo como suya. Siempre, sin embargo, que se parta de una fuente o de una verdad que no es el sujeto quien la determina y que se aprovecha de la rica tradición de la fe cristiana. En definitiva, «la pastoral vocacional tiene las etapas fundamentales de un itinerario de fe». (86) Y también esto está indicando la gradación, así como la convergencia de la pastoral vocacional.

De los itinerarios a las comunidades cristianas

a) La comunidad parroquial

29. El Congreso europeo se propuso, entre otros, un objetivo: llevar la pastoral vocacional a lo más vivo de las comunidades cristianas parroquiales, allí donde la gente vive y donde los jóvenes en particular están comprometidos más o menos significativamente en una experiencia de fe.

Se trata de hacer salir la pastoral vocacional del ámbito de los dedicados a los trabajos para alcanzar los muros periféricos de la Iglesia particular.

Pero mientras tanto, es ya urgente superar la etapa experimental, actual en muchas Iglesias de Europa, para pasar a verdaderos caminos pastorales insertos en el entramado de las comunidades cristianas, valorando lo que ya es vocacionalmente significativo.

Particular atención ha de prestarse al *año litúrgico*, que es una escuela permanente de fe, en el que cada creyente, ayudado por el Espíritu Santo, es llamado a crecer en Jesús. Desde el Adviento, tiempo de esperanza, a Pentecostés y al tiempo ordinario, el camino del año litúrgico recorrido cíclicamente, celebra y presenta un modelo de hombre llamado a medirse en el misterio de Jesús, «primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29).

La antropología que el año litúrgico lleva a indagar es un proyecto auténticamente vocacional, que apremia al cristiano a responder siempre más a la llamada, para una precisa y personal misión en la historia. De aquí la atención que se debe prestar a los itinerarios diarios en los que toda la comunidad cristiana está comprometida. La prudencia pastoral pide en especial a los pastores, guías de las comunidades cristianas, un cuidado diligente y un atento discernimiento para hacer hablar a los signos litúrgicos, vividos en la experiencia de fe, porque es por la presencia de Cristo en la vida diaria del hombre, donde tienen lugar las llamadas vocacionales del Espíritu.

No se debe olvidar que el pastor, sobre todo el presbítero, responsable de una comunidad cristiana, es el «cultivador directo» de todas las vocaciones.

En verdad, no en todas partes se reconoce la plena titularidad vocacional de la comunidad parroquial; mientras que son precisamente «los Consejos Pastorales diocesanos y parroquiales, en relación con los Centros vocacionales nacionales... los órganos competentes en todas las comunidades y en todos los sectores de la pastoral ordinaria». (87)

Se debe, por tanto, favorecer la iniciativa de aquellas parroquias que han creado grupos propios de responsables de la animación vocacional y de las varias actividades para resolver «un problema que está en el corazón mismo de la Iglesia» (88) (grupos de oración, jornadas y semanas vocacionales, catequesis y testimonios y cuanto pueda mantener viva la preocupación vocacional). (89)

b) Los «lugares-signos» de la vida-vocación

En este delicado y urgente paso, de una pastoral vocacional de las experiencias a una pastoral vocacional de los itinerarios, es necesario hacer hablar no sólo a las llamadas vocaciones provenientes de los itinerarios que atraviesan la vida ordinaria de la comunidad cristiana, sino que es bueno hacer eficaces los *lugares-signo* de la vida como vocación y los *lugares pedagógicos* de la fe. Una Iglesia está viva si, con los dones del Espíritu, sabe comprender y valorar tales lugares.

Los *lugares-signo* de la vocacionalidad de la existencia en una Iglesia particular son las comunidades monásticas, testimonio del rostro orante de la comunidad eclesial, las comunidades religiosas apostólicas, los institutos seculares y las sociedades de vida consagrada.

En un contexto cultural fuertemente volcado sobre las cosas penúltimas e inmediatas, y penetrado del viento gélido del individualismo, las comunidades orantes y apostólicas abren a dimensiones verdaderas de vida auténticamente cristiana, sobre todo para las últimas generaciones claramente más atentas a los testimonios que a las palabras.

Signo especial de la vocacionalidad de la vida es la comunidad del *seminario* diocesano o interdiocesano. Este vive una singular situación en el interior de nuestras Iglesias. Por una parte es un *signo fuerte*, pues constituye una promesa de futuro. Los jóvenes que viven en él, hijos de esta generación, serán los sacerdotes del mañana. No sólo, sino que el seminario está testimoniando concretamente la vocacionalidad de la vida y la necesidad apremiante del ministerio ordenado para la existencia de la comunidad cristiana.

Por otra parte, el seminario es un *signo débil*, pues exige la constante atención de la Iglesia particular; requiere una seria pastoral vocacional para recomenzar cada año con candidatos nuevos. También la solidaridad económica puede ser una circunstancia pedagógica para formar al pueblo de Dios en la oración por todas las vocaciones.

c) *Lugares pedagógicos de la fe*

Además de los *lugares-signos* son valiosos los *lugares pedagógicos* de la pastoral vocacional, constituidos por los grupos, por los movimientos, por las asociaciones, y por la escuela misma.

Más allá de la diversa configuración sociológica de dichas formas de asociación, sobre todo a nivel juvenil hay que apreciar su valor pedagógico, como lugares en los que las personas pueden ser sabiamente ayudadas a alcanzar una verdadera madurez de fe.

Esto puede ser eficazmente promovido, si se tienen en cuenta tres dimensiones de la experiencia cristiana: la vocación de cada uno, la comunión de la Iglesia y la misión con la Iglesia.

d) *Figuras de formadores y de formadoras*

Otra atención pedagógica pastoral viene propuesta con particular insistencia en este preciso momento histórico: la formación de concretas figuras educadoras.

En efecto, es sabido, por doquier, la debilidad y la problemática de los lugares pedagógicos de la fe, puestos a dura prueba por la cultura del individualismo, de la asociación espontánea, o por las crisis de las instituciones.

Por otro lado, emerge, sobre todo en los jóvenes, la necesidad de confrontación, de diálogo, de puntos de referencia. Las señales al respecto son muchas. Hay, en suma, urgencia de maestros de vida espiritual, de figuras significativas, capaces de evocar el misterio de Dios y dispuestos a la escucha para ayudar a las personas a entablar un serio diálogo con el Señor.

Las personalidades espirituales fuertes no son sólo algunas personas particularmente dotadas de carisma, sino que son el resultado de una formación especialmente atenta a la primacía absoluta del espíritu.

En el cuidado de las figuras educadoras de nuestra comunidad hay que tener presente que, por una parte, se trata de hacer explícita y prudente la conciencia educadora vocacional en todas aquellas personas que ya trabajan en la comunidad junto a los adolescentes y a los jóvenes (sacerdotes, religiosas y laicos). Por otra, se debe formar y animar cuidadosamente la *ministerialidad educadora de la mujer*, para que sea sobre todo junto a los jóvenes, una figura de referencia y una guía prudente. De hecho la mujer está ampliamente presente en las comunidades cristianas y son más que sabidas la capacidad intuitiva del « genio femenino » y la amplia experiencia de la mujer en el campo educativo (familia, escuela, grupos, comunidades).

La aportación de la mujer ha de considerarse como muy importante, por no decir decisivo, sobre todo en el ámbito juvenil femenino, no asimilable al masculino, porque necesita de una reflexión más atenta y específica, especialmente en el aspecto vocacional.

Quizá también esto forma parte de aquel cambio que caracteriza la pastoral vocacional. Mientras que en el pasado las vocaciones femeninas surgían de figuras significativas de padres espirituales, auténticos guías de personas y comunidades, hoy las vocaciones « a lo femenino » tienen necesidad

de referencias femeninas, personales y comunitarias, capaces de hacer concreta la propuesta de modelos y de valores.

e) *Los organismos de pastoral vocacional*

La pastoral vocacional para proponerse como perspectiva unitaria y síntesis de la pastoral general, debe manifestar, primero en su interior, la síntesis y la comunión de los carismas y de los ministerios.

Desde tiempo atrás se advertía en la Iglesia la necesidad de esta coordinación (90) que, gracias a Dios, ha dado ya apreciables frutos: Organismos parroquiales, Centros vocacionales diocesanos y nacionales que ya funcionan desde hace tiempo con gran provecho.

No obstante, no sucede así por todas partes. El Congreso lamentó, en ciertos casos la ausencia, o la escasa incidencia de estas estructuras en algunas naciones europeas, (91) e hizo votos para que cuanto antes sean instituidas regularmente o potenciadas adecuadamente.

También se observa en diversas partes que, mientras los Centros nacionales parecen garantizar una notable aportación de estímulos constructivos para la pastoral vocacional de conjunto, no todos los Centros diocesanos parecen animados por la misma voluntad de trabajar y colaborar verdaderamente por las vocaciones de todos. Existe un cierto proyecto general de pastoral unitaria que todavía se resiste en llegar a ser praxis de la Iglesia local, y parece en algún modo embarazarse cuando de las propuestas generales se pasa a llevarlas en detalle a la realidad diocesana o parroquial. En ellas, en efecto, no han desaparecido del todo miras y prácticas particularistas y poco eclesiales. (92)

Por cuanto atañe a los Centros diocesanos y nacionales, más que reafirmar aquí cuanto ya de manera ejemplar subrayan varios documentos sobre su función, parece necesario recordar que no se trata meramente de una cuestión de organización práctica, cuanto de coherencia con un espíritu nuevo que impregne la pastoral de las vocaciones en la Iglesia y, en particular, en las Iglesias de Europa. La crisis vocacional es también crisis de comunión en favorecer y hacer crecer las vocaciones. No pueden nacer vocaciones allí donde no se vive un espíritu auténticamente eclesial.

Además de recomendar la reanudación del compromiso en tal campo y una más estrecha coordinación entre el Centro nacional, Centros diocesanos y organismos parroquiales, el Congreso y este Documento desean que tales organismos tomen muy a pecho dos cuestiones: la promoción de una auténtica cultura vocacional en la sociedad civil y eclesial, anteriormente indicada, y la formación de los educadores-formadores vocacionales, verdadero y propio elemento fundamental y estratégico de la actual pastoral vocacional. (93)

El Congreso, además, pide que se tome seriamente en consideración la creación de un organismo o *Centro unitario de pastoral vocacional supranacional*, como signo y manifestación concreta de comunión y coparticipación, de coordinación e intercambio de experiencias y personas entre cada una de las Iglesias nacionales,(94) salvaguardando la peculiaridad de cada una de ellas.

CUARTA PARTE

PEDAGOGIA DE LAS VOCACIONES

« *¿No nos ardía nuestro corazón en el pecho?* » (Lc 24, 32)

Esta parte pedagógica viene extraída del interior del evangelio, según el ejemplo de aquel extraordinario animador-educador vocacional que es Jesús, y en vista de una animación vocacional destacada por concretas actitudes pedagógicas evangélicas: sembrar, acompañar, educar, formar, discernir.

Estamos en la última parte, la que, en la lógica del documento, debería presentar la parte metodológica-aplicativa. En efecto, se partió del análisis de la situación concreta, para después definir los elementos teológicos portadores del tema de la vocación, y, a continuación, se ha tratado

de volver a la vida de nuestras comunidades creyentes para delinear el sentido y la orientación de la pastoral de las vocaciones.

Queda tan sólo estudiar la dimensión pedagógica de la pastoral vocacional.

Crisis vocacional y crisis educativa

30. Muchas veces, en nuestras Iglesias, son claros los objetivos así como las estrategias de fondo, pero quedan un poco difusos los pasos que dar para suscitar en nuestros jóvenes la disponibilidad vocacional; y esto porque, todavía hoy, resulta débil una cierta planificación educativa, dentro y fuera de la Iglesia, la planificación que debería ofrecer después, junto a la precisión del objetivo que alcanzar, los caminos pedagógicos que recorrer para conseguirlo. Lo dice también con su acostumbrado realismo el *Instrumentum laboris*: «Constatamos, en efecto, la debilidad de tantos lugares pedagógicos (grupo, comunidad, oratorios, escuela y, sobre todo, la familia)». (95) La crisis vocacional, es ciertamente también crisis de la propuesta pedagógica y del camino educativo.

Se tratará de señalar ahora, partiendo siempre de la Palabra de Dios, precisamente esta convergencia entre fin y método, con la convicción de que una buena teología se traduce normalmente en la práctica, llega a ser pedagogía y hace vislumbrar los recorridos, con el deseo sincero de ofrecer a los diversos agentes pastorales una ayuda y un instrumento útil para todos.

El Evangelio de la vocación

31. Todo encuentro o diálogo en el Evangelio tiene un significado vocacional: cuando Jesús recorre los caminos de Galilea es siempre enviado por el Padre para llamar al hombre a la salvación y revelarle el designio del Padre mismo. La buena noticia, el Evangelio, es precisamente éste: el Padre ha llamado al hombre por medio del Hijo en el Espíritu; lo ha llamado no sólo a la vida, sino a la redención; y no sólo a una redención merecida por otros, sino a una redención que lo compromete en primera persona, haciéndolo responsable de la salvación de otros.

En esta salvación pasiva y activa, recibida y compartida, está encerrado el sentido de cada vocación; está contenido el sentido mismo de la Iglesia como comunidad de creyentes, santos y pecadores, todos «llamados» a participar del mismo don y de la misma responsabilidad. Es el Evangelio de la vocación.

La pedagogía de la vocación

32. En el interior de este Evangelio buscamos una pedagogía correlativa, que después resulta que es la de Jesús, auténtica *pedagogía de la vocación*. Es la pedagogía que todo animador vocacional o todo evangelizador debería saber poner en práctica para conducir a los jóvenes a reconocer al Señor que lo llama y a responderle.

Si punto de referencia de la pedagogía vocacional es el misterio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, en su hacer «vocacional» hay muchos aspectos y dimensiones significativos.

Ante todo, los Evangelios nos presentan a Jesús mucho más como *formador* que como animador, precisamente porque obra siempre en estrechísima unión con el Padre, que esparce la semilla de la Palabra y *educa* (sacando de la nada), y con el Espíritu que acompaña en el camino de la santificación.

Tales aspectos abren perspectivas importantes a quien trabaja en la pastoral de las vocaciones y es llamado, por esta razón, a ser no sólo animador vocacional, sino, primero de todo, *sembrador* de la buena semilla de la vocación, y después, *acompañador* en el camino que lleva el corazón a «arder», *educador* en la fe y a la escucha de Dios que llama, *formador* de las actitudes humanas y cristianas de respuesta a la llamada de Dios,(96) y, en fin, *discernidor* de la existencia del don que viene de lo alto.

Las palabras en cursiva del párrafo anterior, definen las cinco características principales del *ministerio vocacional*, o las cinco dimensiones del *misterio de la llamada* que de Dios llega al hombre a través de la mediación de un hermano o hermana o de una comunidad.

Sembrar

33. «Salió un sembrador a sembrar, y de la simiente, parte cayó junto al camino, y viniendo las aves se la comieron. Otra cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó en seguida porque la tierra era poco profunda; pero cuando salió el sol se agostó, y se secó porque no tenía raíz. Parte cayó entre cardos, pero éstos crecieron y la ahogaron. Finalmente otra parte cayó en tierra buena y dio fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta» (Mt 13, 3-8).

Este párrafo precisa, en cierta manera, el primer paso de un camino pedagógico, la primera actitud por parte de quien se pone como mediador entre Dios que llama y el hombre que es llamado, y que se inspira, ciertamente, en el hacer de Dios. Es Dios-Padre el sembrador: Iglesia y mundo son los campos donde continúa esparciendo abundantemente su semilla, con absoluta libertad y sin exclusiones de ningún tipo; una libertad que respeta la del terreno donde cae la semilla.

a) Dos libertades en diálogo

La parábola del sembrador manifiesta que la vocación cristiana es un diálogo entre Dios y la persona humana. El interlocutor principal es Dios, que llama a quien quiere, cuando quiere y como quiere «según su propósito y su gracia» (2 Tim 1,9); que llama a todos a la salvación, sin dejarse limitar por las disposiciones del receptor. Pero la libertad de Dios se encuentra con la libertad del hombre, en un diálogo misterioso y fascinante, hecho de palabras y silencios, de mensajes y acciones, de miradas y gestos; una libertad perfecta, la de Dios, y otra imperfecta, la del hombre. La vocación es, por tanto, totalmente acción de Dios, pero también real actividad del hombre: trabajo y penetración de Dios en lo profundo de la libertad humana, pero también fatiga y lucha del hombre libre de acoger el don.

Quien va junto a un hermano en el camino del discernimiento vocacional penetra en el misterio de la libertad, y sabe que podrá ser de ayuda sólo si respeta tal misterio. Incluso cuando ello debiera suponer, al menos en apariencia, un menor resultado. Como ocurre con el sembrador de la parábola.

b) El valor de sembrar por doquier

Precisamente el respeto de ambas libertades significa, ante todo, valor para sembrar la buena semilla del Evangelio, de la Pascua del Señor, de la fe y, en fin, del seguimiento. Esta es la condición previa; no se hace ninguna pastoral vocacional, si no se tiene este valor. No sólo esto; sino que es necesario sembrar por *doquier*, en el corazón de *cualquiera*, sin ninguna preferencia o excepción. Si todo ser humano es criatura de Dios, también es portador de un don, de una vocación particular que espera ser reconocida.

Con frecuencia, se deplora en la Iglesia la escasez de respuestas vocacionales; y no se repara en que, con igual frecuencia, la propuesta es hecha dentro de un limitado círculo de personas, y, tal vez, retirada inmediatamente tras el primer rechazo. Viene bien recordar aquí, el reclamo de Pablo VI: «Que ninguno, por nuestra culpa, ignore lo que debe saber, para orientar, en sentido diverso y mejor, la propia vida». (97) Y, sin embargo, ¡cuántos jóvenes nunca han oído una propuesta cristiana acerca de su vida y de su futuro!

Es maravilloso observar al sembrador de la parábola en el gesto amplio de la mano que siembra «por doquier»; es conmovedor reconocer en tal imagen el corazón de Dios-Padre. Es la imagen de Dios que siembra en el corazón de *todo* viviente un proyecto de salvación; o si queremos, es la imagen del «derroche» de la generosidad divina, que se desparrama sobre todos porque quiere salvar a todos y llamarlos a Sí.

Es la misma imagen del Padre que se hace visible en el obrar de Jesús, el cual llama a Sí a los pecadores, escoge para construir su Iglesia gente aparentemente inadecuada para esta misión, no conoce límites ni hace acepción de personas.

Es mirándose en esta imagen como el agente de pastoral, a su vez, anuncia, propone, sacude con idéntica generosidad; y es precisamente la seguridad de la semilla depositada por el Padre en el corazón de toda criatura la que le da fuerza para ir a todas partes y sembrar de cualquier modo la

buenas semillas vocacionales, para no quedarse encerrado dentro de los espacios habituales y afrontar ambientes nuevos y para intentar aproximaciones insólitas y dirigirse a cada persona.

c) *La siembra en el tiempo propicio*

Forma parte de la sabiduría del sembrador esparcir la buena semilla de la vocación en el momento propicio. Lo que de ningún modo significa adelantar los tiempos de la opción o pretender que el adolescente tenga la misma capacidad de decisión que un joven, sino comprender y respetar el sentido vocacional de la vida humana.

Cada etapa de la existencia tiene un significado vocacional, comenzando del momento en el que el muchacho se abre a la vida y tiene necesidad de comprender su sentido, e intenta preguntarse sobre cuál es su papel en ella. No dar respuesta a tal pregunta en el momento adecuado, podría perjudicar el germinar de la semilla: «la experiencia pastoral demuestra que la primera señal de la vocación aparece, en la mayor parte de los casos, en la infancia y en la adolescencia. Por esto parece importante recuperar o proponer fórmulas que puedan suscitar, sostener y acompañar esta primera manifestación vocacional». (98) Sin limitarse exclusivamente a ellas. Cada persona tiene sus ritmos y sus tiempos de maduración. Lo importante es que junto a sí tenga un buen sembrador.

d) *La más pequeña de todas las semillas*

No es ciertamente labor fácil, hoy, «la del sembrador vocacional». Por los motivos que sabemos: no existe, propiamente hablando, una cultura vocacional; el modelo antropológico prevalente parece ser el del «hombre sin vocación»; el contexto social es éticamente neutro y carente de esperanza y de modelos prospectivos. Todos los elementos parecen concurrir para debilitar la propuesta vocacional y, quizá, nos permiten aplicarle cuanto Jesús dice a propósito del Reino de Dios (cfr. Mt 13,31 ss.): la semilla de la vocación es como un granito de mostaza que cuando se la siembra, o cuando viene propuesta o indicada como presente, es la más pequeña de todas las semillas; muy a menudo no suscita consenso inmediato alguno; al contrario, es negada y desmentida, es como sofocada por otras expectativas y proyectos, ni tomada en serio; o, más bien, se la mira con recelo y desconfianza, como si fuese una semilla de infelicidad.

Y, entonces, el joven, rechaza, dice no interesarle, ha hipotecado ya su futuro (u otros ya lo han hecho por él); o quizá dice que le agrada y le interesa, pero que no está seguro y, además, es muy difícil y le da miedo...

Nada de extraño y absurdo en esta reacción medrosa y negativa; en el fondo lo había dicho ya el Señor. La semilla de la vocación es la más pequeña de todas las semillas, es débil y no se impone, precisamente porque es manifestación de la libertad de Dios que quiere respetar hasta el extremo la libertad del hombre.

Y, por lo tanto, también es necesaria la libertad de quien orienta el camino del hombre: una libertad de espíritu que permita continuar y no echarse atrás ante el rechazo y desinterés iniciales.

Jesús dice, en la breve parábola del grano de mostaza, que «una vez crecida, es la más grande de las hortalizas» (Mt 13,32); por tanto, es una semilla que posee su fuerza, aunque no es evidente y eclosiva de inmediato, antes bien, necesita muchos cuidados para madurar. Hay una especie de secreto elemental que forma parte de la sabiduría campesina: para asegurar cualquier cosecha en la estación justa, es preciso cuidar todo, desde el terreno hasta la simiente; prestar atención a todo, desde lo que la hace crecer hasta lo que obstaculiza su desarrollo. Incluso a las imprevisibles intemperies de las estaciones. En el campo vocacional sucede algo parecido. La siembra es sólo el primer paso, al que deben seguir otras atenciones bien precisas para que las dos libertades entren en el misterio del diálogo vocacional.

Acompañar

34. «El mismo día, dos de ellos iban a una aldea, que dista de Jerusalén sesenta estadios, llamada Emaús, y hablaban entre sí de todos estos acontecimientos. Mientras iban hablando y razonando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos, pero sus ojos no podían reconocerle» (Lc 24, 1316).

Elegimos, para describir las articulaciones de acompañar, educar y formar, el episodio de los dos discípulos de Emaús. Es un pasaje significativo porque, además de la sabiduría del contenido y del método pedagógico seguido por Jesús, nos parece ver en los discípulos la imagen de tantos jóvenes de hoy, un tanto tristes y desanimados, que parecen haber perdido toda ilusión por buscar su vocación.

El primer paso, o el primer cuidado en este camino, es *ponerse al lado*: el sembrador o quien ha despertado en el joven la conciencia de la semilla sembrada en el terreno de su corazón, se convierte ahora en *acompañante*.

En la teología de la presente reflexión, se indicó como propio del Espíritu el ministerio del acompañamiento. En efecto, es el Espíritu del Padre y del Hijo quien permanece junto al hombre para recordarle la Palabra del Maestro; es también el Espíritu quien habita en el hombre para suscitar en él la conciencia de ser hijo del Padre. Es, por tanto, el Espíritu el modelo en el que se debe inspirar aquel hermano o hermana mayor que acompaña al hermano o hermana menor en búsqueda.

a) *Itinerario vocacional*

Definido el itinerario vocacional pastoral, nos preguntamos ahora: ¿qué es un itinerario vocacional en el plano *pedagógico*?

El itinerario pedagógico vocacional es un viaje orientado hacia la *madurez de la fe*, como una peregrinación hacia el *estado adulto* del creyente, llamado a disponer de sí mismo y de la propia vida *con libertad y responsabilidad*, según la verdad del misterioso *proyecto pensado por Dios* para él. Tal viaje se realiza por etapas en *compañía* de un hermano o hermana mayor en la fe y en *el discipulado*, que conoce el camino, la voz y los pasos de Dios, que ayuda a reconocer al Señor que llama y a discernir el camino que recorrer para llegar a El y responderle.

Un itinerario vocacional es, por tanto, y ante todo, camino con El, el Señor de la vida, aquel « Jesús en persona », como anota con precisión Lucas, que se aproxima al camino del hombre, hace el mismo recorrido y entra en su historia. Pero los ojos de carne, a menudo, no lo saben reconocer; y, entonces, el caminar humano permanece solitario, y el conversar inútil, mientras que la búsqueda arriesga perpetuarse en un interminable y a veces narcisista « hacer experiencias », incluso vocacionales, sin ningún resultado definitivo. Quizá la primera tarea del acompañante vocacional es la de *indicar la presencia de Otro*, o de admitir la naturaleza *relativa* de la propia vecindad o del propio acompañamiento, para ser mediación de tal presencia, o itinerario hacia el descubrimiento del Dios que llama y se acerca a cada hombre.

Como los discípulos de Emaús, o como Samuel durante la noche, con frecuencia nuestros jóvenes no tienen ojos para ver ni oídos para oír a Quien camina junto a cada uno y, con insistencia y delicadeza a la vez, pronuncia su nombre. El hermano que acompaña es el signo de esa insistencia y delicadeza; su tarea es la de ayudar a reconocer la procedencia de la voz misteriosa; no habla de sí, sino que anuncia a Otro que, sin embargo, está ya presente; como Juan Bautista.

El ministerio del acompañamiento vocacional es ministerio humilde, de la clase de humildad serena e inteligente que proviene de la libertad en el Espíritu, y que se manifiesta « con el valor de la escucha, del amor y del diálogo ». Gracias a esta libertad resuena con mayor claridad y fuerza incisiva la voz de Aquél que llama. Y el joven se encuentra ante Dios, descubre con sorpresa que es el Eterno quien camina en el tiempo junto a él, y lo llama a una opción definitiva.

b) *Los pozos de agua*

« Jesús cansado del viaje, se sentó junto al pozo... » (Jn 4, 6): es el arranque de lo que podemos considerar un inédito coloquio vocacional: el encuentro de Jesús con la samaritana. La mujer, en efecto, a través de este encuentro, recorre un itinerario hacia el descubrimiento de sí misma y del Mesías, convirtiéndose inmediatamente en su anunciadora.

También este pasaje trasluce la soberana libertad de Jesús en buscar *dondequiera y en quienquiera* a sus mensajeros; pero, también es llamativo el cuidado, por parte de Aquél que es el camino del hombre hacia el Padre, de cruzarse con la criatura a lo largo de sus caminos, o de esperarla donde más evidente y viva es su espera. Es cuanto se puede deducir de la imagen simbólica del « pozo ». Los pozos, en la antigua sociedad judaica, eran fuentes de vida, condición básica de supervivencia de un pueblo siempre preocupado por la penuria de agua; y es precisamente en torno a este símbolo, el agua *para y de la vida*, donde Jesús construye con delicadísima pedagogía su aproximación a la mujer.

Acompañar a un joven quiere decir identificar « los pozos » de hoy: todos los lugares y momentos, los desafíos y expectativas, por donde antes o después todos los jóvenes deben pasar con sus ánforas vacías, con sus interrogantes no expresados, con su suficiencia arrogante pero a menudo sólo aparente, con su deseo profundo e indeleble de autenticidad y de futuro.

La pastoral vocacional no puede ser «de espera», sino actuación de quien busca y no se da por vencido hasta que no haya encontrado, y se hace encontrar en el lugar y en el «pozo» justo, allí donde el joven da cita a la vida y al futuro.

El acompañante vocacional debe ser «inteligente», desde este punto de vista, uno que no impone necesariamente sus preguntas, sino que parte de las del joven mismo, de cualquier tipo que sean; o es capaz -si fuera preciso- de «suscitar y estimular la cuestión vocacional, que vive en el corazón de cada joven, pero que espera ser sacada a la luz por verdaderos formadores vocacionales». (99)

c) *Coparticipación y con-vocación*

Realizar acompañamiento vocacional significa ante todo *compartir*: el pan de la fe, de la esperanza en Dios, de la fatiga en la búsqueda, hasta compartir también la vocación: no para imponerla, evidentemente, sino para atestiguar la grandeza de una vida que se realiza según un designio de Dios.

El rol comunicativo típico del acompañamiento vocacional no es ni el didáctico o exhortativo, ni tampoco el de amistad, por un lado, o, por el otro, el del director espiritual (entendido éste como quien imprime inmediatamente una dirección precisa a la vida de otro), sino que es el papel de la *confessio fidei*.

Quien realiza acompañamiento vocacional *testimonia* la propia opción o, mejor, su particular elección por Dios, da a conocer —no necesariamente con palabras— su camino vocacional, y, por tanto, da a conocer también o deja traslucir, la fatiga, la novedad, el riesgo, la sorpresa, la grandeza.

De esto deriva una catequesis vocacional de persona a persona, de corazón a corazón, rica de humanidad y originalidad, de ardor y fuerza convincentes; una animación vocacional sapiencial y experiencial. Un poco como la experiencia de los primeros discípulos de Jesús que «fueron y vieron dónde moraba, y permanecieron con El aquel día» (Jn 1, 39); y tanto les debió impresionar aquella experiencia que Juan, después de muchos años, recuerda que «eran cerca de las cuatro de la tarde».

Se hace animación vocacional sólo por *contagio*, es decir, por contacto directo, porque el corazón está lleno y la experiencia de la grandeza continúa cautivando. «Los jóvenes están muy interesados en el testimonio de vida de las personas que están ya en un camino espiritual. Sacerdotes y religiosos deben tener el valor de ofrecer signos concretos en su camino espiritual. Por esto es importante dedicar tiempo a los jóvenes, caminar a su paso, buscarlos allí donde se hallan, escucharlos y responder a las preguntas que surgen en el encuentro». (100)

Precisamente por esto el acompañante vocacional es también un entusiasta de su vocación y de la posibilidad de transmitirla a otros; es testigo, no sólo convencido, sino feliz, y por tanto, convincente y creíble.

Sólo así el mensaje abarca la totalidad espiritual de la persona, corazón-mente-voluntad, proponiendo algo que es verdadero-grande-bueno.

Es el significado de la *con-vocación*: nadie puede pasar junto al anunciante de una tan «buena noticia» sin sentirse atraído, «totalmente» llamado, en cada nivel de su personalidad, y continuamente llamado, por Dios, ciertamente, pero también por tantas personas, ideales, situaciones inéditas, retos diversos, mediaciones humanas de la llamada divina.

Entonces el signo vocacional puede ser percibido mejor.

Educar

35. «Y les dijo: «¿Qué discursos son éstos que vais haciendo entre vosotros mientras camináis? «Ellos se detuvieron entristecidos, y tomando la palabra uno de ellos, por nombre Cleofás, le dijo: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos en ella ocurridos estos días?». El les dijo: «¿Cuáles?». Contestáronle: «Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo...». Y El les dijo: «¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria ». Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a El se refería en todas las Escrituras. Se acercaron a la aldea adonde iban, y El fingió seguir adelante. Obligáronle diciendo: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya declina». Y entró para quedarse con ellos» (Lc 24,17-29).

Tras la siembra, a lo largo del camino del acompañamiento, se trata de educar al joven. Educar en el sentido etimológico del verbo, es como un sacar fuera (*e-ducere*) de él su verdad, la que tiene en su corazón, incluso lo que no sabe ni conoce de sí mismo: debilidades y aspiraciones, para favorecer la libertad de la respuesta vocacional.

a) Educar al conocimiento de sí mismo

Jesús se aproxima a los dos y les pregunta de qué hablan. El lo sabe, pero quiere que ambos se manifiesten a sí mismos, y, señalando su tristeza y sus esperanzas perdidas, les ayuda a adquirir conciencia de su problema y del motivo real de su turbación. Así ambos se ven virtualmente obligados a releer la reciente historia haciendo vislumbrar el verdadero motivo de su tristeza.

«Nosotros esperábamos...»; pero, la historia parece haber andado en sentido contrario a sus esperanzas. En realidad, primero, ellos han vivido todas las experiencias significativas con Jesús, «poderoso en obras y en palabras»; pero es como si este camino de fe, de repente, se hubiese interrumpido ante un acontecimiento incomprensible como el de la pasión y muerte de Aquél que habría debido liberar a Israel.

«Nosotros esperábamos, pero...»: ¿cómo no reconocer en esta frase incompleta la historia de tantos jóvenes que parecen interesados en el tema vocacional, se dejan provocar y muestran una buena predisposición, pero que, después, se detienen ante una decisión que tomar? Jesús, en algún modo, estimula a los dos a admitir la diferencia entre sus esperanzas y el plan de Dios como se realizó en Jesús; entre su modo de entender el Mesías y su muerte de cruz, entre sus esperanzas tan humanas e interesadas y el significado de una salvación que viene de lo alto.

De igual modo, es importante y decisivo ayudar a los jóvenes a que echen fuera el equívoco de fondo: una interpretación de la vida demasiado terrena y centrada en torno al yo que hace difícil o francamente imposible la opción vocacional, o hace sentir excesivas las exigencias de la llamada, como si el plan de Dios fuese enemigo de la necesidad de felicidad del hombre.

Cuántos jóvenes no han acogido la llamada vocacional no por no ser generosos e indiferentes, sino simplemente porque *no se les ha ayudado a conocerse*, a descubrir la raíz ambivalente y pagana de

ciertos esquemas mentales y afectivos; y porque no se les ha ayudado a *liberarse* de sus miedos y seguridades, conocidos o ignorados, respecto a la vocación misma. ¡Cuántos abortos vocacionales a causa de este vacío educativo!

Educación significa, ante todo, sacar fuera la realidad del yo, tal como es, si después se quiere llevarlo a ser como debe ser: la sinceridad es un paso fundamental para llegar a la verdad, pero en cada caso es necesaria una ayuda exterior para ver bien el interior. El educador vocacional, por tanto, debe conocer los entresijos del corazón humano, para acompañar al joven en la construcción de su verdadero yo.

b) *Educación al misterio*

Aquí nace la paradoja. Cuando el joven es conducido a las fuentes de sí mismo, y puede ver cara a cara también sus debilidades y temores, tiene la impresión de que comprende mejor el motivo de ciertas actitudes y reacciones suyas y, al mismo tiempo, capta cada vez mejor la realidad del misterio como *clave de la lectura de la vida y de su persona*.

Es indispensable que el joven *acepte no saber*, no poder conocerse hasta el fondo.

La vida no está enteramente en sus manos, porque *la vida es misterio* y, por otra parte, *el misterio es vida*; o de otra manera, el misterio es aquella parte del yo que todavía no ha sido descubierta, ni todavía vivida y que espera ser descifrada y realizada; misterio es aquella realidad personal que aún debe crecer, rica de vida y de posibilidades existenciales todavía intactas, es la parte germinativa del yo.

Y por consiguiente aceptar el misterio es signo de inteligencia, de libertad interior, de voluntad de futuro y de cambio, de rechazo de una concepción repetitiva y pasiva, aburrida y trivial de la vida. He aquí por qué dijimos al inicio de este documento, que la pastoral vocacional debe ser mistagógica, y, por consiguiente, partir una y otra vez del misterio de Dios para reconducir al misterio del hombre.

La pérdida del significado del misterio es una de las causas más importantes de la crisis vocacional.

Al mismo tiempo la categoría del misterio llega a ser categoría propedéutica a la fe. Es posible y, para ciertos aspectos natural, que llegados a este punto el joven sienta brotar dentro de sí como *una necesidad de revelación*; esto es, el deseo de que el Autor mismo de la vida le revele su significado y el puesto que en ella ha de ocupar. ¿Qué otros, además del Padre, pueden realizar tal revelación?

Por otra parte, no es importante que el joven descubra de repente (o que el guía intuya inmediatamente) el camino que ha de seguir: lo que importa es que descubra y decida en cada caso situar *fuera de sí*, en Dios Padre, la búsqueda del fundamento de su existencia. ¡Un auténtico camino vocacional lleva siempre y de cualquier modo al descubrimiento de la paternidad y maternidad de Dios!

c) *Educación a leer la vida*

En el Evangelio Jesús invita a los dos de Emaús, en cierto modo, a volver a la vida, a los sucesos que habían causado su tristeza, mediante un sabio método de lectura, capaz no sólo de recomponer entre ellos los acontecimientos en torno a un significado central, sino de descubrir, en el entramado misterioso de la vida humana, la hebra de un proyecto divino. Es el método que podríamos llamar *genético-histórico*, el cual hace buscar y encontrar en la propia biografía las actuaciones y las huellas del paso de Dios y, por tanto, también, su voz que llama. Tal método:

— es a la vez *tiempo deductivo e inductivo, o histórico-bíblico*: parte, en efecto, de la verdad revelada y al mismo tiempo de la realidad histórica, y así favorece el diálogo ininterrumpido entre el vivir subjetivo (los datos citados por los dos discípulos) y referencia a la Palabra («Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a El se refería en todas las Escrituras», Lc 24, 27).

— indica en la *normatividad de la palabra y en la centralidad del misterio de Cristo muerto y resucitado*, un preciso punto de interpretación de los acontecimientos existenciales, sin rechazar suceso alguno, en especial los más difíciles y dolorosos. («¿No era *preciso* que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?», *Lc 24, 26*).

La lectura de la vida llega a ser así una acción altamente espiritual, y no sólo psicológica, porque lleva a reconocer en ella la presencia luminosa y misteriosa de Dios y de su Palabra. (101) Y, en el interior de este misterio, permite descubrir poco a poco, la semilla de la vocación que el mismo Padre- sembrador ha depositado en los surcos de la vida. Aquella semilla que, aunque pequeña, ahora comienza a brotar y a crecer.

d) *Educación a in-vocar*

Si la lectura de la vida es acción espiritual, ella obliga necesariamente a la persona no sólo a reconocer su necesidad de revelación, sino a *celebrarla*, con la oración de *in-vocación*. Educar quiere decir e-vocar la verdad del yo. Dicha evocación nace precisamente de la in-vocación orante, de una oración que es más oración de confianza que de petición, oración como admiración y gratitud; pero también como lucha y tensión, como «vaciado» de las propias ambiciones para acoger esperanzas, peticiones, deseos del Otro: del Padre que en el Hijo puede indicar al que busca el camino a seguir.

Pero, entonces, la oración se convierte en *lugar del discernimiento vocacional*, de la educación a la *escucha de Dios que llama*, porque cualquier vocación tiene su origen en los momentos de una oración suplicante, paciente y confiada; sostenida no por la exigencia de una respuesta inmediata, sino por la certeza o por la confianza de que la invocación será escuchada, y permitirá descubrir, a su tiempo, a quien invoca, su vocación.

En el episodio de Emaús todo esto es puesto en evidencia en una frase esencial, quizá la más bella oración jamás salida de corazón humano: «Quédate con nosotros porque se hace tarde y el día ya declina» (*Lc 24, 29*). Es la súplica de quien sabe que sin el Señor se hace rápidamente noche en la vida, que sin su palabra brota la obscuridad de la incomprensión o de la confusión de identidad; la vida aparece sin sentido y sin vocación. Es el ruego de quien, quizá, todavía no ha descubierto su camino, pero intuye que estando con El se encuentra a sí mismo, porque sólo El tiene «palabras de vida eterna» (*Jn 6,68*).

Este tipo de oración in-vocante no se aprende espontáneamente, sino que tiene necesidad de un largo aprendizaje; y no se aprende solo, sino con la ayuda de quien ha aprendido a escuchar los silencios de Dios. Ni cualquiera puede enseñar tal oración, sino sólo aquél que es fiel a su vocación.

Y, por consiguiente, si la oración es el camino natural de la búsqueda vocacional, hoy como ayer, o mejor, como siempre, son necesarios educadores vocacionales los que recen, enseñen a rezar, eduquen a la invocación.

Formar

36. «Sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Se les abrieron los ojos y le reconocieron, y desapareció de su presencia. Se dijeron uno a otro: «¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?» (*Lc 24,30-32*).

La formación es, en algún modo, el momento culminante del proceso pedagógico, ya que es el momento en que se propone al joven una *forma*, un modo de ser, en la que él mismo *reconoce* su identidad, su vocación, su norma.

Es el Hijo, impronta del Padre, el formador de los hombres, pues es el modelo según el cual el Padre creó al hombre. Por esto El invita a los que llama a tener sus mismos sentimientos y a compartir su vida, a tener su «forma». El es, al mismo tiempo, el formador y la forma.

El formador vocacional es tal en cuanto es mediador de esta acción divina, y se coloca junto al joven para ayudarlo a «reconocer» en ella su llamada y a dejarse formar por ella.

a) *Reconocimiento de Jesús*

El momento decisivo del episodio de Emaús es, sin duda, aquél en el que Jesús toma el pan, lo parte y lo da a cada uno de ellos: «Entonces se abrieron sus ojos y lo reconocieron». Se dan aquí una serie de «reconocimientos» que se relacionan entre sí.

Ante todo, los dos *reconocen a Jesús*, descubren la verdadera identidad del caminante que se les ha juntado, precisamente porque aquel gesto lo podía hacer sólo El, como bien sabían los dos.

En perspectiva vocacional esto quiere decir la importancia que tiene llevar a cabo gestos fuertes, signos inconfundibles, propuestas grandes, proyectos de seguimiento radical. (102)

El joven necesita ser estimulado por ideales grandes, por algo que le supera y que está por encima de sus posibilidades, por algo por lo que vale la pena dar la propia vida. Lo dice, incluso, el análisis psicológico: pedir a un joven algo que esté por debajo de sus posibilidades, significa ofender su dignidad e impedir su plena realización; dicho de manera positiva, al joven hay que proponerle el máximo de lo que puede dar para que llegue a ser y sea él mismo.

Y si Jesús es reconocido «en el partir del pan», la dimensión eucarística debería estar en el fondo de todo camino vocacional: como «lugar» típico del apremio vocacional, como misterio que explica el sentido general de la vida humana, como objetivo final de cualquier pastoral vocacional que quiera ser cristiana.

b) *Reconocimiento de la verdad de la vida*

Pero en este momento, en un auténtico proceso de formación a la opción vocacional, surge otro «reconocimiento»: el *reconocimiento- descubrimiento, dentro del misterio eucarístico, del significado de la vida*. Si la Eucaristía es el sacrificio de Cristo que salva a la humanidad, y si dicho sacrificio es cuerpo roto y sangre derramada por la salvación de la humanidad, también la vida del creyente está llamada a modelarse sobre la misma correlación de significados: también *la vida es bien recibido que tiende, por su naturaleza, a convertirse en bien dado*, como la vida del Verbo. Es la verdad de la vida, de toda vida.

Las consecuencias en plano vocacional son evidentes. Si hay un don al comienzo de la vida del hombre, que lo constituye en ser, entonces la vida tiene el camino trazado: si es don, será plenamente él mismo sólo si se realiza en la perspectiva del darse; será feliz a condición de respetar esta naturaleza suya. Podrá hacer la opción que quiera, pero siempre en la lógica del don, de otra manera se convertirá en un ser en contraste consigo mismo, una realidad «monstruosa»; será libre de elegir la orientación específica que quiera, pero *no será libre de pensarse fuera de la lógica del don*.

Toda la pastoral vocacional está construida sobre esta catequesis fundamental del significado de la vida. Si se admite esta verdad antropológica, entonces se puede hacer cualquier propuesta vocacional. También, entonces, la vocación al ministerio ordenado o a la consagración religiosa o secular, con toda su carga de misterio y mortificación, llega a ser la plena realización de lo humano y del don que cada hombre *tiene y es* en lo más profundo de su ser.

c) *La vocación como reconocimiento-gratitud*

Pero si es en el gesto eucarístico en el que los dos de Emaús «reconocen» al Señor, y cada creyente el sentido de la vida, entonces la *vocación nace del «reconocimiento»*. Nace sobre el terreno de la gratitud, porque la vocación es respuesta, no iniciativa personal de cada uno: *es ser escogido*, no escoger.

Precisamente a esta disposición interior de gratitud debería llevar la lectura de toda la vida pasada. El descubrimiento de haber recibido de modo inmerecido y con abundancia, debería «impulsar» psicológicamente al joven a concebir el ofrecimiento de sí, en la opción vocacional, como una consecuencia inevitable, como un acto verdaderamente *libre*, porque está determinado por el amor; pero en cierto sentido también *debido*, porque frente al amor recibido de Dios, él siente no poder

hacer otra cosa que darse. Es bello y del todo lógico que sea así; de por sí tampoco es cosa extraordinaria.

La pastoral vocacional busca formar en esta *lógica del reconocimiento-gratitud*, mucho más recta y convincente, en el plano humano, y más teológicamente fundamentada que la llamada «lógica del héroe», de quien no ha madurado bastante el conocimiento de haber recibido, y se siente a sí mismo autor del don y de la elección. Tal lógica tiene muy poco arraigo en la sensibilidad juvenil actual, porque subvierte la verdad de la vida como bien recibido que tiende *naturalmente* a convertirse en bien dado.

Es la sabiduría evangélica del «gratuitamente habéis recibido, gratuitamente dad» (Mt 10,8), (103) enseñada por Jesús a los discípulos-anunciadores de su palabra, que dice la verdad de *todo* ser humano: nadie podría no reconocerse en ella.

Es de esta verdad de donde la vida toma la *forma* que después es llamada a asumir, o es de esta figura única de la fe desde la que nacen después *las diversas figuras vocacionales de la fe* misma.

Entonces llega a ser posible también pedir opciones tan fuertes y radicales, como una llamada de especial consagración, al sacerdocio y a la vida consagrada. Por esto la propuesta de Dios, por difícil y rara que pueda parecer (lo es en realidad), se convierte también en una promoción imprevista de las auténticas aspiraciones humanas y garantiza el máximo de felicidad. La felicidad, llena de gratitud, que María canta en el «Magnificat».

d) *Reconocimiento de Jesús y auto-reconocimiento del discípulo*

Los ojos de los discípulos de Emaús se abren ante el gesto eucarístico de Jesús.

Es ante este gesto ante el que Cleofás y su compañero comprenden también el significado de su camino como un viaje, no sólo al reconocimiento de Jesús, sino también al del *propio reconocimiento*: «¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino hablaba con nosotros y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32).

No es simplemente una mera conmoción en los dos peregrinos que escuchan las explicaciones del Maestro, sino la sensación de que la vida, la Eucaristía, la Pascua, el misterio de El, serán cada vez más su misma vida, eucaristía, pascua y misterio.

En el corazón que arde está el descubrimiento de la vocación y la historia de cada vocación. Unida siempre a una experiencia de Dios, en quien la persona se descubre también a sí misma y su propia identidad.

Formar a la opción vocacional quiere decir mostrar siempre más el nexo entre experiencia de Dios y descubrimiento del yo, entre teofanía y autoidentidad. Es muy cierto cuanto afirma el *Instrumentum laboris*: «El reconocimiento de El como Señor de la vida y de la historia conlleva el reconocerse uno a sí mismo como discípulo». (104) Y cuando el acto de fe logra conjugar el «reconocimiento cristológico» con el «auto-reconocimiento antropológico», la semilla de la vocación está ya madura, mejor todavía, está ya floreciendo.

Discernir

37. «En el mismo instante se levantaron, y volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a sus compañeros, que les dijeron: El Señor en verdad ha resucitado y se ha aparecido a Pedro. Y ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo le reconocieron en la fracción del pan» (Lc 24, 33.35).

Para que el camino de Emaús llegue a ser itinerario vocacional se requiere un paso decisivo tras la serie de «reconocimientos» y «autoreconocimientos»: la opción *efectiva* por parte del joven, a la que corresponde, por parte de quien lo ha acompañado a lo largo del camino vocacional, el proceso de *discernimiento*. Un discernimiento que ciertamente no concluirá con el tiempo de orientación

vocacional, sino que deberá proseguir después hasta la maduración de una decisión definitiva, «para toda la vida». (105)

a) *La opción efectiva del llamado*

Capacidad de decisión

En el relato evangélico que ha trazado el camino de nuestra reflexión, la opción viene claramente manifestada en el versículo 33: «Y al instante se volvieron...».

La anotación temporal («al instante») proclama con fuerza la decisión de los dos, provocada por la palabra y por la persona de Jesús, por el encuentro con El, y se pone valientemente en práctica por una opción que supone ruptura con lo que eran o hacían anteriormente, e indica cambio de vida.

Es precisamente esta decisión la que falta a menudo en los jóvenes de hoy.

Por tal motivo, y con el fin de «ayudar a los jóvenes a superar la indecisión ante los compromisos definitivos, parece útil prepararlos gradualmente a asumir responsabilidades personales, (...), confiarles tareas adecuadas a sus posibilidades y a su edad, (...), favorecer una educación progresiva a las pequeñas opciones de cada día ante los valores (gratuidad, constancia, sobriedad, honradez...)». (106)

Por otro lado, se recuerda que con mucha frecuencia estos y otros miedos e indecisiones denotan una débil planificación no sólo psicológica de la persona, sino también de la experiencia espiritual y, en particular, de la experiencia de la vocación como elección que viene de Dios.

Cuando es pobre esta certeza, el sujeto confía inevitablemente en sí mismo y en sus propios recursos; y cuando constata su precariedad, no es nada extraño que se deje dominar por el miedo ante una opción definitiva que tomar.

La incapacidad de decisión no es necesariamente característica de la actual generación juvenil; no es raro que sea consecuencia de un acompañamiento vocacional que no ha subrayado bastante la primacía de Dios en la elección, o que no ha sido formado a dejarse a elegir por El. (107)

«Vuelta a casa»

La opción vocacional indica cambio de vida, pero en realidad también es signo de una recuperación de la propia identidad, como una «vuelta a casa», a las raíces del yo. En el pasaje de Emaús, dicha «vuelta» la simboliza la expresión: «...y volvieron a Jerusalén».

Es muy importante, en la formación a la opción vocacional, afirmar la idea de que ella representa la condición para ser uno mismo y para realizarse según el único proyecto que puede dar felicidad. Muchos jóvenes piensan todavía lo contrario sobre la vocación cristiana, la miran con desconfianza y temen que no pueda hacerles felices; pero terminan después siendo infelices, como el joven del Evangelio (cfr. Mc 10, 22).

¡Cuántas veces las mismas actitudes de los adultos, incluidos los padres, han contribuido a crear una imagen negativa de la vocación, en particular al sacerdocio y a la vida consagrada, poniendo toda clase de obstáculos a su seguimiento y desanimando a quien se sentía llamado a ellas! (108)

Por otra parte, no se resuelve este problema con una banal propaganda a favor de la vocación que acentuase los aspectos positivos y gratificantes de la vocación misma, sino subrayando, sobre todo, la idea de que la vocación es el proyecto de Dios sobre la criatura, es el nombre dado por El a la persona.

Descubrir y responder a la vocación como creyentes quiere decir encontrar aquella piedra sobre la que está escrito el propio nombre (cfr. Ap 2, 17-18), o volver a las fuentes del yo.

Testimonio personal

En Jerusalén los dos «encontraron reunidos a los once y a sus compañeros, que les dijeron: «El Señor en verdad ha resucitado y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo le reconocieron en la fracción del pan» (Lc 24, 33-35).

El dato más significativo de este fragmento, respecto a la opción vocacional, es el testimonio de los dos, un testimonio particular, porque sucede en un contexto comunitario y tiene un preciso sentido vocacional.

En efecto, cuando llegan los dos, la asamblea está proclamando su fe con una fórmula («En verdad el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón») que sabemos figura entre los testimonios más antiguos de fe objetiva. Cleofás y el compañero añaden, en algún modo, su experiencia subjetiva, que confirma cuanto la comunidad estaba proclamando, y ratifica también su particular camino creyente y vocacional.

Es como si aquel testimonio fuese el primer fruto de la vocación descubierta y reencontrada, que viene puesta prontamente, como es propio de la vocación cristiana, al servicio de la comunidad eclesial.

Viene a la mente, por tanto, cuanto ya se ha dicho acerca de la relación entre itinerarios eclesiales objetivos e itinerario personal subjetivo, en una relación de sinergia y complementariedad: el testimonio individual ayuda y hace crecer la fe de la Iglesia, la fe y el testimonio de la Iglesia estimula y anima la opción vocacional de cada persona.

b) El discernimiento por parte del guía

En la Exhortación Apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* Juan Pablo II afirma: «El conocimiento de la naturaleza y misión del sacerdocio ministerial es el presupuesto irrenunciable, y al mismo tiempo la guía más segura y el estímulo más incisivo, para desarrollar en la Iglesia la acción pastoral de promoción y discernimiento de las vocaciones sacerdotales, y la de formación de los llamados al ministerio ordenado». (109)

Y por analogía se podría decir lo mismo cuando se trata del discernimiento de cualquier vocación a la vida consagrada. Presupuesto irrenunciable para discernir tales vocaciones es, ante todo, tener presente la naturaleza y misión de ese estado de vida en la Iglesia. (110)

Dicho presupuesto deriva directamente de la certeza de que Dios es quien llama, y por tanto de la búsqueda de aquellas señales que certifican la llamada divina.

Se indican ahora algunos criterios de discernimiento, divididos en cuatro epígrafes:

La apertura al misterio

Si cerrarse al misterio, característica de cierta mentalidad moderna, inhibe cualquier disponibilidad vocacional, su contrario, o sea la *apertura al misterio*, es no sólo condición positiva para el descubrimiento de la propia vocación, sino que es indicador de una recta opción vocacional.

a) La auténtica certeza subjetiva vocacional es la que *deja espacio al misterio* y a la sensación de que la propia decisión, aunque firme, deberá permanecer abierta a una continua investigación del misterio.

Por el contrario, la certeza no auténtica es no sólo la débil e incapaz de hacer tomar una decisión, sino también su contraria, que es, la pretensión de haber comprendido todo, de haber agotado todas las profundidades del misterio personal, pretensión que no puede sino crear intransigencias, y una certeza no pocas veces desmentida por el devenir de la vida.

b) La actitud típicamente vocacional es manifestación de la virtud de la *prudencia*, más que ostentosa capacidad personal. Precisamente por esto, la seguridad de esta lectura del propio futuro es la de la *esperanza y la confianza* que nace de la fe depositada en Otro, de quien uno se puede fiar; no es

deducida de la garantía que dan los propios talentos entendidos como algo exigido por el rol que se ha elegido.

c) Son, también, buen indicador vocacional las capacidades de *acoger e integrar* aquellas polaridades contrapuestas que constituyen la dialéctica natural del yo y de la vida humana. Por ejemplo: posee tal capacidad el joven que es suficientemente consciente de sus inclinaciones positivas y negativas, de sus ideales y sus contradicciones, de la parte sana y de la no tanto de su mismo proyecto vocacional, y que no presume ni desespera ante lo negativo que hay en él.

d) Está bien familiarizado con el misterio de la vida como lugar en el que percibir una presencia y una llamada, el joven que descubre las señales de una llamada por parte de Dios, no sólo en los sucesos extraordinarios, sino en *su historia*; en los sucesos que ha aprendido a leer como creyente en sus interrogantes, ansias y aspiraciones.

e) Pertenece a esta categoría de la apertura al misterio otra característica fundamental del verdaderamente llamado: la de la *gratitud*. La vocación nace en el terreno fecundo de la gratitud, y se manifiesta con impulsos de generosidad y radicalidad, precisamente porque nace del conocimiento del amor recibido.

La identidad en la vocación

El segundo orden de criterios gira en torno al concepto de « identidad ». En efecto, la opción vocacional muestra y contiene verdaderamente la definición de la propia identidad; es opción y realización del yo ideal, más que del yo real, y debería llevar a la persona a tener un sentido substancialmente positivo y estable del propio yo.

a) La primera condición es que la persona manifieste estar en grado de separarse de la lógica de la identificación a los niveles *corporal* (=el cuerpo es fuente de identidad positiva) y *síquico* (=las propias dotes como única y preeminente garantía de autoestima), y descubra, en cambio, la propia positividad radical unida firmemente al ser, recibido como don de Dios (es el nivel *ontológico*), y no a la precariedad del tener o del parecer. La vocación cristiana es la que lleva a término tal positividad realizando al máximo grado las posibilidades del sujeto, pero según un proyecto que normalmente lo supera, porque es pensado por Dios.

b) « Vocación » quiere decir fundamentalmente « llamada »: es, por tanto, un sujeto *externo*, una llamada objetiva, y una disponibilidad *interior* a dejarse llamar, a reconocerse en un modelo no diseñado por el llamado.

c) Sobre la motivación o la modalidad de la opción vocacional, el criterio fundamental es el de la *totalidad* (o ley de la totalidad); esto es, que la decisión sea manifestación de una implicación total de las funciones síquicas (corazón-mente-voluntad), y sea al mismo tiempo decisión mentalética- emotiva.

d) Más en concreto, hay madurez vocacional, cuando la vocación se vive e interpreta como un don, pero también como una llamada exigente: a vivir para los otros y no sólo para la propia perfección, y con los otros, en la Iglesia madre de todas las vocaciones, en un específico « seguimiento de Cristo ».

Un proyecto vocacional rico de recuerdo creyente

La tercera área sobre la que iría centrada la atención de quien discierne una vocación, es la referente a la relación entre pasado y presente, entre recuerdo y proyecto.

a) Ante todo es importante que el joven esté substancialmente *reconciliado con su pasado*, con lo inevitable negativo, de todo género, que forma parte de él, y también, con lo positivo, que debería estar en grado de reconocer con gratitud; reconciliado, además, con los modelos significativos de su pasado, con sus cualidades y debilidades.

b) Se considera ahora, con atención, el *tipo de recuerdo* que el joven tiene de su propia historia, qué interpretación hace de su propia vida: ¿en clave de gracia o de queja? ¿Se siente consciente o inconscientemente como acreedor, y por consiguiente, todavía en espera de recibir, o abierto a dar?

c) Particularmente significativa es la actitud del joven frente a los traumas de la vida pasada, más o menos graves. Proyectar consagrarse a Dios quiere decir siempre *re-apropiarse* de la vida que se quiere dar, en todos sus aspectos; tender a integrar las componentes menos positivas, reconociéndolas con realismo y adoptando una actitud responsable, y no simplemente auto-conmiserativa, ante ellas. Joven «responsable» es aquél que se empeña en adoptar una *actitud activa y creativa* en la constatación del suceso negativo, o trata de *aprovechar de modo inteligente* su experiencia personal negativa.

Es preciso prestar mucha atención a las vocaciones que nacen como consecuencia de enfermedades, desilusiones o accidentes varios todavía no bien curados. En tal caso se requiere un más atento discernimiento, incluso recurriendo a consultas especializadas para no cargar pesos imposibles sobre hombros débiles.

La «docibilitas» vocacional

La última fase del itinerario vocacional es la de la decisión. En referencia a tal fase los criterios de madurez vocacional parecen ser estos:

a) el requisito fundamental es el grado de «*docibilitas*» de la persona, o sea, la libertad interior de dejarse guiar por un hermano o hermana mayor; en especial en las fases estratégicas de la reelaboración y reapropiación del propio pasado, en particular el más problemático, y la consiguiente libertad de aprender y de saber cambiar.

b) En la base del requisito de la «*docibilitas*» está la condición de ser joven, no tanto como cualidad anagnáfica, cuanto como actitud global existencial. Es importante que quien solicita entrar en el seminario o en la vida consagrada sea verdaderamente «joven», con las virtudes y vulnerabilidad típicas de esta etapa de la vida, con la voluntad de dar el máximo de sí, capaz de socializar y de apreciar la belleza de la vida, consciente de las propias limitaciones y de las propias aptitudes, consciente del don de haber sido elegido.

c) Una área particularmente digna de atención, hoy más que ayer, es la *afectivo-sexual*. (111) Es importante que el joven demuestre que puede adquirir dos certezas que hacen a la persona *libre afectivamente*, o sea, la certeza que viene de la experiencia de *haber sido ya amado* y la certeza, siempre por la experiencia, de saber amar. En concreto, el joven debería mostrar el equilibrio humano que le permite saber estar en pie por sí mismo, debería poseer la seguridad y autonomía que le facilitan la relación social y la amistad cordial, y el sentido de responsabilidad que le permite vivir como adulto la misma relación social, libre de dar y de recibir.

d) Por cuanto atañe a las *inconsistencias*, siempre en el área afectivo-sexual, un prudente discernimiento debería tener en cuenta la centralidad de esta área en la evolución general del joven y en la cultura (o subcultura) actual. No es, pues, extraño o raro que el joven muestre específicas debilidades en este sector.

¿Con qué condiciones se puede prudentemente acoger la solicitud vocacional de jóvenes con este tipo de problemas? La condición es, que se den juntos estos tres requisitos:

1° Que el joven sea consciente de la *raíz de su problema*, que muy a menudo no es sexual en su origen.

2° La segunda condición es que el joven sienta su debilidad como un cuerpo extraño a la propia personalidad, algo que no querría y que choca con su ideal, y contra el que lucha con todas sus fuerzas.

3° En fin, es importante comprobar si el sujeto está en grado de *controlar* estas debilidades, con vistas a una superación, sea porque, de hecho, cada vez cae menos, sea porque tales inclinaciones

turban siempre menos su vida (incluso la síquica) y le permiten desarrollar sus deberes normales sin crearle tensión excesiva ni distraer indebidamente su atención. (112) Estos tres criterios deber ser tenidos en cuenta para realizar un discernimiento positivo.

e) La madurez vocacional, en fin, es decidida por un elemento esencial que da verdaderamente sentido a todo: el *acto de fe*. La auténtica opción vocacional es a todos los efectos manifestación de la adhesión creyente, y es tanto más genuina cuanto más es parte y epílogo de un camino de formación a la madurez de la fe. El acto de fe, en el interior de una lógica que deja espacio al misterio, es precisamente el punto central que permite mantener juntos los extremos, contrapuestos a veces, de la vida, perennemente tendido entre la certeza de la llamada y la conciencia de la propia ineptitud, entre la sensación del perderse y del encontrarse, entre la grandeza de las aspiraciones y la pesantez de los propios límites, entre la gracia y la naturaleza, entre Dios que llama y el hombre que responde. El joven auténticamente llamado debería demostrar la solidez del acto creyente, manteniendo juntos estos extremos.

CONCLUSION

Hacia el Jubileo

38. Este documento se dirige a todas la Iglesias de Europa en el momento en el que el pueblo de Dios se está preparando a celebrar un tiempo de gracia y misericordia, de conversión y renovación en el Jubileo del año 2000. También el Congreso vocacional es parte de este camino de preparación y, en algún modo, contribuye a orientarlo. En dos direcciones.

La primera es una invitación a la *conversión*. La crisis vocacional que hemos vivido, y estamos viviendo todavía, no puede sino hacernos reflexionar también sobre nuestras responsabilidades, en cuanto creyentes y llamados a difundir el don de la fe y a favorecer en cada hermano la disponibilidad a la llamada.

Todos, en modo diverso, debemos admitir el no haber respondido plenamente a esta llamada, el haber hecho a la Iglesia, las Iglesias de nuestras familias y de los ambientes de trabajo, de nuestras parroquias y diócesis, de nuestras congregaciones religiosas e institutos seculares, menos fieles al deber de mediar la voz de Dios que llama a seguir al Hijo en el Espíritu. Saldremos de la crisis vocacional en la medida en que este proceso de conversión sea sincero y dé frutos de cambios de vida.

La segunda dirección que este documento querría contribuir a imprimir en la peregrinación de la Iglesia hacia el Jubileo, es una invitación a la esperanza. Invitación que emerge de todo el Congreso y que quisiéramos ahora afirmar con toda la fuerza de nuestra fe. Quizá no exista sector en la vida de la Iglesia que tenga tanta necesidad de abrirse a la esperanza como la pastoral vocacional, especialmente allí donde más hiriente se hace sentir la crisis.

Por esto nosotros reafirmamos, al término de esta reflexión, nuestra confianza en que el Señor de la mies no dejará que falten a la Iglesia trabajadores para su mies. Antes bien, si la esperanza está fundada no sobre nuestras previsiones y nuestros cálculos, que a menudo la historia pasada no se ha preocupado en desmentir, sino « sobre tu palabra », entonces podemos y queremos creer en una renovada floración vocacional para las Iglesias de Europa.

Este documento quiere ser como un himno al optimismo de la fe llena de esperanza, para despertarlo en los niños, adolescentes y jóvenes, en los padres y en los educadores, en los pastores y en los sacerdotes, en los consagrados y consagradas, en todos aquellos que dan la vida junto a las nuevas generaciones, en todo el pueblo de Dios que está en Europa.

Rogamos al dueño de la mies

39. Nuestro documento, que se abrió con la acción de gracias al Señor Dios, no puede cerrarse sin una oración a la Santísima Trinidad, fuente y fin de toda vocación.

«*Dios Padre*, fuente de amor, que desde toda la eternidad llamas a la vida y la das en abundancia, vuelve tu mirada sobre esta tierra de Europa. Sigue llamándola todavía, como la has llamado en todo tiempo; pero haz, sobre todo, que sea consciente de tu llamada, de sus raíces cristianas, de su responsabilidad derivada de ello. Hazla consciente de su vocación a promover una cultura de la vida, el respeto por la existencia de todo hombre en todas sus formas y en cada instante de ella, la unidad entre los pueblos, la acogida al extranjero, la promoción civil y democrática de la vida civil, para que siempre sea más una Europa unida en la paz y en la fraternidad.

Verbo Eterno, que desde toda la eternidad acoges el amor del Padre y respondes a su llamada, abre el corazón y la mente de los jóvenes de esta tierra para que aprendan a dejarse amar por Aquél que los ha pensado a imagen de su Hijo y, dejándose amar, tengan el valor de realizar esta imagen, que es la tuya. Hazles fuertes y generosos, capaces de arriesgar sobre tu palabra, libres de volar alto, fascinados por la grandeza de tu seguimiento. Suscita entre ellos anunciadores de tu Evangelio: presbíteros, consagrados y consagradas, religiosos y laicos, misioneros y misioneras, monjes y monjas, que con su vida sepan a su vez llamar y proponer el seguimiento de Cristo Salvador.

Espíritu Santo, amor siempre joven de Dios, voz del Eterno que no cesa de resonar y llamar, libra al viejo continente de todo espíritu de suficiencia, de la cultura del «hombre sin vocación», del temor que impide arriesgar y hace la vida anodina y sin gusto, del minimalismo que crea hábito a la mediocridad y mata cualquier impulso interior y el auténtico espíritu juvenil en la Iglesia. Haz descubrir a nuestros jóvenes el sentido pleno del seguimiento como llamada a ser plenamente ellos mismos, plenamente y por siempre jóvenes, cada uno según un proyecto pensado exclusivamente para él, único-singular-irrepetible. En una Europa que corre el peligro de ser siempre más vieja esparce el don de nuevas vocaciones que sepan testimoniar la «juventud» de Dios y de la Iglesia, universal y local, del Este y del Oeste, y sepan promover proyectos de nueva santidad, para el nacimiento de una nueva Europa.

Virgen santa, joven hija de Israel, que el Padre escogió como esposa del Espíritu para engendrar al Hijo en la tierra, engendra en los jóvenes de Europa tu mismo valor denodado; el valor que un día te hizo libre para creer en un proyecto más grande que tú, libre para esperar que Dios lograría realizarlo en ti. A ti que eres la madre del Sacerdote Eterno confiamos los jóvenes llamados al *sacerdocio*; a ti que eres la primera consagrada del Padre, confiamos a los jóvenes y a las jóvenes que eligen pertenecer totalmente al Señor, único tesoro y bien sumamente amado, en la *vida religiosa y consagrada*; a ti que viviste como ninguna otra criatura la soledad de la intimidad más plena con el Señor Jesús, confiamos a quien deja el mundo para dedicar toda su vida a la oración en la *vida monástica*; a ti que engendraste y asististe con maternal amor a la Iglesia naciente, confiamos *todas las vocaciones* de esta Iglesia, para que anuncien, hoy como entonces, a todas las gentes que Cristo Jesús es el Señor, en el Espíritu Santo, para gloria de Dios Padre. Amén ».

Roma, 6 de enero de 1998, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Pío Card. Laghi

Prefecto

José Saraiva Martins

Arzobispo tit. de Tubúrnica

Vicepresidente

(1) Al Congreso asistieron 253 delegados provenientes de 37 naciones europeas y representantes de los diversos sectores vocacionales (laicos, consagrados, sacerdotes, obispos), con la presencia también de algunos representantes de las Iglesias hermanas (Protestantes, Ortodoxos y Anglicanos).

(2) Obra Pontificia para las Vocaciones Eclesiásticas, *La pastoral de las vocaciones en las Iglesias particulares de Europa. Documento de trabajo del Congreso sobre las vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa*, Roma 1996, n. 88. Dicho documento se citará con las siglas *IL* (Instrumentum laboris).

(3) *Ibidem*, 15.

- (4) Consultar, entre otros, *Desarrollo del cuidado pastoral de las vocaciones en las Iglesias particulares, experiencias del pasado y programas para el futuro. Documento conclusivo del II Congreso Internacional de Obispos y otros responsables de las vocaciones eclesiales* (preparado por las Congregaciones para las Iglesias Orientales, para los Religiosos y los Institutos Seculares, para la Evangelización de los Pueblos, para la Educación Católica), Roma, 10-16V1981; Obra Pontificia para las Vocaciones Eclesiales, *Desarrollo de la pastoral de las vocaciones en las Iglesias particulares* (preparado por las Congregaciones para la Educación Católica y para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica), Roma 1992; *Declaración final del I Congreso Continental latinoamericano sobre las Vocaciones*, Itaicí 1994 (publicada en « *Seminarium* », 19943, pp. 643-645).
- (5) Cfr. *IL*, 18.
- (6) Cfr. *Proposiciones conclusivas del Congreso Europeo sobre las vocaciones al sacerdocio y a la Vida Consagrada*, n. 8. Dicho texto será citada como *Proposiciones*.
- (7) *IL*, 32.
- (8) *Proposiciones*, 7.
- (9) *Proposiciones*, 3.
- (10) *Proposiciones*, 4.
- (11) Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 2. También, Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 33-34, y *Redemptoris missio*, 33-34.
- (12) *Proposiciones*, 19.
- (13) *Lumen gentium*, 32; 39-42 (cap. V).
- (14) *IL*, 6.
- (15) *Proposiciones*, 16.
- (16) *Proposiciones*, 19.
- (17) La « cultura vocacional » fue el tema del *Mensaje Pontificio para la XXX Jornada Mundial de Oración por las vocaciones*, celebrada el 2V1993 (cfr. « *L'Osservatore Romano* », 18XIII1992; cfr. también, Congregación para la Educación Católica P.O.V.E., *Messaggi Pontifici per la Giornata mondiale di preghiera per le vocazioni*, Roma 1994, pp. 241-245).
- (18) Juan Pablo II, *Discurso a los participantes al Congreso sobre las vocaciones en Europa*, en « *L'Osservatore Romano* », 11V1997, 4.
- (19) *Ibidem*.
- (20) *Proposiciones*, 12.
- (21) *IL*, 6.
- (22) *Discurso del Santo Padre*, en « *L'Osservatore Romano* », 11V1997.
- (23) Cfr. *Proposiciones*, 20.
- (24) Cfr. Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 64.
- (25) *IL*, 85.
- (26) Una expresión análoga usa el Documento conclusivo del II Congreso Internacional de Obispos y otros responsables de las vocaciones eclesiales, cfr. *Desarrollo*, 3. Será citado con las siglas DC (documento conclusivo).
- (27) *Proposiciones*, 3.
- (28) Pablo VI, *Populorum progressio*, 15.

(29) *Gaudium et spes*, 22.

(30) Al respecto se expresa así una tesis final del Congreso: « En el contexto europeo es importante hacer emerger el primer momento vocacional, el del nacimiento. La aceptación de la vida demuestra que se cree en aquel Dios que "ve" y "llama" desde el seno materno » (Proposiciones, 34).

(31) Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 11.

(32) Por esto, como recuerda una tesis del Congreso, « sólo en el contacto vivo con Jesucristo Salvador, los jóvenes pueden desarrollar la capacidad de comunión, madurar la propia personalidad y decidirse por El » (Proposiciones, 13).

(33) *IL*, 55.

(34) *Sacrosanctum Concilium*, 10.

(35) Cfr. *Veritatis splendor*, 23-24.

(36) Cfr. *Lumen gentium*, cap. V.

(37) Cfr. *Proposiciones*, 16.

(38) Rito de la Confirmación.

(39) Cfr. *Proposiciones*, 35.

(40) *Lumen gentium*, 1.

(41) Cfr. *Proposiciones*, 21.

(42) II *Epiclesi*.

(43) *DC*, 18.

(44) *DC*, 13.

(45) *Proposiciones*, 28.

(46) Esto forma parte de la enseñanza insistentemente reclamada por Juan Pablo II en las Cartas Encíclicas, *Slavorum Apostoli* (1995), y *Ut unum sint* (1995), así como en la Exhortación Apostólica *Oriente lumen* (1995).

(47) *IL*, 58.

(48) Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 55.

(49) Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 15.

(50) « En la pastoral específica de las vocaciones se debe reservar un puesto a la vocación al diaconado permanente. Los diáconos permanentes son ya una realidad valiosa en diversas parroquias y no sería bueno que no se les incluyese como nuevas vocaciones de la nueva Europa » (*Proposiciones*, 18).

(51) *Sacrosanctum Concilium*, 10.

(52) « In laudibus Virginis Matris », Homilia II, 4: *Sancti Bernardi opera*, Romæ, Editiones Cistercenses, 1966, p. 23.

(53) « In Iohannis Evangelium Tractatus VIII, 9: CCL, 36, p. 87.

(54) *Discurso de Juan Pablo II* a los participantes al Congreso sobre el tema « Nuevas vocaciones para una nueva Europa », en « L'Osservatore Romano », 11V1997, n. 107.

(55) *DC*, 5.

- (56) La expresión está en la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II *Pastores dabo vobis*, n. 34. El mismo documento delinea claramente los motivos fundamentales que unen intrínsecamente la pastoral vocacional a la Iglesia.
- (57) *Ibidem*.
- (58) *Ibidem*.
- (59) *IL*, 58.
- (60) La expresión « *comunidad cristiana* » designa, por sí misma, tanto una Iglesia particular o local, como una parroquia. La forma un grupo de cristianos que viven en un lugar y representa a la Iglesia de manera actual, cuando se reúne para rezar y servir, para dar testimonio del amor de Cristo en medio de ellos. La expresión « *comunidad eclesial* », en cambio, tiene un significado más concreto, porque manifiesta los elementos que constituyen la Iglesia, a partir de la centralidad del misterio eucarístico; propiamente se aplica a la diócesis y a las parroquias que son comunidades eclesiales eucarísticas gracias a la presencia del ministerio ordenado; las otras son por extensión del significado. cfr. al respecto DC, 13-16.
- (61) Juan Pablo II, *Discorso al VI Simposio delle Conferenze Episcopali Europee*, 11X1985.
- (62) *Pastores dabo vobis*, 34.
- (63) *Ibidem*, 35.
- (64) *Ibidem*, 41.
- (65) Cfr. *Ibidem*, 41.
- (66) *Ibidem*, 64.
- (67) *Vita consecrata*, 64.
- (68) *Ibidem*.
- (69) *IL*, 59.
- (70) Cfr. *Declaración*, 26.
- (71) Cfr. *Proposiciones*, 25.
- (72) *Vita consecrata*, 70.
- (73) *Proposiciones*, 4.
- (74) *Proposiciones*, 13.
- (75) *Proposiciones*, 10.
- (76) Cfr. *Proposiciones*, 10.
- (77) « La liturgia es por sí misma una llamada. Ella es el momento privilegiado donde todo el pueblo de Dios se encuentra y se realiza el misterio de la fe » (*Proposiciones*, 13).
- (78) *Dei Verbum*, 25.
- (79) « El primer lugar de testimonio es la vida de una Iglesia que se descubre « comunión » y donde las parroquias y las diversas asociaciones son vividas como comunión de comunidad » (*Proposiciones*, 14).
- (80) *Proposiciones*, 21.
- (81) *Vita consecrata*, 64.
- (82) Cfr. *Lumen gentium*, 12; 35; 40-42.
- (83) *Catechesi tradendæ*, 186.

- (84) *Proposiciones*, 35, donde se recuerda una vez más a los Obispos la gran oportunidad que les ofrece la celebración de la Confirmación para « llamar » a los jóvenes que reciben dicho sacramento.
- (85) *Proposiciones*, 10.
- (86) *Proposiciones*, 11.
- (87) *Proposiciones*, 10.
- (88) *Pastores dabo vobis*, 41.
- (89) Cfr. indicaciones sobre el tema en el *Documento conclusivo* del II Congreso Internacional de 1981, DC, 40.
- (90) *Optatam totius*, 2; DC, 57-59; cfr. también en *Desarrollo de la pastoral*, 89-91.
- (91) Cfr. *Proposiciones*, 10.
- (92) « A veces, —se dijo en el Congreso— se observa cierta dificultad en la relación entre Iglesia y vida religiosa. Es importante salir de una lectura funcional de la vida religiosa misma, aunque ya se vislumbran signos de nuevas orientaciones tras el Sínodo sobre la vida consagrada. Lo mismo vale para los Institutos Seculares » (*Proposiciones*, 16).
- (93) « En una situación religiosa que cambia rápidamente, llega a ser indispensable formar a los animadores de base: catequistas, párrocos, diáconos, consagrados, obispos..., y cuidar su formación permanente » (*Proposiciones*, 17).
- (94) Cfr. *Proposiciones*, 29, donde, hablando de este Centro vocacional europeo se expresa el deseo de que el mismo, como gesto de caridad y de intercambio de dones, « constituya incluso un "banco" de personas cualificadas para colaborar en la formación de los formadores ». Sobre la creación de tal organismo hay una petición en el *Instrumentum laboris*, 83 y 90h. Una experiencia positiva ya es realidad desde hace algunos años en América Latina. En Bogotá (Colombia), en la sede del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), trabaja de manera permanente el « *Departamento de Vocaciones y Ministerios* » (DEVYM). Este organismo fue el punto de referencia para la preparación y celebración del I Congreso Continental, celebrado para la América Latina en Itaicí (San Pablo del Brasil) del 23-27V1994.
- (95) *IL*, 86.
- (96) Cfr. *Proposiciones*, 9.
- (97) Pablo VI, *Guardate a Cristo e alla Chiesa*, Mensaje para la XV Jornada mundial de oración por las vocaciones (16IV1978), en *Insegnamenti di Paolo VI*, XVI 1978, pp. 256-260 (cfr. también, Congregación para la Educación Católica, P.O.V.E., *Messaggi Pontifici*, 127).
- (98) *Proposiciones*, 15.
- (99) *Proposiciones*, 9.
- (100) *Proposiciones*, 22. Y también, « el renacer del interés por el Evangelio y por una vida entregada radicalmente a él en la consagración, depende en gran parte del testimonio personal de los sacerdotes y religiosos contentos de su vocación. La mayoría de los candidatos a la vida consagrada y al sacerdocio atribuye su propia vocación a un encuentro con un sacerdote o consagrado » (*ibidem*, 11).
- (101) *Proposiciones*, 12.
- (102) Así, la *Proposición* 23: « Es importante subrayar que los jóvenes están abiertos a los retos y a las propuestas fuertes (que sean "superiores a la media", esto es, que sean algo "de más" ».
- (103) Que vuelve bajo forma de provocación en las palabras de Pablo a los corintios: « ¿Qué tienes tú que no hayas recibido? » (*I Cor* 4,7).
- (104) *IL*, 55.
- (105) *Proposiciones*, 27.

(106) *Proposiciones*, 25.

(107) Cfr. *Proposiciones*, 25.

(108) Cfr. *Proposiciones*, 14.

(109) *Pastores dabo vobis*, 11.

(110) Cfr. Jurado, *Il discernimento*, p. 262; Cfr. también L.R. Moran, « Orientaciones doctrinales para una pastoral eclesial de las vocaciones », en *Seminarium*, 19914, pp. 697-725.

(111) Hablamos de una madurez afectiva-sexual fundamental, como condición previa para la admisión a los votos religiosos y al ministerio ordenado, según las dos vías de las Iglesias católicas de Europa: al ministerio como célibe (Iglesia occidental) y al ministerio como casados (Iglesias orientales). Es importante que desde la pastoral vocacional a la formación verdadera y propia, los programas pedagógicos sean coherentes y cuidados, para que la preparación al ministerio ordenado sea adecuada en ambos casos, especialmente en el plano de la madurez afectiva, y el ejercicio del ministerio mismo pueda así alcanzar el objetivo del anuncio del amor de Dios como origen y fin del amor humano.

(112) Ver en tal sentido la recomendación del *Potissimum Institutioni*, sobre la homosexualidad, a descartar no a quienes tienen tales tendencias, sino « a quienes no lograrán dominarlas » (39), también si tal « dominio » se entiende —creemos— en sentido pleno, no sólo como un esfuerzo de la voluntad, sino como libertad gradual en las confrontaciones de las tendencias mismas, en el corazón y en la mente, en la voluntad y en los deseos.

